HONOLULU HORNETS

ODIADA POR EL CENTER

AN ENEMIES TO LOVERS ROMANCE



AVA AVERY

ODIADA POR EL CENTER

TOUCHDOWN DE AMOR

LIBRO CINCO

AVA AVERY



Primera edición en español: diciembre 2025
Copyright © Ava Avery

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser copiada, de manera física o digital, sin el permiso de la autora. En ningún caso se entenderá que se confiere el derecho de duplicación, traducción, distribución o acceso público.

Esta novela es una obra de ficción. Los sucesos y personajes que aparecen en ella son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Consigue tu capítulo GRATIS:

HAGA CLIC AQUÍ

Social Media:

Instagram: avaavery.autorin
Facebook: avaavery.autorin
Ava en TikTok: @avaavery.books

ÍNDICE

Gratis Para Ti

Prólogo – Scarlett
1. Onyx
2. Scarlett
3. Onyx
4. Scarlett
5. Onyx
6. Scarlett
7. Onyx
8. Scarlett
9. Onyx
10. Scarlett
11. Onyx
12. Scarlett
13. Onyx
14. Scarlett
15. Onyx
16. Scarlett
17. Onyx
18. Scarlett
19. Onyx
20. Scarlett
21. Onyx
22. Scarlett
23. Onyx
24. Scarlett
25. Onyx
26. Scarlett
27. Onyx
28. Onyx
29. Scarlett
30. Onyx

Epílogo

Mis novelas de un vistazo
Libro y Capítulo Gratis
Antes de partir

GRATIS PARA TI

¿Te apetece un capítulo gratuito de esta novela? Puedes descargarlo **AQUÍ** sin costo. Alternativamente, escanea simplemente este código QR.

Empieza a leer ahora:

HAGA CLIC AQUÍ

o escanea este **código QR:**

PRÓLOGO – SCARLETT



UNOS MESES ANTES

—¿Scarlett? —oigo la voz sin aliento de mi productor, Elias, a mi espalda—. Espera un segundo.

Me detengo, extrañada, y me giro hacia él.

—¿Se te ha olvidado algo?

Elias, el equipo de producción y yo acabamos de terminar nuestra reunión semanal de cierre hace apenas media hora y, con ello, hemos dado oficialmente la bienvenida al fin de semana. Estoy de camino a mi merecidísimo rato de descanso. Solo me separan de mi ansiado vino y de mi cómodo pantalón de chándal las modernas puertas giratorias de la cadena. Quizás debería haber apretado el paso para que, fuera lo que fuese lo que Elias quería hablar conmigo, tuviera que esperar hasta la semana que viene.Ya es tarde para eso.

—No te lo vas a creer —susurra, excitado, y me mira con los ojos como platos.

—¿El qué?

Medio divertida, medio preocupada, lo escruto como si algo en el aspecto de Elias pudiera revelarme por qué se comporta de forma tan rara.

—Acabo de recibir una llamada. De Silicon Valley. ¿Sabes quién tiene allí su sede?

Entorno los ojos y me llevo un dedo a la mejilla, pensativa.

—A ver… Apple, Google, Meta, Tesla, Intel, Paypal…

—*Cineflix* —me interrumpe Elias con los ojos brillantes—. La mayor plataforma de streaming de TV del mundo.

—Guau —se me escapa, y poco a poco empiezo a comprender su excitación—. ¿Y qué querían?

—A nosotros —grita, eufórico, y da saltos en círculo como un crío desaforado, lo que me hace dudar de su cordura. Porque Elias suele ser demasiado serio y formal para este mundo.

—¿Cómo que… *a nosotros*? ¿Qué se supone que significa eso?

Empiezo a impacientarme y me muero por saber de una vez qué hay detrás de la misteriosa llamada del gigante internacional del streaming.

—Los *Honolulu Hornets* han ganado esta temporada por séptima vez la Super Bowl. Con ello se convierten en el equipo más exitoso de la NFL de todos los tiempos. Por eso *Cineflix* quiere rodar la próxima temporada un documental sobre los *Hornets*. Con nosotros como socios y contigo como presentadora.

Me quedo sin palabras. Miro a mi productor boquiabierta e intento procesar lo que acaba de decir. Si es cierto, sería el trabajo más grande e importante de mi carrera. Aunque llevo ya ocho años delante de la cámara como presentadora deportiva y puedo presumir de mucha experiencia en fútbol americano y, en concreto, en la NFL, hasta ahora nunca he podido participar en un documental de esta envergadura. Y mucho menos con un equipo tan legendario como los *Hornets.*

—Aún están negociando los detalles, pero, en esencia, está hecho. Empezamos justo después del parón veraniego. Vamos a aprovechar los próximos dos meses para prepararnos y aprendernos los *Hornets*, así como a sus jugadores, al dedillo. *Cineflix* quiere que en cuatro semanas les presentemos un concepto cerrado. ¿Llegamos?

Trago saliva. *¿En cuatro semanas?* ¿Acaba de decir *en cuatro semanas*? ¡Es una locura! Pero, por suerte, soy fan de los retos demenciales y se me conoce por hacer posible lo imposible.

Así que asiento con determinación.

—Definitivamente.

—¡Sí! —Elias alza un puño victorioso—. Siento que no puedas disfrutar como tenías planeado de tu primer verano en Hawái, pero creo que coincidimos en que es una oportunidad única para la cadena y para ti, ¿no?

—Y para *ti* —le pico, a lo que él me guiña un ojo con complicidad.

—Absolutamente.

No me mudé a Hawái hasta principios de este año, cuando ya no aguantaba más en el continente. Antes, había vivido diez años en L.

A. Me crié unas millas más al sur, en Long Beach. Durante mi infancia y adolescencia, mi familia y yo veraneamos bastante en Hawái. Desde L. A. solo se tarda cinco o seis horas en volar al paraíso, así que siempre fue un destino vacacional muy popular para los míos. No es de extrañar que huyera precisamente a Hawái cuando la vida en L. A. se me fue de las manos.

Vale, lo admito, la oferta de trabajo de *Summit*, una conocida cadena con redacción en Oahu, me facilitó muchísimo la decisión. Aunque he ganado bien estos últimos años, mis ahorros no dan como para no volver a trabajar en lo que me queda de vida. Además, adoro mi trabajo como presentadora y habría sido una pena tener que dejarlo por culpa de la mudanza.

Estos últimos meses he informado sobre todo de los partidos en casa de los *Hornets*, de distintos campeonatos de surf y del Ironman. Ni de lejos tan glamuroso como en mi trabajo anterior para una conocida cadena de L. A., pero mucho más divertido y relajado. Y ahora… pues ahora parece que este salto a lo desconocido me ha abierto la puerta a una oportunidad sin precedentes.

—¿Salimos a celebrarlo? —me saca Elias de mis pensamientos y me dedica una sonrisa radiante.

Para su decepción, niego con la cabeza.

—Solo celebramos cuando el contrato esté firmado. Ya sabes lo supersticiosa que soy.

—Desde luego —responde entre dientes, pero sonríe cuando le doy un leve toque en el pecho y le susurro—: *¡Cineflix*, allá vamos!

—Va a ser épico —dice, y tengo que darle la razón. Con la preparación adecuada, lo será sin ninguna duda.

—¿Sabes cuándo nos van a contratar oficialmente? ¿Cuándo podemos ponernos en marcha?

—En las próximas dos semanas —responde Elias, despreocupado —. Es, de verdad, puro trámite. El acuerdo está cerrado. Puedes creerme.

—Y… ¿cuánto va a durar este documental? ¿Durante cuánto tiempo vamos a acompañar a los *Hornets*?

—Toda la temporada —dice Elias, con una sonrisa—. Seremos una parte fija de los *Hornets*.

¡Joder! Suelto el aire entre dientes e intento mantener la calma, aunque lo que más me apetecería es ponerme a bailar por la redacción cantando a voz en grito.

Parece que la vida ha escuchado mis ganas de distracción. Quién sabe… quizá al final todo salga bien, aunque el último año no haya tenido precisamente esa pinta.

ONYX



UNOS MESES DESPUÉS

—Aunque la temporada pasada logramos algo nunca visto, hoy volvemos a poner todos los relojes a cero. No podemos vivir en las nubes porque los demás equipos nos van a perseguir. Todos. Y cuando eso pase, quiero que estemos listos.

Escucho con aburrimiento la arenga de Jim Henderson al equipo, que tiene lugar en la gran, casi descomunal sala de prensa del estadio de los *Hornets* , y voy contando los segundos hasta que por fin termine este discurso insoportable.

Ni idea de qué me pasa. Normalmente me flipa toda esa mierda de motivación rabiosa y los primeros días de una nueva temporada siempre los he vivido con emoción. Pero esta vez no siento ni ilusión ni ganas.

Y eso se lo debo, sobre todo, a nuestro tackle Cash Carson. Porque, en el fondo, sé que su retirada de la NFL tiene buena parte de culpa de mi pésimo humor.

Cash lleva años siendo mi mejor amigo. Jugar con él en los *Hornets* ha sido la mejor y más loca época de mi vida. Ahora que ya no está, todo es un rollo. Quiero decir… no es que se haya muerto. Está vivito y coleando y disfruta, a apenas unos kilómetros de aquí, de su jubilación como multimillonario, con unos ridículos treinta y cuatro años. Aun así, se me hace raro que ya no juegue en los *Hornets*.

Cash ya anunció el final de su carrera el año pasado, pero no había asumido el alcance de su decisión hasta ahora.

Es totalmente absurdo. Llevaba meses sabiendo que al empezar la nueva temporada no iba a estar aquí. Aun así, esta mañana me he sorprendido mirando en el aparcamiento a ver si veía su moto.

Menuda puta mierda.

—Por eso nos sentimos muy honrados de que *Cineflix*, en colaboración con *Summit*, quiera rodar una docuserie en varios episodios sobre los *Hornets* y nos acompañe esta temporada —oigo decir a Jim, lo que hace que mi ánimo se hunda todavía más.

El puto documental de las narices. ¿Qué cojones se supone que es esta mierda?

Un equipo de reporteros cotillas, siguiéndonos y escuchándonos cada paso, es justo lo último que necesita el equipo. Debo de estar solo en esto porque mis compañeros están encantados con el dichoso documental. Incluso Ace Apollon, nuestro quarterback y capitán, está entusiasmado.

Alzo la vista con mala cara y observo, molesto, al equipo que entra en ese momento en la sala. Dos cámaras, un tipo calvo que se presenta como Elias y productor y… ella. Scarlett Lane.

Cuando les sonríe a los chicos y explica que llevará las entrevistas del documental y será, en general, nuestra persona de contacto, muchos de mis compañeros silban, aprobando. Lo hacen por dos motivos: primero, porque Scarlett Lane está de muerte. Y segundo, porque se ven con opciones reales con ella. Scarlett está soltera. Lo sabe todo el mundo, ya que hasta finales del año pasado salía con el quarterback de los *Los Ángeles Arrows*. Hasta que su equipo prescindió de él y lo traspasó a un equipo bastante peor en Alabama.

Alabama no es L. A., claro. Allí no hay ni brillo ni glamour, ni estrenos ni alfombras rojas. Lo que hay son barbacoas de lo más terrenal, pollo frito grasiento y animada música country.

Que la fina reina de Instagram no tuviera ganas de eso y mandase a su novio de paseo no me sorprende lo más mínimo.

Conozco a mujeres como ella de sobra. Cazafortunas que, como sanguijuelas, chupan la fama y la riqueza de sus parejas y solo las usan para sus propios fines. Y cuando ya las han exprimido, las sueltan y se van a por el siguiente.

Exactamente de ese calibre es la adorada víbora Scarlett Lane. Por eso mismo preferiría hablar con una puta cucaracha antes que con ella.

Dejo que mi mirada la recorra, evaluándola. Veintitantos. Pelo castaño hasta los hombros. Un cuerpo con curvas, aunque perfectamente tonificado. Lleva una blusa blanca con un escote recatado y mangas abullonadas, y una minifalda vaquera que realza sus piernas largas y bronceadas. Tiene unos tacones negros, sobrios

y altísimos, con los que camina con tanta seguridad como si fueran zapatillas. Su sonrisa es hechicera y te atrapa al instante, por eso evito mirarle a la cara más de un segundo. Si lo hiciera, también me fijaría en sus ojos verde jade, salpicados de motas amarillas. Eso lo sé porque una vez vi su foto en una revista del corazón, no porque la haya buscado a propósito en internet ni nada de eso.

Sí, lo admito: si no supiera que Scarlett Lane es una fría y egoísta bruja, su aspecto tan tremendamente atractivo probablemente me pondría de rodillas, igual que a las setecientas mil personas que la siguen en Instagram y TikTok y comentan sus numerosos vídeos con emojis de corazones.

En el equipo ya corren apuestas sobre quién se la ligará primero y, curiosamente, no se trata de llevársela a la cama, sino de salir con ella. Los chicos están locos por ella y la acosan en las redes. Eso ya pasaba antes de que se anunciara que *Cineflix* iba a rodar un documental sobre los *Hornets* y que ella iba a presentarlo.

A mí me cansa todo este teatro y estaré encantado cuando se pase el circo y pueda trotar al campo para entrenar. Que para eso estoy aquí. No para tragarme cualquier mierda de reality.

Mi mirada va hacia Jim, que ahora le cede la palabra a Scarlett.

Genial.

Saco el móvil y le escribo un mensaje a Cash.

Tío,
da gracias por haberte largado a tiempo.
La tía de Insta está aquí y ya me está tocando los cojones.

Espero con impaciencia una respuesta de mi mejor amigo, pero no llega. Seguro que está cabalgando alguna ola de mierda, paseando al perro o follando con su novia, aunque en teoría debería estar trabajando. Sea como sea: cualquiera de esas opciones es mejor que estar aquí sentado con cara de tonto tragándome esta bazofia.

—Esto va a ser grandioso —susurra Ace a mi lado, visiblemente emocionado.

Lo miro a él y luego a Scarlett, frunciendo el ceño con escepticismo.

—No estoy tan seguro.

—Venga ya, ¿vas a seguir mucho tiempo tan borde, Onyx? Dale al menos una oportunidad.

—Sabes por qué no se la voy a dar —le siseo, y me niego aposta a escuchar la basura que la cazafortunas suelta ahí delante en el estrado.

No por nada me he sentado atrás.

—Tú tampoco eres un santo, colega —se ríe por lo bajo Ace—. ¿Cuántas mujeres te has cepillado y luego has dejado tiradas, eh? Tú puedes hacerlo, pero ella no, ¿o qué?

—Eso no es lo mismo —susurro con vehemencia.

—¿Ah, no? ¿Por qué? ¿En qué se diferencia?

—Yo no me aprovecho de nadie para conseguir lo que quiero.

—¿O sea que no le invitas una copa, una cena elegante o un paseo en uno de tus cochazos a una tía que te gusta para meterte en sus bragas?

Le lanzo a Ace una mirada sombría.

—Es diferente —repito.

—No lo es. Y lo sabes. Y también sabes que no hay que juzgar a la gente sin conocer su historia. Ni Brice ni Scarlett han hablado nunca en público del motivo de su ruptura. Todo son especulaciones.

—Venga ya —replico con energía—. No seas tan ingenuo. Salta a la vista que le dio puerta porque ya no estaba a su altura.

—¿Hay alguna duda? —resuena por el micrófono la voz clara y amable de Scarlett, y solo cuando deja de hablar y nadie dice nada me doy cuenta de que se refería a mí con su pregunta.

Ace me dedica una sonrisilla de superioridad, y me dan unas ganas tremendas de romperle esos dientes blancos perfectos pero no es buena idea, porque entonces su prometida, una exsoldado de élite y ahora jefa de seguridad de los *Hornets*, me mataría, y yo le tengo demasiado cariño a mi vida.

Me limito a lanzarle una mirada airada y me giro hacia la cazafortunas.

—No. No las hay —digo con aburrimiento—. Pero nos gustaría entrenar. La Super Bowl no se gana sentados y de cháchara. Entonces, ¿va a terminar pronto?

La sonrisa de Scarlett se le hiela en la cara. No se esperaba esta respuesta, por lo visto. Qué pena. Si no soporta el tono áspero que se estila en el fútbol americano, está en el sitio equivocado.

Me reclino en la incómoda silla y cruzo los brazos de forma bien visible.

—¿Qué, entonces? —pregunto, molesto—. ¿Ya está?

Jim, que está al lado de Scarlett, se pone rojo como un tomate, lo cual no es buena señal porque el mánager de los *Hornets* es conocido por ser de los tipos más irascibles y temperamentales de toda la NFL. Sin micrófono lo oye cualquiera en la sala cuando, entre dientes, suelta:

—Ya tenemos candidato para la primera entrevista individual. Onyx Yates. Qué bien que te ofrezcas voluntario.

—¿*Cómo*? —me inclino de golpe hacia delante y alzo las manos en son de paz—. Un momento, Jim… ¿entrevista individual? Ni de coña.

—Eso lo tendrías que haber pensado antes de abrir la boca. Scarlett se pondrá en contacto contigo y te dirá dónde y cuándo te verá. Y tú, amigo mío, vas a estar allí. Puntual. Si se te ocurre pasarte de listo, me enteraré, y la próxima entrevista que hagas será conmigo. Y será para hablar de a qué equipo de regional te vamos a vender. ¿Ha quedado claro?

Mis compañeros no pueden contener la risa, rematando así mi humillación. Todo por culpa de esa morena cargante con la sonrisa falsa de Hollywood.

Ya verás, Scarlett Lane. Te vas a enterar. Aún desearás no haberme conocido.

SCARLETT



Sigo con una sonrisa a los jugadores que salen de la sala y me alivia que, en líneas generales, la presentación del documental haya ido sobre ruedas. Tan solo el *center* de los *Hornets*, Onyx Yates, parece no tener muchas ganas de rodar. Al menos, su respuesta borde lo deja entrever. Que los jugadores de fútbol americano a veces no sean precisamente fáciles de tratar no es ninguna novedad, más bien al contrario. He estado suficiente tiempo con un profesional de la NFL como para saber cómo funcionan y qué manías tienen.

—Siento lo de Yates. Es un jugador genial, pero como persona a veces es un auténtico desastre —gruñe Jim Henderson, molesto, mientras rechaza una llamada en el móvil.

—No hay por qué disculparse. Si no supiera lidiar con esto, este sería el trabajo equivocado para mí —replico encogiéndome de hombros y le sigo fuera de la sala hacia el pasillo, donde, además del vestuario de los jugadores, hay algunas oficinas sueltas y el almacén.

—No se deje tomar el pelo por los chicos, Scarlett. Y si alguno le da problemas, dele simplemente una patada en el culo. Le doy permiso oficial para ello.

Me río, divertida, y le pongo al enfadado Jim una mano tranquilizadora en el brazo. —Gracias, pero no hará falta. Usted lo sabe: perro ladrador, poco mordedor.

Jim resopla, conforme, y mira frunciendo el ceño su móvil, que ha vuelto a empezar a vibrar.

—Vaya, no se corte —digo, animándole a volver a ocuparse de su trabajo del día a día—. Nosotros nos apañamos.

—¿Seguro? —pregunta, escéptico.

Asiento.

—Durante las próximas horas nos centraremos primero en el entrenamiento inaugural de la temporada. Si mientras tanto nos surge alguna duda, por suerte tenemos a Leslie. Seguro que nos será de gran ayuda.

Jim mira a Leslie, que está a mi lado y tiene las mejillas encendidas de la emoción. Es una joven empleada del departamento de comunicación de los *Hornets* y la han encargado de acompañarnos durante las grabaciones. Por un lado, para abrirnos todas las puertas y accesos. Por otro, claro está, para echarnos un ojo. Pensar que un equipo de televisión puede pasearse y grabar sin supervisión en uno de los equipos más conocidos de la NFL es una idea absolutamente utópica, y lo entiendo perfectamente.

—Entonces, que vaya muy bien. Y si surge algo, ya sabe dónde encontrarme.

—Por supuesto. Muchas gracias —me despido y sigo con la mirada a Jim hasta que desaparece. Luego me giro hacia Leslie, Elias y el equipo de rodaje, que han esperado un poco apartados, y doy una palmada, eufórica.

—Bien. Vamos allá. Al campo, que no queremos perdernos el primer entrenamiento. Jack, graba por favor el camino hasta allí. Yo iré comentando. Sígueme.

—Hecho, jefa. —Jack asiente y enciende la cámara.

Él, Elias y yo formamos un equipo muy compenetrado. Trabajamos juntos con regularidad y sabemos qué quiere y necesita cada uno para poder hacer su trabajo.

—Elias, ¿cómo voy? —pregunto a mi productor, que me examina con ojo crítico.

No se trata de salir impecable, pero preferiría no llevar pelos de punta y no tener restos de pintalabios en los dientes. Por lo general

trabajo sin estilista y me maquillo y peino yo misma. Hoy también. Y normalmente es más que suficiente.

—Perfecta —comenta Elias, y me arranca una sonrisa.

Una de las razones por las que me gusta tanto trabajar con él es que jamás ha intentado ligarme. Es absolutamente profesional y nunca me hace sentir que me reduce a mi apariencia. Y eso en el mundo de los medios, sobre todo en el ámbito deportivo, es rarísimo.

—Wesley, vete ya adelantando y haz unos cuantos planos de los jugadores a vista de pájaro, ¿vale? —indica Elias a nuestro segundo cámara—. Nos vemos luego junto al campo.

—De acuerdo.

Esperamos a que Wesley desaparezca del campo de visión de la cámara y entonces empezamos nosotros también.

—Cámara grabando —me avisa Jack, dándome la señal para empezar.

—Estamos en el pasillo de acceso al campo del estadio de los *Hornets*, que conecta el vestuario con el terreno de juego. Justo este mismo camino han recorrido hace unos minutos los jugadores de los *Hornets*. Ahora los seguiremos y los acompañaremos en su primer entrenamiento de cara a la nueva temporada.

Hago un gesto invitando a avanzar y me pongo en marcha, mientras llamo la atención sobre las vitrinas de trofeos que discurren a derecha e izquierda y explico a los espectadores qué están viendo y viviendo.

Antes de llegar al campo, ya nos alcanzan los resoplidos, los gritos y las voces de los jugadores. Dejo de hablar y permito que la cámara capture el ambiente, que va in crescendo hasta que alcanzamos la banda y los jugadores entran en nuestro campo de visión.

Siento un cosquilleo en la piel y la profunda gratitud que me invade en este momento me pone los ojos vidriosos. Poder rodar este documental es el resultado de años de trabajo duro que ahora empieza a dar sus frutos. Todas esas jornadas de dieciocho horas que me he pasado con viento, lluvia, nieve e incluso granizo, trabajando en los estadios de este país. Todos esos fines de semana

que, en vez de pasarlos con mi familia, he pasado en algún evento deportivo. Todas esas noches en vela investigando y preparándome… por fin están dando resultado. Por fin puedo recoger los frutos de ese esfuerzo y enfrentarme a un reto que me impulsa al Olimpo del periodismo deportivo.

Es una sensación preciosa, aunque sé que apenas estoy empezando con el documental y que soporto sobre los hombros una gran carga de presión, expectativas y muchos millones de dólares de inversión.

Este documental tiene que ser apoteósico. Tiene que batir récords, impresionar a la crítica, disparar las audiencias y ampliar de forma masiva la base de fans de los *Hornets*. Que lo consigamos depende solo de la ejecución del documental y, por tanto, de mi equipo y de mí.

El corazón me late con nerviosismo contra las costillas y, durante unos segundos, me asalta un vacío en el estómago, la sensación de no estar a la altura.

Lo aparto con firmeza y cierro los puños. Quiero esto. P*uedo* con esto.

Me recuerdo a mí misma por qué es tan importante cumplir y cómo podría ser mi vida si este documental tiene éxito. No solo aumentará enormemente la notoriedad de los *Hornets*, sino también la mía. Mi voz llegará delante de miles, quizá incluso a millones de personas más, y me dará la posibilidad de compartir con mi comunidad causas que me importan, que no son pocas.

A mi juicio, una persona pública no solo tiene privilegios, sino también obligaciones con la sociedad. Hay que usar la voz para hacer el bien y no solo para ir a fiestas estupendas y llenarse los bolsillos con colaboraciones con grandes empresas.

Dejo que la mirada recorra el campo, donde los jugadores completan su entrenamiento en distintas formaciones.

Se les ve concentrados y decididos a pelear un año más por la Super Bowl. La tensión que se respira es casi tangible y el esfuerzo, imposible de pasar por alto.

—Hagamos unas tomas más de cerca —le digo a Jack y llamo a Leslie con la mano—. ¿Hablas con el head coach para que no

molestemos?

Ella asiente con ganas y sale disparada. Poco después regresa con una de las entrenadoras asistentes.

—Esta es Tessa Sinclair —nos presenta.

—Hola, Tessa. Qué alegría encontrar otra aliada.

Le dedico una sonrisa a Tessa y me alegra poder conocerla en persona. Tessa es una de las pocas entrenadoras de la NFL. El año pasado empezó a trabajar como asistente de preparación física en los *Hornets*, tras muchos años entrenando en la liga universitaria. Además, sale con Cash Carson, que hasta el final de la temporada pasada fue jugador en activo de los *Hornets*. Lo sé porque, en mi trabajo, también tengo que estar al tanto de la vida privada de los jugadores.

En ese sentido, Tessa es un caso especial. Nos parecemos mucho no solo en lo profesional, sino también en lo personal. Hasta finales del año pasado yo también estaba saliendo con un jugador de la NFL, antes de que él me dejara con todo el dolor de su corazón. El público lo ve de otra manera, pero solo porque no conoce la verdad y yo nunca la he contado.

—Hola, Scarlett —responde Tessa a mi saludo y sonríe—. Soy muy fan tuya.

—Lo mismo digo —contesto, y me río—. Si te apetece, un día de estos nos tomamos un café y charlamos. Estas semanas y meses vamos a tener tiempo de sobra.

—Encantadísima —responde Tessa, radiante—. Tengo tantas preguntas para ti…

—Y yo para ti.

Le guiño un ojo a Tessa y me alegra haber encontrado ya en mi primer día una aliada con la que, me dice el instinto, estoy totalmente en sintonía.

—El entrenador Sutherland me ha pedido que os presente los diferentes grupos de trabajo. ¿Vamos? —dice Tessa, señalando a los jugadores.

—Claro. Te seguimos sin molestar —respondo—. ¿Te importa contarnos cosas mientras te grabamos?

Tessa vacila, así que le dedico una sonrisa de ánimo.

—Venga, atrévete. Te lo has ganado. Usa tu voz para inspirar a millones de mujeres y niñas ahí fuera a que se mantengan fieles a sus sueños, por inalcanzables que parezcan. Eres la prueba viviente de que para nosotras también todo es posible si trabajamos en ello con foco y constancia.

Ante mis palabras de apoyo, los ojos de Tessa empiezan a brillar y, cuando por fin asiente, es el mejor momento del día para mí.

3

ONYX



—¿Cuándo es tu cita con Scarlett? —me pregunta Kingston, que se seca a mi lado silbando alegremente y parece como si el duro entrenamiento de horas no le hubiera afectado lo más mínimo.

Para entonces el equipo de rodaje nos lleva acompañando casi una semana y aún no se ha cumplido la amenaza de Jim Henderson de que yo sería el candidato para la primera entrevista individual, por lo que albergo la fundada esperanza de que ese cáliz envenenado pase de largo.

—Eso no es una cita, tío, sino una puta tortura —gruño y me pongo la sudadera con capucha—. Y como creo que Jim y la tía de la tele se han olvidado de su amenaza, me harías un gran favor si te callaras de una puta vez, capullo.

Kingston tuerce la boca en una sonrisita de mono y se frota el pelo para secárselo.

—Relájate. Muchos de los chicos darían un riñón por estar en tu lugar.

—Porque esos idiotas se dejan deslumbrar por la belleza de esa víbora. Están todos que solo piensan con la polla —murmuro.

—¿Y tú no? —se burla Kingston mientras rebusca en su taquilla.

—No, yo no. Puede que sea polla*activa*, pero no polla*dirigida*. Es una diferencia pequeña, pero importante.

—Bueno… mientras tu *polla* no sea pequeña pero resultona, todo bien.

Bajo la mirada a mis ingles y frunzo el ceño, molesto. ¿Pequeña? Ni de coña. Tengo una maldita anguila colgando entre las piernas. Y Kingston lo sabe. Al fin y al cabo llevamos años duchándonos en el mismo vestuario.

—De verdad creo que estás exagerando. En serio, tío, ¿cuál es tu problema? Por cómo hablas, cualquiera diría que odias a Scarlett Lane. Y ni siquiera has hablado con ella.

—¿Y qué? No tengo que hablar con alguien para odiarlo.

—¿Ah, no?

—No. ¿He hablado alguna vez con dictadores, terroristas y traficantes de personas? No. ¿Los odio igualmente? Sí.

—Eeeeh, alto ahí, tío —Kingston alza las manos en señal de calma—. Te estás pasando. No querrás poner en serio a Scarlett Lane a la altura de dictadores, terroristas y traficantes de personas.

—No, claro que no. *Tú* has dicho que odio a Scarlett, no yo.

—Pero tampoco lo has negado cuando lo he dicho —replica Kingston, y yo pongo los ojos en blanco.

—Pues lo niego ahora, ¿vale? No la odio, es que no la soporto. ¿Contento?

—No.

Dejo escapar un bufido cansado.

—¿Y por qué no?

—Porque no tiene sentido que hables tan mal de ella. Casi parece que te gusta y que lo encubres fingiendo que no la aguantas.

—Chorradas —escupo entre dientes apretados—. Lo que pasa es que me parece una mierda lo que le ha hecho a Jordan Ramirez. Me da pena el tío y creo que, en eso, los hombres deberíamos apoyarnos entre nosotros.

—¿Otra vez con lo mismo? —se mete Ace, que acaba de salir de la ducha y todavía echa vapor por el calor del agua, en nuestra conversación.

—¿Y quién te ha preguntado a ti? —le suelto, mientras meto mi ropa sudada en un saco de tela para que el utillero venga a recogerlo y la lave—. No es asunto tuyo, ¿vale?

—Sí que lo es cuando hay jaleo en mi equipo —me lleva la contraria—. Porque la mujer con la que, por lo visto, tienes un

problema enorme va a quedarse una temporada con nosotros y no me da la gana de que por eso estés fuera de juego o de que, por tu comportamiento infantil, el equipo quede en mal lugar.

—No digas gilipolleces, Ace —protesto y cierro mi taquilla con estrépito.

—Aquí quien dice gilipolleces está claro. Ni idea de qué te pasa ahora mismo, pero desde que Cash ya no está te comportas de forma jodidamente rara.

—¿Ya está? —quiero saber, y me echo la mochila al hombro para largarme de aquí.

—Sabes que siempre estamos ahí para ti, colega —dice Ace ahora más conciliador, pero no consigo tragarme el orgullo, así que me limito a asentir con brusquedad y me abro paso por el vestuario hasta la salida.

En cuanto la puerta se cierra a mis espaldas y el ruido amaina, respiro aliviado. Superado. Arrastro los pies hacia la salida y me planteo qué hacer con el resto del día cuando oigo detrás de mí la voz de Leslie, del departamento de comunicación, que me llama por mi nombre.

Joder.

Hago como que no la he oído y sigo andando, pero antes de que llegue a la salida del estadio, me ha dado alcance y me corta el paso con su cuerpo diminuto. Si quisiera, podría tumbarla de un simple soplido, pero como no pongo la mano encima a las mujeres, no me queda otra que dejar que la enana me pare.

—¿Qué? —gruño, esperando que se aparte por miedo. Pero no lo hace.

Mierda.

—Seguro que recuerda su entrevista individual con Scarlett Lane, ¿verdad? —chilla, cohibida.

—No —miento, aunque sé que no voy a colarla. Pero al menos así puedo retrasar un poco mi inevitable paseo a la guillotina.

—Bueno… eh… sorpresa, supongo —balbucea, cortada—. Scarlett quiere hablar con usted ahora.

—Yo ya he terminado por hoy —replico—. Seguro que puede ser en otro momento.

Intento escabullirme por un lado de Leslie, pero la pequeña es sorprendentemente valiente y estira los brazos para cortarme el paso.

—Me temo que tengo que insistir, Onyx. Lo siento.

Pues nada, *game over*.

Un atisbo de desesperación se me escapa de la garganta.

—Yo también —murmuro, luego me doy por vencido ante Leslie y la sigo a regañadientes.

SCARLETT



—Elias, tú tienes nuestro plan de rodaje. ¿Qué toca mañana? —le pregunto a mi productor mientras espero a que Onyx Yates llegue a nuestro estudio improvisado.

Elias teclea en su tableta y saca nuestra lista.

—Vestuarios, salas de tratamiento, Trophy Alley, pasillo de jugadores, gradas —abajo y arriba—, zona VIP, despachos, sala de estrategia, campo, aparcamiento y acceso —enumera.

Necesitamos todos esos planos para crear un marco y hacer que el público entienda el documental en torno al mito de los *Honolulu Hornets*. Queremos que la gente comprenda lo que pasa en el fútbol americano más allá del campo y que el deporte es mucho más amplio y poliédrico de lo que dejan entrever esos sesenta minutos de tiempo neto de juego. Queremos acercarles el deporte y llevarles entre bambalinas. Por eso no se trata solo de poner a los jugadores delante de la cámara, sino también de captar todo lo que lo rodea.

—De acuerdo. Como mañana no hay entrenamiento, tenemos todo el día para dejarlo listo. Luego concretamos a qué hora quedamos, ¿vale?

Los demás asienten y miran de reojo hacia la puerta por la que Onyx Yates ya debería haber entrado. Mi corazonada de que podría negarse a hablar conmigo parece confirmarse.

Estos últimos días los hemos dedicado sobre todo a observar al equipo en sus ejercicios y durante sus entrenamientos, y a grabar una parte. En esta fase inicial se trata más de cogerle el pulso a la

dinámica de los *Hornets* que de filmarlo absolutamente todo lo que se nos pone delante.

Es una fase de adaptación. No solo para nosotros, también para los *Hornets*. No queremos ser un cuerpo extraño que les rompe la rutina y les hace cambiar su comportamiento, sino sentirnos como una parte del equipo que encaja a la perfección. Para eso hace falta cierto grado de confianza y eso, a su vez, exige tiempo y paciencia.

También por ese motivo hemos esperado casi una semana antes de empezar con las entrevistas individuales. La charla con Onyx esta tarde es un estreno y un globo sonda para las entrevistas que vendrán.

Si hubiera dependido de mí, habría elegido a un jugador menos conocido, con el que no sería tan dramático si la fastidio. Con Onyx Yates me llega de golpe un peso pesado de verdad y, además, bastante complicado. Pero, oye… estoy a la altura del reto. Al menos es lo que me repito, y trabajo cada día para mejorar en lo que hago.

—¿Crees que vendrá aún? —Elias pone en voz alta lo que pienso —. A lo mejor ya se había ido.

—Imposible. Leslie le ha estado esperando expresamente delante del vestuario desde que acabó el entrenamiento.

—Bueno… puede que hubiera mucho jaleo y se le pasara verlo.

—A un tío como Onyx Yates no se le pasa por alto. El tipo roza los dos metros y tiene más músculos en su cuerpo que rascacielos hay en Manhattan —digo con sequedad.

Elias esboza una sonrisa.

—Ya veremos. Y si no, hacemos la entrevista otro día.

Miro mi reloj de pulsera y estoy a punto de ir yo misma a ver dónde se han metido Leslie y Onyx cuando se abre la puerta de la sala de reuniones que hemos reconvertido en estudio y entra una Leslie nerviosa tirando de un Onyx Yates malhumorado.

Examinó a Onyx, que lleva vaqueros y sudadera con capucha, lo que le da un aire bastante desenfadado. Tiene el pelo castaño oscuro aún húmedo de la ducha y algunos mechones le caen sobre la frente. Calculo que lleva tiempo necesitando una visita al peluquero. No es que el pelo más largo no le quede bien, le pega,

pero la manera en que se lo sopla para apartarlo me demuestra que le molesta, como todo en esta situación.

Su rostro es marcado y anguloso. Casi esculpido. En general, Onyx Yates es muy atractivo, que no es precisamente la palabra que suelo usar para describir a un hombre. En su caso encaja. Si no se hubiera hecho jugador de fútbol, podría haber sido modelo. Y lo que no es, quizá todavía pueda ser. Después de que su mejor amigo, Cash Carson, colgara las botas al final de la última temporada, puede que Onyx sea el siguiente. Es verdad que es unos años más joven que Cash, pero con sus treinta y un años tampoco es ya de los benjamines de la liga.

Sus ojos color avellana atrapan los míos y me dejan claro que no le apetece nada estar aquí. Genial.

—Onyx —lo llamo con una sonrisa, ignorando a propósito su mal humor—. Me alegro de que hayas podido hacerle un hueco a esta entrevista.

—Me han obligado —gruñe, metiendo las manos en los bolsillos.

—¿Quién? —pregunto divertida—. ¿Leslie, quizás? Como si alguien pudiera obligarte a hacer algo que no quieres.

—Como sea —murmura, mirando el cuarto con aburrimiento—. ¿Podemos empezar o echo aquí raíces? Lo creas o no, señorita, tengo vida fuera de este estadio y no pienso quedarme aquí pudriéndome.

—Eso es un arranque de conversación estupendo. Y tutea, por favor. Aquí nos tuteamos todos —replico con almíbar en la voz y hago una seña a Wesley para que le coloque el micro a Onyx.

—Siéntate ahí, por favor —le indico a Onyx, cuando Wesley ha terminado su trabajo y ahora comprueba la iluminación, mientras Jack apunta su cámara hacia nosotros.

—¿Así está bien o necesitamos polvos para él? —pregunto, dirigiéndome a Jack, que examina la pantalla de su cámara.

—¿Qué, que me empolve el culo o qué? Ni de coña. Con esa mierda no contéis conmigo.

—Vale —digo conciliadora—. Sin polvos. Como tú prefieras.

Onyx me lanza una mirada torva, pero al menos no sigue protestando.

—Te explico rápidamente cómo va a ir esto, ¿sí? —me ofrezco, pero me corta antes de que pueda seguir.

—No hace falta. Haz tus preguntas. Cuanto antes salga de aquí, mejor.

Se recuesta en el sillón, apoya los brazos con desparpajo en los reposabrazos y deja las piernas abiertas hacia afuera.

—¿Entonces? Vamos allá —apremia, y escala hasta los primeros puestos de mi ranking de entrevistados más antipáticos.

—Bien. Como quieras.

Me aclaro la garganta y miro las tarjetas que he preparado para la entrevista con él.

—Onyx, llevas años siendo un miembro fijo de los *Hornets*, pero antes de ir a tu posición como center, hablemos del Onyx Yates privado. Ese que también tiene vida fuera de este estadio. ¿Qué nos puedes contar de ese Onyx?

—Nada —responde seco—. Como has dicho: eso es privado.

Cruza los brazos de forma ostentosa sobre el pecho y me mira, molesto.

—¿No puedes darles a los fans de los *Hornets* aunque sea un atisbo de tus aficiones? He oído que te gusta trastear con motos. Un hobby que compartes con tu mejor amigo y ex tackle de los *Hornets*, Cash Carson.

—Cierto —murmura con los labios apretados.

Dejo las tarjetas a un lado y me froto la frente, pensativa. Así no vamos a ninguna parte. Dirigiéndome a mi equipo, digo amablemente:

—Por favor, apagad la cámara y los micros y salid todos un momento del cuarto, ¿vale?

Elias lo capta al instante y se lleva a Wesley, Jack y Leslie, que le siguen sin decir palabra. Diez segundos después solo quedamos Onyx y yo en nuestro estudio.

—¿Qué es esto? —pregunta desconfiado, visiblemente inseguro.

Yo también me recuesto en el sillón, imito su pose y le dedico una sonrisa desarmante.

—He pensado que charlemos tú y yo *off the record*. Sin público y sin oyentes.

—¿Y por qué? —sigue receloso.

—Para conocernos con calma. Es evidente que esta entrevista te incomoda. Me gustaría entender por qué y qué puedo hacer para que te resulte lo más llevadera posible.

Onyx se pasa la mano por el pelo y se encoge de hombros.

—No me apetece esta mierda, y punto. Eso es todo.

—Con la *mierda* te refieres a esta entrevista, ¿o al documental en general, o…? —insisto.

—Al documental y a ti —suelta sin rodeos, y me hace dar un respingo.

—¿*A mí*? —pregunto, perpleja—. Pero si nunca hemos tenido trato.

—Y si por mí fuera, seguiría así.

Suelto una risita incrédula.

—Vale… y… ¿por qué?

—Porque me pareció de puta pena que dejaras tirado a Jordan Ramirez en cuanto lo traspasaron a un equipo peor de la NFL y con menos pasta.

—¿Perdona, *qué*? —exclamo, atónita, porque eso no se ajusta en absoluto a la realidad.

—Me has entendido perfectamente. Mientras fue una estrella en L.A. y tú podías calentarte al sol de su fama, fingiste la *gran historia de amor*. En cuanto le cayeron críticas, lo dejaste caer en frío. Eso me dice qué clase de persona eres, y paso de eso, lo siento.

Me quedo mirándolo sin decir palabra, incapaz de responder a su acusación. Este es uno de esos pocos momentos en mi vida en los que, sencillamente, me faltan las palabras. En cambio, de repente Onyx está mucho más hablador.

—¿Hemos terminado entonces? ¿Puedo irme? Creo que ya está todo dicho, ¿no?

Asiento en silencio y ni siquiera levanto la vista cuando se incorpora y, poco después, la puerta se cierra a su espalda.

Unos segundos más tarde entra Elias y yo sigo en shock, incapaz de poner cara de póquer que me salve.

—¿Todo bien? —pregunta con cautela.

—Sí —murmuro ausente, aunque ambos sabemos que no está nada bien, pero Elias me conoce lo suficiente como para no preguntar y me cubre haciéndose cargo de llamar al equipo y avisarles de que pueden dar por terminado el día y de que aplazamos la entrevista con Onyx.

Una vez más agradezco tenerlo como compañero en mi vida, porque en momentos como este, marca una diferencia real tener a un amigo a tu lado que te rescata cuando tú no puedes.

5

ONYX



Cash está arrodillado junto a una de sus últimas adquisiciones y trastea concentrado con ella mientras yo le observo absorto.

—¿Me pasas el destornillador de estrella? —pregunta, y alarga la mano sin apartar los ojos de la moto.

Cojo del maletín de herramientas a mi lado y se lo doy.

—He dicho el destornillador de estrella. ¿Por qué me das el plano? —se queja al darse cuenta de que tiene una herramienta inútil en la mano.

—Perdón —murmuro y corrijo mi error.

—Hoy estás muy callado. ¿Qué te pasa, colega? —se interesa Cash, mientras sigue atornillando su máquina.

—No lo sé. Hoy no es mi día, supongo —respondo, esquivo.

—Ajá, ¿y por qué?

—Ni idea.

—¿Cómo que *ni idea*? Algo habrá pasado, Onyx. Así que suéltalo, ¿qué ocurre?

—No es nada —eludo, y me gano una ceja alzada con sorna de mi mejor amigo.

—Sí, claro. Te conozco demasiado bien para esa mierda. Si no quieres hablar, dilo sin más.

—Es por Scarlett Lane —confieso antes de poder frenar la lengua.

—¿Ah, sí? ¿Qué pasa con ella? —pregunta Cash, en guardia, y deja lo que está haciendo—. A Tessa le cae genial y la sigue desde

hace años en redes sociales. Por lo visto se han hecho amigas desde que acompaña a los *Hornets*.

—Estupendo —comento con el mismo entusiasmo que el burro Ígor de Winnie the Pooh.

—No te cae bien, ¿eh? Ya me ha llegado —concluye Cash.

—¿De quién? —pregunto.

—¿De quién va a ser? De los chicos. Puede que ya no juegue en activo, pero sigo quedando con ellos. Así que sé que no te hace mucha gracia Scarlett porque crees que es una cazafortunas rastrera.

—Tal cual —le doy la razón y miro el móvil, en el que acaba de entrarme un mensaje.

—¿Tienes que irte? —me pregunta Cash, y yo niego con la cabeza.

—No. Es solo Brittany, que quiere saber cuándo nos volvemos a ver.

—¿Brittany? —Cash frunce el ceño, desconcertado—. ¿No dijiste que la morena del bar se llamaba Katelyn?

—Katelyn fue la semana pasada —le aclaro a mi colega—. Brittany es esta semana.

A Cash se le escapa un sonido reprobatorio y su mirada de desaprobación dice más que mil palabras.

A la mierda. ¿Qué quiere que haga? La vida de pareja aburrida no es para todo el mundo. Yo necesito libertad y toda la variedad posible. No tiene nada de malo.

—¿Y ya te has cansado de ella, no? De Brittany, digo.

—Cuando empiezan a perseguirte, es hora de dejarlas ir —le explico—. No quiero que piense que entre nosotros hay más que sexo.

Cash se limpia las manos en el pantalón de trabajo y masculla algo que no entiendo.

—¿Qué? —pregunto, molesto.

—He dicho que eres un hipócrita hijo de puta —repite ahora alto y claro.

—¿Pero qué coño, tío? —le suelto—. ¿Se te ha ido la olla?

—No. Pero a ti, por lo visto, sí. ¿Cómo puedes juzgar a Scarlett por algo que tú mismo haces semana tras semana?

—¿Eh? —exclamo, sin entender—. ¿Cuándo he tenido yo, a ver, una novia a la que dejara tirada porque ya no me servía para nada? Déjame pensar. —Me llevo la mano a la barbilla de forma exageradamente teatral y entrecierro los ojos, antes de abrirlos de par en par a modo de falsa revelación—. Nunca. Exacto.

—Pero sí aprovechas tus privilegios semana tras semana para ligarte a las mujeres que te gustan y llevártelas a la cama. Las enganchas con tu encanto, tu cuerpo y tu dinero. Luego las usas y después las tiras. Eso te convierte en un buen capullo, Onyx.

—No es como si ellas no disfrutaran también —me defiendo.

—Puede ser. Pero estoy seguro de que Ramirez también disfrutó con Scarlett. Hasta que esa relación dejó de funcionar, por el motivo que fuera. Entonces, ¿por qué hablas tan mal de ella? Tú no eres así.

Me froto la cara, cansado, porque estoy hasta las narices de estas conversaciones, y suspiro, resignado.

—Ni idea, tío.

—Toma —Cash me lanza la llave Allen y señala la máquina—. Te toca.

—¿Ya no te apetece, o qué? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Sí. Pero, primero, te vendrá bien distraerte un poco y, segundo, quiero escribirle a Tessa para ver si, de vuelta de casa de su hermana, me puede recoger algo rápido.

—¿Dónde está Pluto, por cierto? —me extraño y echo un vistazo buscando al perrito de Cash.

—¿Te das cuenta ahora de que no está? —Cash se ríe, incrédulo —. Llevas aquí una hora, Onyx.

—Ya, joder... si ya te he dicho que hoy no es mi día.

—A la vista está.

Me pongo a continuar justo donde lo dejó Cash y agradezco no tener que seguir con esta charla. En su lugar, me concentro en la moto a mi lado y por eso no me doy cuenta de que Cash me está grabando. Solo cuando él mismo sonríe a la cámara y manda recuerdos desde el banco de los jubilados, caigo en ello.

—No pensarás subir eso ahora, ¿verdad? —gruño, molesto.

—Demasiado tarde. ¿Qué pasa, te molesta? ¿Temes que Brittany se presente aquí?

—Ja, qué gracioso.

Le tiro a Cash un trapo sucio a la cabeza y vuelvo al trabajo. Que publique si quiere. Si le hace feliz, adelante.

Yo también subo algo a mi perfil de redes sociales de vez en cuando, pero solo porque mi equipo opina que beneficia a mi marca y aumenta mi valor. Incluso querían contratar a alguien para hacerlo de forma profesional y periódica por mí, pero paso de esa mierda de postureo, así que prefiero hacerlo yo, de forma esporádica.

—¿Piensas odiar a Scarlett el resto de la temporada? —pregunta Cash cuando deja el móvil a un lado y vuelve a prestarme atención.

—No la odio —le aclaro, lo mismo que le expliqué a Kingston—. Simplemente me cae mal. Ya está. ¿Por qué montáis todos un drama por eso, joder? Me está poniendo de los nervios.

Cash me examina con recelo, como si se negara a creerme.

—Cuesta entender por qué a todos salvo a ti les cae bien. Encaja de lleno en tu tipo. Es evidente que le van los jugadores de fútbol americano. Y está prácticamente siempre ahí. ¿Por qué todos los solteros intentan ligar con ella y tú haces lo imposible por evitarla?

—Quizá porque en Hawái hay suficientes mujeres con mejor carácter que ella —replico.

—¿Y lo sabes porque te has parado a fondo a conocer el carácter de las mujeres con las que te acuestas?

El tono de Cash rezuma ironía y me enciende una furia peligrosa. En realidad he venido a estar tranquilo y desconectar. Si me va a tocar los huevos, que se busque a otro para trastear con sus motos.

—¿Por qué te importa tanto este tema? ¿No podemos enterrarlo y hacer como si esa mujer no existiera? Hablas más de ella que de tu propia novia, tío.

—Solo intento averiguar de dónde viene tu mala leche —se defiende Cash.

—Ajá, ¿y por qué?

—Porque me preocupas, ¿vale?

Bajo la llave Allen y me giro hacia Cash.

—¿Que te preocupas?

—Sí, me preocupas. Llevas una temporada comportándote de forma muy rara. Y no soy el único que se ha dado cuenta. Algo te hierve por dentro y me gustaría saber qué es para poder ayudarte.

Me pongo de pie y tiro la herramienta al maletín correspondiente. Luego me dejo caer en la silla libre junto a Cash y me quedo mirando la pared de enfrente.

—Supongo que tengo que acostumbrarme a que ya no llevamos el ataque juntos y a que, fuera del campo, también estoy bastante solo.

—¿Cómo que solo? —pregunta Cash, frunciendo el ceño—. No estás solo.

—Sí. Sí lo estoy. Ace, Kingston, Saint y tú… todos habéis encontrado pareja en los últimos dos años y habéis cambiado vuestro estilo de vida por completo. Supongo que echo de menos los viejos tiempos.

—Todo en la vida tiene su momento. Nada es para siempre —dice Cash—. Pero te entiendo. Y también entiendo que es duro. Créeme: para mí tampoco está siendo fácil. Ya me tiemblan las piernas pensando en el primer partido de los *Hornets* dentro de dos semanas, viéndolo desde la grada en lugar de en el campo.

—Entonces, ¿por qué te fuiste? Podías haberte quedado.

—Porque era el momento de cambiar. Los cambios asustan a mucha gente porque traen incertidumbre y nos gusta sentirnos seguros, pero sin cambios el mundo no habría perdurado. Son necesarios. El cambio es necesario. Tenemos que evolucionar para crecer y aprovechar todo el potencial que nos ofrece la vida.

—¿Estás seguro? Quiero decir… sí, vale. Tiene cierta lógica. Pero a mí mi vida me parece, no sé, correcta tal y como está —expreso mis dudas sobre lo que dice Cash.

—Creo que la verdadera pregunta que debes hacerte es: ¿quieres una vida que esté *bien* o quieres una vida absolutamente alucinante? La diferencia entre *bien* y *alucinante* es el valor para cambiar. Algunos lo encuentran antes, otros después y algunos… nunca.

6

SCARLETT



Cuando Onyx sale trotando del campo aquella tarde después del entrenamiento, me le planto delante con renovado valor y le pido un momento de su tiempo.

—Dos minutos —gruñe, ignorando los silbidos burlones de sus compañeros, que darían lo que fuera por estar en su lugar.

De hecho, apenas doy abasto con invitaciones, sutiles y no tan sutiles, a salir con jugadores de los *Hornets*, pero eso no entra en mis planes mientras esté rodando el documental sobre el equipo. Por no hablar de que ninguno de los jugadores me acelera el pulso, salvo Onyx Yates, aunque por motivos completamente distintos. Con él no es porque me guste, sino porque me pone nerviosa y me enfada.

—Lo sé: tienes una vida fuera de este estadio. Y precisamente de eso quiero hablar —digo, y lo aparto un poco, lejos de las miradas curiosas de sus compañeros de equipo.

—He visto las Stories de Instagram contigo y Cash, y me gustaría que en nuestra entrevista habláramos también de vuestra amistad y de vuestro hobby en común.

—¿Qué entrevista? —gruñe de mal humor—. Pensé que eso ya estaba hecho.

—No, no exactamente. Si no te acuerdas —se lo refresco— te levantaste y te fuiste antes de que pudiéramos grabar nada aprovechable.

Se encoge de hombros, desinteresado.

—¿Y qué? ¿Es culpa mía si haces las preguntas equivocadas?

—¿Qué te parece si hablamos juntos de cuáles serían las preguntas adecuadas? —le propongo.

—¿En serio? ¿Ahora tengo que hacer yo tu trabajo? —replica con un deje sarcástico.

Suelto el aire de forma audible. A Onyx, por lo visto, no le interesa una colaboración armoniosa. Su actitud hacia mí y hacia el documental no ha cambiado. Si esperaba que se arrepintiera de sus palabras duras conmigo, iba de cabeza. Desde nuestra última conversación la semana pasada, por lo que parece, no ha cambiado nada.

—¿Vas a responder, entonces, a las preguntas que te haga? —me arriesgo a tantear.

—Depende de las preguntas.

—Probemos de otra manera, ¿qué tipo de preguntas son para ti un no rotundo?

—Preguntas sobre mi vida privada. No se llama privada por nada. A diferencia de ti, no estoy deseando compartir toda mi vida con el público —masculla.

Ignoro su última frase y la pulla incluida, y me centro en el núcleo útil de lo que ha dicho.

—De acuerdo, pero eres consciente de que la gente ve este documental para poder mirar entre bastidores, ¿verdad? Para saber más de los jugadores y del equipo de lo que ya saben.

Onyx cruza los brazos sobre el pecho. Un gesto defensivo que me resulta demasiado familiar.

—Este documental es una serie sobre los *Hornets*, no sobre mí. Así que, ¿por qué no me dejas en paz?

¿Lo dice en serio? No puede ser tan corto como para no ver la relación.

—Onyx, tú eres una *parte* de los *Hornets*. Las personas que trabajan para este equipo son las que lo conforman. De eso va precisamente.

—Mucha gente trabaja para los *Hornets*, y prácticamente todos salvo yo están encantados con esta mierda de documental. ¿Por qué

no me dejas en paz y entrevistas a los que están deseando hablar contigo?

Pues… esa sí que es una buena pregunta. Tengo un montón de jugadores y empleados en mi lista con los que quiero hablar y podría posponer sin problema la conversación con Onyx si me lo pone tan difícil. Supongo que el motivo por el que no lo hago es que no quiero ceder. No quiero que gane, porque no tolero ese comportamiento. No debe creer que puede tratar a la gente con ese desprecio y encima salirse con la suya. Por eso juego ahora la carta que me había guardado para el final, porque en realidad no quería usarla. Pero Onyx no me deja otra opción.

—Jim insiste en que seas el primer entrevistado. Si sigues negándote y con ello desbaratas el plan de producción, tendré que comunicárselo a Jim, lo siento —le informo con una voz calmada pero firme, que no deja dudas de mi intención de acudir al mánager de los *Hornets*.

—No lo sientes —replica Onyx, molesto.

—¿Perdón?

—No te *da* ninguna pena ir corriendo a Jim para chivarte de mí. Al contrario. Hasta te divierte, ¿a que sí? —concreta su descarada acusación.

—No, no me hace *ninguna* gracia ir a ver al mánager de los *Hornets* y confesarle que, sin su ayuda, no soy capaz de convencer a sus jugadores para que me concedan una entrevista, ¿de acuerdo? —digo ya con más irritación de la que pretendía.

De dónde saca Onyx esa imagen tan horrible de mí es un misterio, porque no se corresponde en absoluto con la realidad.

—¿Por qué no lo despachamos sin más, eh? Al final, te perjudicas tú y perjudicas al equipo resistiéndote a hablar conmigo y a contarme algo de ti que la gente no sepa. Te estoy dando la oportunidad de contarles a los espectadores quién eres, qué te define y qué te importa. Si no quieres aprovecharla y prefieres dejar tu voz sin usar, es tu problema.

Onyx va a decir algo, pero alzo el dedo índice para señalarle que aún no he terminado.

—Tu perspectiva me parece bastante tonta, la verdad, pero tampoco tengo tiempo para seguir dándole vueltas. Así que esta es mi propuesta: ve a ducharte ahora y luego ven al estudio. Te hago unas preguntas rápidas y después te dejo en paz. ¿Trato hecho?

Onyx asiente y me escruta con una mirada inescrutable, bajo la que se me pone el cuerpo, por turnos, al rojo y al hielo.

—¿Qué? —le pregunto—. ¿Crees que solo tú sabes dar caña?

—No —resopla, despectivo—. Estaba bastante seguro de que tú también sabes perfectamente. La Scarlett Lane amable y carismática no es más que una máscara que te pones para engañar a la gente. Lo de hace un momento, ese es tu verdadero rostro.

—¿Mi *verdadero* rostro? No. Eso ha sido mi manera de ponerte un espejo delante. Así que lo que has visto ha sido un reflejo de ti mismo. Y si ni siquiera eso te lleva a hacer autocrítica, entonces sí que eres un caso totalmente perdido.

Nos clavamos la mirada, enfadados, tratando de vencernos en un duelo de miradas.

Estoy furiosa. Furiosa con Onyx por comportarse como un capullo. Y furiosa conmigo por dejar que me provoque. Debería ser mucho más profesional y dejar que sus palabras me resbalen. Y normalmente lo consigo sin problema. Solo que no con él.

Por qué es así, no lo comprendo. No tengo ni idea de por qué precisamente él me llega tanto. Solo sé que no me apetece analizarlo a fondo. Cuanto antes nos quitemos de encima esta entrevista, mejor.

—Ya sabes dónde encontrarme. Y también sabes lo que haré si no apareces. Para que nos entendamos: ni se te ocurra hacerme perder el tiempo durante horas. Esperaré exactamente media hora. El reloj corre.

Sin esperar su respuesta, vuelvo con mi equipo, que está ocupado grabando tomas a pie de campo, y les informo de que en breve tendrá lugar el segundo intento de la entrevista individual con Onyx Yates.

Nos vamos juntos a nuestro estudio provisional y lo dejamos todo listo. Ni un minuto antes de tiempo. Porque justo cuando terminamos, se abre la puerta y entra un Onyx Yates contrariado.

—Hola. Me alegro de que hayas podido hacer un hueco —lo saludo, procurando sonar amable, aunque sigo enfadada—. Siéntate. Wes, por favor, ponle el micro. El maquillaje nos lo ahorramos. Gracias.

Mientras Wesley le fija el micrófono a la camiseta de Onyx, lo observo por encima del borde de mis tarjetas.

Como siempre, lleva vaqueros y zapatillas deportivas. Hoy ha cambiado la sudadera oversize por una camiseta ajustada de AC/DC que no sólo deja ver sus considerables músculos de los brazos, sino también sus gustos musicales. La camiseta sería la introducción perfecta para una pregunta en esa línea, pero como es casi seguro que la va a esquivar, me ahorro el intento.

Su pelo castaño le sigue cayendo sobre la frente, y la mandíbula apretada resalta las líneas marcadas que enmarcan su rostro.

Entiendo por qué las mujeres se derriten por él. Al menos, a simple vista. Onyx Yates está buenísimo, no hay duda. Pero la pregunta de por qué sigue soltero me la he respondido yo sola en estos días. Que no tiene ningún problema para llevarse a una mujer a la cama, me lo creo sin pestañear. Igual que no me cabe la menor duda de que no consigue retener a ninguna más de una noche si las trata con el mismo desprecio y mala educación con que me trata a mí.

—¿Estás listo? —le pregunto cuando Wesley y Jack me hacen una seña.

—Sí —murmura, fastidiado, y clava en mí una mirada impaciente.

—Bien. Vamos allá. Y recuerda: entre más colaborador seas, antes te librarás de mí.

—Vaya incentivo —replica imperturbable, llevándome al límite de mi autocontrol.

Me repito que me da igual lo que este tío piense de mí. No es de mi familia ni de mi círculo de amigos. Lo que diga, crea o haga no debería afectarme.

Y, aun así, me afecta. Es más: me hace daño.

Es justo en momentos emocionalmente intensos como este cuando se demuestra lo bueno que eres en tu trabajo. Y como estoy decidida a ser la mejor, ahora voy a abordarlo.

ONYX



Cuando en la noche me siento en el vestuario de los *Hornets* y me preparo mentalmente para el primer partido de la temporada, que está a punto de empezar, me siento raro.

Por un lado, porque Cash no está aquí. Es el primer partido sin él en el ataque. Y por otro, porque el puñetero equipo de televisión no nos deja en paz ni en el vestuario, justo antes de que empiece el partido.

La entrevista con Scarlett fue hace casi dos semanas y, aunque desde entonces no hemos vuelto a cruzar palabra, consigue ponerme de los nervios solo con su presencia.

Ahora mismo está al lado de uno de los cámaras y le susurra algo al oído, tras lo cual él reorienta la cámara y enfoca a dos de mis compañeros, que están con sus rituales supersticiosos.

Miro impaciente hacia la puerta y espero a que entre el Coach Sutherland, nos suelte su arenga y por fin podamos salir al campo.

—Ey, tío, ¿qué tal?

Me giro a la izquierda y veo a Marus Evans, de la defensa, que se ha sentado a mi lado. En lugar de responderle, solo alzo las cejas, interrogante. Tenemos poco trato, así que normalmente no hablamos. Que ahora, a punto de empezar el partido, se siente a mi lado y se ponga a darme conversación es raro.

—Tú tuviste hace poco tu entrevista con Scarlett, ¿no?

Sigo mirándole con las cejas en alto. ¿Para qué me pregunta algo de lo que ya sabe la respuesta? ¿Quiere hacerme perder el tiempo, o

qué?

—Bueno, da igual. Quería saber qué tal fue.

—Como es una entrevista, sin más —replico seco, esperando que se vuelva al agujero del que ha salido en vez de seguir dándome por culo.

—¿Solo te hizo preguntas ella o tú también pudiste preguntarle cosas? —insiste.

—¿Eh? —le suelto, cortante—. ¿Qué cojones es esta mierda, Evans? ¿Qué quieres de mí?

—De ti, nada —asegura.

—Entonces ¿por qué me estás taladrando con tus preguntas?

—Pasado mañana tengo mi entrevista con Scarlett y me gustaría invitarla a salir, pero como no puedo ir al grano a lo bruto, quería tantearlo con cuidado y pensé que quizás podrías darme alguna información útil sobre ella, porque tú ya has hablado con ella. Y como por lo visto no te mola, estás de acuerdo, ¿no?

—Tío… —suelto un suspiro de fastidio—. ¿Por qué coño queréis todos salir con esa tía?

—¿No es evidente? —pregunta Evans en un tono como si me faltara un tornillo—. Está buenísima, es graciosa, le interesa el deporte y está soltera.

—Eso les pasa a muchas mujeres —le rebato.

—Ella es especial. Tiene algo, un no sé qué, supongo. No lo sé explicar, pero creo que es la mujer de mis sueños.

No puede ser.

Me contengo de soltar un grito y, en su lugar, respiro hondo.

—Te has equivocado de puerta conmigo. No encuentro nada atractivo en esa mujer; al contrario. Estoy deseando que este documental acabe de una vez y dejéis de comportaros como adolescentes enamorados. En cuanto a mi entrevista con ella: fue corta y estrictamente deportiva. Y ahora lárgate, Marcus. Quiero concentrarme en el partido.

—Una pregunta más —suplica, corriendo el riesgo de agotar mi paciencia del todo.

—¿Qué más?

—¿Has visto la campaña que ha compartido en su perfil de redes sociales? La de la prevención del cáncer.

—No. No la sigo y no me interesa lo que haga.

—¿Por qué no? —quiere saber Evans.

Me levanto con energía y cojo el casco. Si él no se larga, me largo yo.

—Porque todo lo que hace esa mujer es puro postureo. Lo hace para darse bombo y sacar tajada. ¿Por qué iba a tragarme yo algo así?

Me doy la vuelta para ir hacia Saint y Ace, que están junto a la puerta ajustándose el equipo, y choco de lleno con Scarlett, que ha aparecido de la nada detrás de mí y me lanza una mirada que no deja lugar a dudas de que ha oído cada una de mis palabras.

En fin, la verdad duele, pero alguien tenía que decirla en voz alta, si aquí todos van como idiotas enamoradizos con una venda en los ojos.

Suelto de golpe a Scarlett, a la que había sujetado por reflejo para que no se cayera, y me escurro a su lado sin decir palabra, haciendo todo lo posible por no volver a rozarla. Es como si la piel de esa mujer estuviera cubierta de espinas afiladas que, al rozarnos, se me hubieran clavado en las manos y hubieran dejado un cosquilleo extraño.

Menos mal que justo en ese momento entra en la sala el Coach Sutherland y desvía mi atención de la morena pesada hacia el inminente partido contra los *Indiana Stallions.*

—Atención, todos.

De repente, el silencio se impone en la sala y solo las respiraciones quedas de los jugadores se mezclan con las palabras altas y decididas del coach, que en los minutos siguientes nos calienta bien y nos conjura para el partido que se avecina.

Conozco su discurso. Sé lo que nos va a decir. Y aun así, lo escucho siempre con toda la atención, porque salgo al campo para ganar. Por muchas veces que haya ganado ya la Super Bowl, sigo hambriento y no estoy dispuesto a ceder el título a otro equipo.

Así que absorbo la declaración de guerra del head coach como una esponja el agua y, pocos minutos después, salgo del vestuario

motivado y a tope de adrenalina con mis compañeros.

El estruendo de la afición retumba como un trueno por el pasillo hacia el campo. Solo nos quedan unos metros para la salida. Nos colocamos en fila, hombro con hombro, los cascos en la mano. Le doy un golpe en las hombreras a Cassian Kingston, nuestro wide receiver. Me mira y entiende. Ni una palabra. Solo un leve asentimiento. Luego echamos a correr y el túnel empieza a vibrar bajo nuestros pasos cuando los primeros jugadores pisan el campo y la grada enloquecida salta de sus asientos.

Todo en el estadio de los *Hornets* vibra. El césped. Las gradas. Mi cuerpo.

Disfruto este momento de celebración: los rugidos de los fans, el zapateo rítmico de setenta mil personas, la melodía de los cánticos de los *Hornets* y los anuncios entusiasmados por megafonía que prometen un partido fenomenal.

Para los de fuera, puede que sea un ruido insufrible. Para mí es música. Más aún: es la banda sonora de mi vida.

8

SCARLETT



—Hola, cariño —saludo a mi amiga, cuyo rostro aparece en la pantalla de mi portátil—. ¿Cómo ha ido tu semana?

Kendra, mi mejor amiga, y yo, cuando aún vivía en casa en L. A., solíamos sentarnos por las noches con una copa de vino y charlar. Para que no se pierda esa tradición ahora que nos separan cuatro mil kilómetros, hemos quedado en hacer una cita de vino por FaceTime una vez por semana.

—Mucho más interesante es saber cómo ha ido tu primer partido como parte de los *Hornets* —dice sonriendo y me brinda con su copa —. Siento que no hayan ganado. Ha estado reñido, pero hoy parecían bastante taciturnos, ¿o me lo ha parecido a mí?

—No, tienes razón —replico, y se me escapa un leve sonido de resignación—. Hoy no han estado a la altura. No es raro en ellos. A los *Hornets*, al inicio de una temporada nueva, por lo general les cuesta un poco arrancar.

—¿Así que crees que se recuperarán?

Asiento y también doy un sorbo de vino.

—Sí, de eso estoy bastante segura.

—¿Cómo estaba el ambiente tras la derrota? ¿Has estado en el vestuario?

—Claro. Precisamente eso es lo que quieren ver los espectadores. O sea, no que los *Hornets* pierdan. Sino cómo se vive entre bastidores después de un partido perdido. Por eso, paradójicamente, para nosotros ha sido una noche bastante buena,

porque hemos conseguido material por el que los espectadores se mueren.

—¿Y cómo estaban los jugadores?

Me encojo de hombros.

—Pues ya sabes, ¿cómo iban a estar? Enfadados. Decepcionados. Frustrados. Cada jugador gestiona una derrota a su manera, pero el coach Sutherland les ha cantado las cuarenta. A ver cómo va el próximo partido.

—Pero ese es fuera de casa, ¿no? —se informa Kendra.

—Sí, en Nashville.

—¡Yujuuu! —chilla mi amiga y se ríe—. Justo en la ciudad de la música, del country y del rock'n'roll. De verdad espero que ganéis allí.

—¿Por qué?

—Pues para que luego podáis celebrar a lo grande la victoria en alguno de los bares de karaoke, claro.

Sonrío divertida.

—Eso sería fuera de cámara. Eso no lo grabaría.

—Ni falta que hace. Tienes que dejar a un lado el micro y la cámara y pasártelo bien. Pensaba que la vida ya te había dado esa lección el año pasado y que la tenías bien aprendida. ¿Tengo que preocuparme de que vuelvas a viejos patrones?

—No. —Niego con decisión—. Seguro que no. Y, si acaso, para eso te tengo a ti de vigilante.

—Y tanto. Estoy deseando que me des un motivo para subirme al próximo avión a Hawái. Ahora bien, de una cosa deberías ser consciente: en cuanto llegue, no te vas a librar de mí tan fácilmente.

Le guiño un ojo con picardía.

—Eso espero. Lo mejor sería que te quedaras aquí del todo.

Entre nosotras se hace un silencio, porque caemos en la cuenta de que nos separan seis horas de vuelo. Hasta que me mudé, apenas eran seis minutos en coche.

—Te echo de menos —susurro, apretando los labios con pesar.

—Yo a ti también, ratoncita. —Kendra sonríe y se inclina hacia delante, de modo que puedo admirar su cara en primerísimo plano —. ¿Pasa algo?

—¿Por qué lo preguntas?

—Estás pensativa. Y no creo que sea solo por el aniversario que se acerca, ¿verdad?

Sonrío, aunque no me apetece nada. Es notable lo bien que me conoce mi mejor amiga. Y en momentos como este no sé si debería celebrarlo o maldecirlo.

—Hay un jugador… Onyx Yates.

Kendra rezonga por lo bajo.

—Odio a los jugadores de fútbol americano. Son arrogantes, vulgares y cortitos. Por favor, no me digas que otra vez tienes a uno en el punto de mira. Creía que habíamos quedado en que solo pescabas fuera de la NFL.

—*Tú* habías quedado en eso.

—En tu nombre, sí. Y por tu propio bien.

Suelto una risita divertida.

—Con él no tiene que ver con mi vida privada, tranquila. O, digamos, al menos no va en la dirección que te imaginas.

—¿Entonces no has acabado en la cama con el tipo?

Niego con la cabeza.

—¿Habéis salido en una cita?

—No.

—¿Habéis intercambiado números?

—Tampoco.

Kendra exhala aliviada.

—Muy bien. Era lo que quería oír. Entonces, ¿qué pasa con ese tío?

—No le caigo bien —confieso.

—¿Cómo que *no le caes bien*? —Kendra frunce el ceño, perpleja —. A todo el mundo le caes bien.

—A él no. Incluso diría que me detesta.

—Imposible —exclama mi amiga—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Me toma por una persona superficial, que solo mira por su propio interés.

Doy un respingo cuando a Kendra se le escapa una carcajada sonora y se tapa la boca, pillada, porque ya es tarde y con su grito puede que haya despertado a todo el edificio donde vive.

—Perdona, cielito, pero, ¿le han cagado en el cerebro a ese tipo o el sol de Hawái se lo ha derretido? ¿Tú, superficial? Es absurdo.

—Y calculadora —añado—. Soy una oportunista mentirosa, superficial y calculadora.

—¿*Eso* ha dicho? —grita, atónita, a la pantalla.

—No lo ha dicho tan directamente, pero si tuviera que resumir sus comentarios sobre mí en una frase, sería esa.

—Vale. —Kendra deja con energía su copa de vino, de modo que el líquido casi se derrama, y coge el móvil.

—¿Qué haces? —le pregunto, con un deje de inseguridad en la voz.

Quiero a Kendra. Es la mejor amiga que una puede imaginar. Pero a veces también es un poquito extrema en lo que hace.

—¿Pues qué va a ser? Me saco el próximo vuelo a Hawái y le reviento la puerta al notas —explica—. Menudo gilipollas. Le voy a cantar las cuarenta de tal manera que va a llamar a su mamá a gritos cuando acabe con él.

Me río por lo bajo, pero a la vez estoy máximamente intranquila, porque sé que Kendra lo dice muy en serio.

—Es muy tierno que quieras protegerme, pero ya soy mayor y puedo apañármelas sola.

—No va de eso. No dudo de que puedas apañártelas sola. Va más bien de…

—Que no tengo por qué —le termino la frase—. Tú siempre estás ahí para mí y no tienes ni idea de lo que eso significa para mí, pero me hace más daño que bien que le eches la bronca al center de los *Hornets*.

Baja el móvil y me mira, nada convencida.

—¿Entonces qué puedo hacer, si no me dejas arrancarle los pelos uno a uno?

—Puedes recostarte y tomarte tranquilamente tu copa de vino conmigo mientras me cuentas tu semana —propongo.

—Buen intento, pero no. Aún no has terminado de contar.

—¿No? —me extraño.

—No. Todavía tengo preguntas. Muchas preguntas.

—Vale —sonrío divertida—. Dispara.

—¿Cómo te sientes al pensar en la semana después de la que viene?

Me aclaro la garganta y hago girar pensativa el tallo de la copa entre los dedos.

—Sinceramente, intento no pensar en ello. Aún queda un poco y no quiero cederle ya parte de mi energía prestándole atención. Prefiero aplazarlo un poco más.

—Está bien. Prométeme que no lo vas a reprimir, ¿sí?

—Aunque quisiera, no podría, porque no puedo evitar la cita.

—¿Quieres que vaya y te acompañe?

—Es muy amable por tu parte, pero no hace falta —rechazo su ofrecimiento, agradecida.

—¿Segura?

—Sí, segurísima.

—¿Y también tienes claro que no quieres venir a L. A. y tener la cita aquí?

—Sí, lo tengo claro. Confío en los médicos de Hawái. Aquí, por la base militar, hay una atención médica realmente buena.

—Muy bien. Pero si pasa algo, me avisas enseguida, ¿prometido?

—Prometido. Y ahora, por favor, hablemos de otra cosa. La semana ha sido dura y larga. Cuéntame algo bonito. O algo divertido —le pido a mi amiga.

—Vale, de acuerdo. ¿Qué te parece esto? Clara me ha convencido para ir a yoga con ella.

—¡Odias el yoga!

—Lo sé. Pero como nunca lo había intentado, pensé que podría darle una oportunidad.

—¿Y? —pregunto, expectante.

—Teníamos que hacer una postura… Danda-algo, ni idea. El caso es que perdí el equilibrio y me caí.

—Ay —me río entre dientes.

—Bueno… para mí no. Caí blandito.

—¿Sobre la esterilla? —me sorprendo.

—No, sobre la tía del yoga de al lado. Y ella se ha hecho un moratón en el brazo.

—Ay no, ¿en serio?

Me contengo para no reírme, porque es cruel reírse si alguien se lesiona en algo, pero puedo imaginarme a Kendra perfectamente, hurgándose torpe, y gracias a su impaciencia cayendo al suelo como un saco mojado mientras se lleva por delante todo lo que se le cruza.

—Sip. Ya sabía yo que odiaba el yoga. Hay cosas que de verdad no hace falta probar para saber que mejor ni tocarlas.

—Ya… Supongo que ahora ya lo sabes para la próxima.

—Ay, chiquilla —protesta, escandalizada—. De una cosa estoy segurísima: no va a haber próxima vez. Se acabó lo de yoguear.

—Brindemos por eso —digo, alzando solemnemente mi copa.

—Eso es. Por el caos y porque siga rigiendo mi vida. Así al menos nunca es aburrida. Salud.

9

ONYX



Mi mirada roza el cronómetro, que resplandece en letras rojo vivo sobre el campo. Faltan cinco minutos. Vamos cuatro puntos arriba contra los *Nashville Outlaws* y no pienso dejar escapar la victoria. No después de que la semana pasada perdiéramos el partido inaugural contra los *Indiana Stallions*.

Una derrota ya es bastante vergonzosa. Dos seguidas, impensable.

El ruido en el estadio es ensordecedor y me dispara el pulso. Los fans de los *Hornets* rugen contra los de los *Outlaws* y viceversa. El partido es agresivo y duro, porque los dos equipos quieren ganar a toda costa y el liderato cambia de manos constantemente.

Me agacho sobre el balón, noto la goma conocida en las yemas de los dedos y espero, concentrado, la orden de Ace, nuestro quarterback.

—¡Blue eighty! ¡Hut!

En una fracción de segundo hago el snap. El balón vuela limpio hacia atrás y, en el siguiente aliento, empujo hacia delante para bloquear al nose tackle de los *Outlaws*. Es un maldito monstruo, pero bajo el casco y lo hago retroceder un poco.

Scott Saint pasa zumbando a nuestro lado. No llega lejos. Apenas dos yardas. Pero es mejor que nada. Con eso se puede trabajar.

Vuelvo a mirar el cronómetro. Quedan cuatro minutos y veinte segundos.

—Huddle —grita Ace con energía.

Corremos hacia él y formamos un círculo cerrado, para que nadie pueda ver ni oír la siguiente jugada y la cuenta de salida que canta Ace.

—Dos primeros downs más y lo tenemos —dice, mirándome a mí.

En lugar de responder, asiento. Nos conocemos al dedillo, así que no hacen falta palabras para dejar claro que los dos queremos esta victoria cueste lo que cueste. Ace sabe que puede contar conmigo. Confía en mí. Y hace bien. Nunca le he fallado, y ahora no voy a empezar.

Al siguiente snap le sigue un pase. El defensor de los *Outlaws* intenta romper por el centro, pero lo freno con un golpe seco y mantengo la posición. El balón sale, la jugada continúa y conseguimos el primero de los dos primeros downs que pedía Ace, algo que la grada celebra a lo grande.

¡Sí!

Un poco más de tres minutos.

—¡Vamos! —grito, dándome con las manos en el pecho.

Los últimos tres minutos se van a hacer eternos, porque tanto la defensa de los *Outlaws* como nosotros sabemos lo que toca: juego de carrera para que corra el tiempo.

Noto arder cada músculo cuando vuelvo a la línea y repito el mismo proceso una y otra vez: snap, bloqueo, empuje.

Suena la advertencia de los dos minutos y el juego se detiene.

Ya casi lo tenemos.

En la siguiente jugada, nada mantiene al público sentado. Se levantan como un muro y nos llevan en volandas con sus cánticos por el césped.

Por primera vez en este partido, Ace pone la rodilla en tierra. Un poco más de cuarenta segundos. Respiro hondo y me preparo para el último asalto.

—¡Set… hut!

Hago el snap a Ace y empujo hacia delante mientras la jugada sigue. Ni idea de hasta dónde llega Ace. Da igual, porque la sirena anuncia el final del partido.

¡Por fin!

Me arranco el casco de la cabeza y suelto un grito triunfal antes de que mis compañeros me embistan y me tiren al suelo.

¡Lo hemos conseguido! ¡Los *Hornets* han vuelto oficialmente! ¡Joder, sí, nena!



—Venga, no te pongas así —se ríe Kingston por lo bajo y me arrastra a un karaoke del centro de Nashville que la directiva de los *Hornets* ha alquilado para el equipo y celebrar nuestra victoria en *Music City*.

—Sabes que no sé cantar y no quiero hacer el ridículo —replico, echando el ojo a un Irish Pub dos edificios más abajo, donde podría disfrutar de una cerveza bien fría con buen rock.

—Relájate ya. Si no quieres cantar, nadie va a poder obligarte. Estás montando un drama por nada.

—¿Que por nada? La última vez tuve que, borracho, marcarme *Angels* de Robbie Williams en este bar. Existe un vídeo realmente bochornoso y lo sabes perfectamente. ¿Y *por qué* lo sabes tan bien? Ah, sí, claro: porque lo grabaste tú.

Kingston sonríe con mala leche y se encoge de hombros.

—Siempre viene bien tener un as bajo la manga. Tampoco es que tú no tengas uno mío.

—¿Ahora estamos en la *Guerra Fría* y practicamos la disuasión mutua para que a ninguno se le ocurra apretar el botón, o qué? —me burlo.

—Desde luego, mal no hace. Vivimos tiempos peligrosos. Además, eres un pedazo de cantante. Así que no te pongas así —opina Kingston, y me empuja hacia dentro. A regañadientes, me dejo.

El karaoke sigue igual que la última vez: como si alguien hubiera cruzado un viejo honky-tonk con un tugurio rockero mugriento: neón, pegajoso y hecho polvo. Y, aún así, perfecto para una noche

social y desmadrada tras un partido exigente y una victoria sufrida, antes de volver mañana a Hawái.

Las paredes están decoradas con guitarras viejas y discos de oro, entre los que cuelgan Polaroids de invitados famosos clavados en la pared. Sobre el escenario cuelga un cartel, en letras brillantes, que reza: *Sing it like you mean it*.

En el aire flota el olor a cerveza derramada, salsa barbacoa y bourbon dulce.

En el escenario ya hay jaleo: los primeros de mis compañeros están berreando notas falsas por todo el local, así que voy directo a la barra a pedir una cerveza. Sin alcohol, esta mierda no hay quien la aguante.

—Una cerveza de aquí —le digo a la camarera, que lleva botas de vaquera con purpurina y un sombrero blanco.

Ella me pasa la cerveza por encima de la barra y sonríe con coquetería.

—¿Te quedas un ratito conmigo y me haces compañía?

La evalúo por encima y concluyo que aquí, en la barra, a distancia prudente del escenario, es donde mejor estoy para escapar de este estúpido show de karaoke. Y si alguno de los chicos intenta convencerme de que suba al escenario a hacer el ridículo, siempre puedo poner como excusa perfecta a la camarera, a la que estoy intentando ligarme.

Naturalmente, *no* tengo intención de ligármela. No es mi tipo y no estoy de humor. Pero, por suerte, mis colegas no lo saben. Y así quiero que siga.

Me dejo caer en uno de los taburetes y le indico a Kingston que se vaya solo con los demás.

—Venga, pírate. Tengo faena —digo, señalando con la barbilla a la cowgirl tras la barra—. A lo mejor me paso luego, pero primero quiero *llegar* de otra forma, ya me entiendes…

Kingston me da una palmada en el hombro, riéndose, y desaparece con un:

—A ver cómo cabalga la cowgirl a ese toro.

Lo miro divertido mientras se va con Ace, Saint y el resto del equipo y se sienta con ellos.

Ha estado a punto, pero me he librado.

Me recuesto, bebo mi cerveza y me relajo justo cuando los focos del escenario se alinean de forma dramática y Collins agarra el micro.

—Buenas noches, cabroneeees —berrea, ya visiblemente achispado, y se bambolea por el escenario con su botella de cerveza —. Hoy tenemos un invitado VIP muy especial, al que quiero pedir que suba ahora mismo conmigo al escenario.

¿Invitado VIP? ¿Quién?

Entorno los ojos y escaneo el local. ¿Se habrá colado algún músico entre los jugadores? No sería nada nuevo, porque muchos de los chicos son amigos de superestrellas de otros ámbitos. Aun así, me intriga quién será.

Pero, para mi sorpresa, el equipo no empieza a corear el nombre de ningún cantante famoso, sino el nombre de… Scarlett.

Frunzo el ceño, desaprobador, y sigo con la mirada cómo sube al escenario, riéndose a carcajadas, con vaqueros ajustados, botas de cowboy y una camisa de cuadros anudada por encima del ombligo.

Mis compañeros silban, jalean, aplauden y se comportan como críos, como si tuvieran a Taylor Swift en persona delante.

Vaya mierda. Ni en mi propia after party, donde la gente de fuera no pinta nada, se libra uno de esta pesada.

Lo que nos faltaba.

Collins le pasa un micro a Scarlett y la mira embobado.

Joooodeeer… me va a dar arcadas.

—Nos alegra muchísimo que estés aquí esta noche, Scarlett, y nos alegraría aún más que cantaras para nosotros.

Oh.

Me quedo quieto. Ahora se pone interesante. Porque seguro que la señorita Perfecta no va a prestarse a un número de karaoke en el que no pueda brillar y mantener su fachada impoluta.

Cruzo los brazos, expectante, y concentro toda mi atención en el escenario. De esta no puede salir airosa y estoy deseando ser testigo de cómo su máscara primero se resquebraja y luego se hace añicos. A lo mejor entonces los demás por fin entienden cómo es de

verdad Scarlett Lane y bajan de su nube rosa de algodón de azúcar al duro suelo de la realidad.

Satisfecho, me llevo la botella de cerveza a la boca.

Que empiece el espectáculo.

Brindo por ello.

10

SCARLETT



En realidad pensaba pasar una noche tranquila en el bar con Tessa, mientras los chicos se ponían ciegos y nos daban un buen rato de entretenimiento. Pero, por lo visto, el equipo tiene otros planes.

Cuando Collins me sube al escenario, apenas he terminado mi primera cerveza, ya sé lo que pretende antes incluso de que abra la boca.

—¿Por qué canción te decides? —pregunta ahora, mirándome expectante.

Me lo pienso un momento y luego sonrío con intención.

Puede que el equipo crea que puede pillarme a contrapié, pero lo que no saben es que me chifla el karaoke. En la uni me saqué un extra cantando en la calle y en distintos bares. Después de graduarme dejé el canto en favor de mi carrera periodística. Por eso me ilusiona cada ocasión en la que puedo resucitar mi antiguo hobby. Como esta noche.

—Deja que te sorprenda —digo enigmática—. Y ahora me gustaría tener el escenario y la fama para mí sola.

Los chicos rugen y silban. Gritan mi nombre y esperan con ganas lo que viene a continuación. Si ellos supieran.

Me acerco al guitarrista, al bajista y al batería que acompañan los temas y les susurro la canción que tengo en mente.

Luego vuelvo al centro del escenario y cierro los ojos.

Cuando suenan los primeros acordes, estalla la ovación. Una sonrisa feliz se me escapa a los labios. Alzo el micro a la boca y digo con mi voz más ronca:

—Solo hay una canción que esté a la altura de los *Hornets* y de lo que han conseguido.

Los vítores suben aún más y llenan todo el local. Abro los ojos y veo a los chicos saltar de sus sillas y bancos y aplaudir al ritmo. Incluso Tessa, que normalmente es más bien tímida, está con ellos y sonríe de oreja a oreja.

—*The Best* de Tina Turner, señoras y señores —grito y me lanzo a la canción.

La he cantado cientos de veces, simplemente porque me encanta y la uso a menudo para motivarme y para manifestar mi vida. Nunca se queda vieja ni trillada. Al contrario. Tina Turner siempre funciona. También ahora.

Me da igual si alguien me graba, lo que piensen los demás de mí, o si parezco poco profesional. En estos cuatro minutos me sumerjo en otro mundo y soy la maldita reina del rock and soul. Canto con el corazón y con el alma y muevo el cuerpo al ritmo de la música; más bien me vengo arriba, para qué engañarnos.

Domino el escenario como si estuviera hecho para mí y me siento tan viva y feliz como hacía mucho que no me sentía. Es una sensación de la hostia, que me arrastra y me recuerda que soy, joder, la mejor, y que nadie va a impedirme que estire la mano hacia las estrellas.

El bar tiembla, el suelo del escenario vibra bajo mis pies y los cánticos de los chicos son casi más altos que mi voz con micro.

Aplaudo y el equipo me imita. Juntos aguardamos el último estribillo y lo cantamos todos a una. El batería, el bajista y el guitarrista aprietan una vez más y, cuando los últimos acordes se apagan, los chicos saltan al escenario y me alzan en volandas para lanzarme al aire.

¡Hostia puta!

Chillo, desatada, y disfruto de este momento tan especial en el que me siento completamente despreocupada, agradecida y ligera.

Cuando por fin los chicos se apiadan y me vuelven a bajar, tengo que sujetarme a Fletcher porque se me nubla la vista.

—¿Ya estás bien? —pregunta sonriendo y me pasa un brazo por las caderas, por lo que se gana tanto abucheos como silbidos de aprobación y un montón de comentarios idiotas de sus compañeros.

No es ningún secreto que a algunos de los chicos les gusto y, como sé llevarlo, no me siento incómoda por ello. A una mujer le gusta saber que cae bien entre los hombres. Eso no significa ni de lejos que tenga que liarse con alguno de sus pretendientes. Mientras sepas distinguir, los diversos intentos de ligoteo no te ponen en aprietos.

—Gracias —murmuro, y me apoyo en una de las mesas altas—. Solo necesito acostumbrarme un segundo a tener otra vez los pies en el suelo.

—Normal —Fletcher sonríe y apoya los antebrazos con desparpajo en la mesa—. ¿Quieres beber algo más? Te traigo lo que sea.

—Encantada —agradezco.

—¿Otra cerveza?

—Quizá primero una Coca-Cola. La noche es larga y, si sigo a este ritmo, no llego al final.

—Bueno, hay otras maneras perfectamente válidas de pasar la noche. Por ejemplo, conmigo —me guiña un ojo y me aprieta el hombro con suavidad—. Vuelvo enseguida, Tina.

Le sigo con una sonrisa divertida, que, sin embargo, se me hiela en la cara cuando mi mirada se cruza con la de Onyx, sentado en la barra donde Fletcher está pidiendo mi Coca-Cola. Onyx me escruta con tal intensidad que por poco se me olvida respirar. Ni siquiera sabía que estaba aquí. Cuando vine con Tessa vi a Ace y a Saint, pero no a Onyx. Como también faltaba Kingston, pensé que quizá tenían otros planes o que a lo mejor llegarían más tarde. Porque que Ace, Kingston, Saint, Cash y Onyx son mejores amigos y, por tanto, prácticamente inseparables, lo sabe todo el mundo en la NFL.

¿Habrá visto mi actuación?

Probablemente.

¿Le habrá gustado?

Difícil decirlo. Tiene el gesto cerrado, así que no tengo ni idea de lo que está pensando o sintiendo ahora mismo.

Aunque quiero apartar la mirada, porque su mirada intensa me pone todo el cuerpo a hormiguear, soy incapaz de despegarla de él. A él le pasa lo mismo, al parecer, porque sigue observándome con esa mueca imperturbable e indescifrable que me deja sin aliento.

—¡Ha sido fenomenal! Llevas una cantante dentro —oigo de pronto la voz de Tessa a mi lado y doy un respingo.

—Oh… hola —susurro sin aliento y me giro hacia ella, aunque sigo sintiendo la mirada de Onyx clavada en mí.

—Tienes que marcarnos unas cuantas canciones más. A diferencia de los demás de aquí, tú sí que vales. Brindemos por eso. Toma.

Tessa deja una botella de cerveza delante de mí y, aunque en realidad ya no pensaba beber alcohol, la cojo y le brindo con una sonrisa.

¡Qué más da! Al fin y al cabo, solo se vive una vez. Y a veces ese único viaje es más corto de lo que crees.

—Eh, Tessa, no me puedes robar así mi cita —se queja Fletcher, que en ese mismo instante regresa con dos botellas de Coca-Cola.

—Mala suerte, Fletcher. ¿Qué te digo siempre? Nunca pierdas el balón de vista o el rival te lo quita. Lo mismo vale para las mujeres.

Fletcher pone una mueca e intenta tomárselo con humor. Pero le noto que se ha quedado chafado.

—Luego me acerco y lo compensamos, ¿sí? —le prometo conciliadora, y a cambio me regala una sonrisa agradecida.

—Me parecería muy guay.

—Vale, trato hecho. Hasta luego, Fletch —me despido y espero a que esté fuera del alcance del oído y a que los chicos arranquen una nueva canción, para que Tessa y yo podamos hablar con calma y sin que nos oigan.

—Venga entonces. Chin chin.

Tessa alza su botella y choca conmigo.

—¿Dónde has aprendido a cantar así?

Me aparto un mechón suelto detrás de la oreja y sonrío al recordar mi infancia.

—¿Aprendido? Para nada. Siempre me ha encantado cantar. En la bañera, bajo la ducha, en el coche… y supongo que en mi caso sonaba bastante decente, así que más tarde, cuando fui mayor, también pude trabajar como cantante en algunos bares.

—¿Se puede ser más guay? —dice Tessa—. Si me preguntas a mí, ahí arriba le has plantado buena competencia a Tina Turner.

La abrazo y sonrío conmovida.

—Gracias por el piropo. Me hace mucha ilusión.

—Al César lo que es del César —replica y da un sorbo a su botella—. ¿Vas a estar la semana que viene en la acción benéfica?

Niego con la cabeza, apesadumbrada.

—No te imaginas cuánto me pesa perderme precisamente este evento de los *Hornets*, pero tengo una cita importante que, por desgracia, no se puede mover.

—Qué pena. No se puede hacer nada, supongo.

—Por desgracia, no. Si pudiera, la cancelaría, pero llevo mucho esperándola y es… bueno… —me muerdo nerviosa el labio inferior, porque no sé si contarle a Tessa esto o no—. O sea, podría ser, en cierto modo, vital para mí —confieso por fin y dejo salir el aire con ruido de los pulmones.

Tessa me mira, perpleja

—¿Vital? ¿En qué sentido?

—Yo… yo tuve cáncer. Cáncer de piel. El año pasado. Lo extirparon con éxito, pero todavía tengo que someterme unos meses a una inmunoterapia. Además, cada tres meses tengo que ir a una RM. La semana que viene, otra vez. Es prácticamente el primer aniversario de la intervención.

Tessa me mira boquiabierta y me arrepiento de habérselo contado. En sus ojos leo el miedo que yo misma siento a menudo y contra el que me rebelo cada día, porque he decidido que quiero vivir y no dedicar ni un pensamiento más a la muerte.

—Eso… Scarlett… lo siento muchísimo. No tenía ni idea…

—Está bien. No lo sabe nadie. Nadie, salvo mi mejor amiga, mi familia más cercana y… mi ex.

—¿Es ese el motivo por el que vuestra relación se fue al garete?

Asiento.

—Sí, pero es complicado. Si te parece, dejemos este tema tan pesado para otro momento y disfrutemos de la noche. Creo que ha llegado la hora de una segunda canción. ¿Qué dices, nos atrevemos con un dúo?

ONYX



Hoy toca el entrenamiento benéfico anual, en el que el equipo pasa una tarde entrenando con chavales desfavorecidos de Oahu e incluso de las islas vecinas.

Hasta Cash se ha tomado la molestia de venir y, para la ocasión, se ha enfundado su antiguo uniforme de los *Hornets*.

—Da gusto verte, tío —lo saludo chocando la mano y le doy una palmada amistosa en el hombro—. Sin ti ya no es lo mismo.

Cash tuerce la boca, divertido.

—Si te oye hablar a ti, cualquiera diría que me he caído del mapa. Y solo vivo a media hora de aquí.

—Sabes a lo que me refiero —gruño, molesto conmigo por ponerme sentimental.

—Claro que lo sé. Solo aprovecho cualquier excusa para vacilarte, porque el nuevo reparto de papeles me mola bastante. Por cierto, ¿tienes planes esta noche? —pregunta Cash de repente.

—Nada que no pueda aplazar, ¿por?

—Pensaba que podríamos volver a salir de juerga los dos y echarnos unas cervezas.

—¿En serio? —miro a Cash con escepticismo, porque no estoy seguro de si me está tomando el pelo.

—Sí, en serio. Como en los viejos tiempos —ratifica su propuesta.

—¿Tessa y tú lo habéis dejado, o qué?

Miro hacia Tessa, que está rodeada de algunos de los chavales y parece demasiado feliz como para estar recién separada.

—Te sorprenderá oírlo, pero se puede estar en una relación feliz y aun así tener libertad para pasar el rato con tu mejor amigo. A eso se le llama confianza.

—Ajá. Si tú lo dices —me burlo.

—Si no te apetece, entonces…

—No, claro que me apetece —lo interrumpo antes de que se le ocurra echarse atrás.

Desde que Cash sale con Tessa, se ha vuelto un auténtico muermo, igual que antes Ace, Kingston y Saint. Otro motivo más para mantenerse bien lejos de las relaciones. Te convierten de un puto vividor en un calzonazos, y a eso no pienso apuntarme, lo siento.

—Bien. Entonces, después del evento benéfico, comemos algo en el *Ohana* y luego tiramos para Waikiki, ¿te parece? —propone Cash.

—Suena a plan. Haré un par de llamadas para que podamos estar tranquilos en nuestros bares y clubs favoritos sin que nos molesten.

Es una de las caras B de la fama. Recibes mucha atención, también la que no quieres. Si no nos blindaran un poco en Waikiki, vendría gente a cada rato a darnos la chapa, pedir fotos y tocarnos las narices.

—He oído que en Nashville Scarlett fue la superestrella en la sombra del equipo —se ríe por lo bajo Cash y cambia a un tema del que no quiero hablar.

¿Por qué tiene que sacar siempre lo mismo?

Pensé que a Scarlett le daría apuro subirse al escenario y, delante de toda la plantilla, marcarse un karaoke. ¿Y qué hace? Arrasa, hace temblar las paredes y hasta a mí, tengo que admitirlo para mi vergüenza, se me quedó la mandíbula por los suelos.

¡Joder!

Su show loco me dejó completamente noqueado y me puso a mil. Se me puso una erección de la hostia viéndola desfondarse en el escenario con ese modelito tan sexy, y al mismo tiempo marcarse, con una voz deliciosamente rasgada, uno de mis temas favoritos. Y eso me cabrea muchísimo.

Quiero despreciar a esa mujer. Evitarla. Ignorarla. Y, aun así, pasó justo lo contrario. No podía apartar los ojos de ella y me la habría echado al hombro para llevármela a un rincón oscuro, pegarla a la pared y follármela. Y después me la habría llevado a mi habitación de hotel para volvérmela a follar.

El resto de la noche no la perdí de vista ni un segundo, vigilando con cuidado que ninguno de los otros jugadores proyectara en sí mismo mis fantasías con ella y las hiciera realidad. Un coñazo.

—¿Onyx?

—¿Hm?

—Scarlett y Tina Turner. ¿Qué me dices?

—Bastante apañado —murmuro, sintiéndome un capullo por no querer mentirle a mi mejor colega. Pero como ni yo mismo sé qué cojones me ha pasado ni cómo interpretar estos sentimientos contradictorios respecto a Scarlett, ahora mismo no me queda otra.

—Pues según Tessa fue la hostia. Una pena que me lo perdiera.

—*Tú* te quisiste retirar. Ajo y agua —no puedo evitar soltar la pulla.

Cash suspira.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir cabreado por eso, eh?

—Hasta el fin de tus días. ¿Qué te crees?

—Estupendo. Qué ganas —replica con sequedad y echa un vistazo alrededor—. Si Scarlett estuviera aquí, le preguntaría si le apetece venirse esta noche con nosotros de juerga, a ver si damos con algún karaoke.

—Ni de coña —me apresuro a decir—. Estoy encantado de que no esté. Por mí, que se quede lejos y no vuelva jamás —gruño para mantener la fachada. Para mi sorpresa, sin embargo, a Cash se le ensombrece mucho la cara.

—¿Qué? —pregunto, irritado—. Sabes que no me cae bien. ¿Por qué me miras así?

—Porque no tienes ni idea —masculla Cash—. Es que no tienes ni puta idea, tronco.

—¿De qué?

—De Scarlett.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué se supone que debería tener idea respecto a ella?

—No puedo decírtelo.

—¿Eh? —miro a Cash sin entender—. Primero vienes a cebarme con alguna chorrada y luego no te sale de la boca contarlo. ¿Estás tonto? ¿Qué mierda es esta?

—Se lo prometí a Tessa.

—¿*Qué* le has prometido a Tessa? —insisto.

—Que no diría nada.

—¿Nada de qué?

Cash calla y mira al suelo, imperturbable. Así que alguien se ha ido de la lengua y ahora está cabreado por ello. Bueno, es su problema. No pienso parar hasta averiguar qué está pasando aquí.

—Soy tu mejor amigo. ¿Desde cuándo tenemos secretos? ¿Es que ya no te fías de mí, o qué?

—No va de eso.

—¿De qué, entonces?

—De que mi novia me ha confiado algo y yo le he prometido no contarlo.

—Yo no cuento. A mí puedes decírmelo tranquilamente.

—Onyx…

—Venga, suéltalo ya, tío —lo apremio.

—¿Por qué te importa tanto? Pensaba que Scarlett te la sudaba.

—Y me la suda.

No me la suda, pero Cash no tiene por qué saberlo.

—¿Entonces por qué quieres saberlo a toda costa?

—Porque has dicho que no tengo ni idea. Y no me gusta que me dejen por tonto.

—Vale, pero como se te ocurra decirle a Tessa que te lo he contado, se te ha acabado el amigo que tienes, ¿enterado?

—Enterado. ¿Entonces? ¿Qué es?

—Scarlett… ella…

Inclino la cabeza hacia delante, como si así pudiera animar a Cash a soltar por fin la lengua. ¿Por qué tanto misterio? Empiezo a sentirme jodidamente inquieto.

—El año pasado Scarlett tuvo cáncer. Y por lo visto ese también fue el motivo de que ella y Jordan Ramirez lo dejaran. No sé los detalles, pero creo que no es ni de lejos tan simple como te lo has montado tú en la cabeza.

—¿Qué? —trago saliva, con la garganta convertida de repente en un desierto—. ¿Qué dices? ¿Cáncer? Eso la gente lo sabría.

—No si se lo ocultaron al público. Y se lo ocultaron —replica Cash.

Lo miro atónito, sin saber ni dónde estoy. No puedo pensar. Ni hablar. Ni moverme. Me quedo ahí, plantado, completamente fuera de juego.

—Tienes la cara blanca como la cal. ¿Te encuentras bien? —pregunta Cash, preocupado.

—No —respondo seco—. No me encuentro bien.

—Si llego a saber que te iba a impactar así, no te lo cuento. Lo siento —dice entre dientes—. Pero quizá ahora te replantees tu actitud hacia Scarlett. Eso de que dejara a Ramirez solo porque lo traspasaron a provincias no me lo creo. Hay más. Seguramente la ruptura fue muy distinta de como tú te la imaginas.

—Soy un gilipollas —murmuro apenas audible—. Soy un puto, maldito gilipollas.

—Eso sí. Pero oye, me alegra que después de tantos años por fin te des cuenta. La autocrítica es el primer paso para mejorar —me pica Cash.

—Déjate de coñas. Lo digo en serio. La he cagado. Pero bien.

—¿Con Scarlett?

Asiento.

—Le solté unas cuantas cosas feas… *muy* feas.

—Pues pídele perdón.

Alzo la vista y me encuentro con la mirada alentadora de Cash. Fácil decirlo. Como si fuera tan simple.

—Sé sincero y pídele disculpas. Scarlett es realmente buena gente. Te perdonará.

—No lo tengo tan claro… —murmuro, escéptico.

—Eso solo lo sabrás si lo intentas. O también puedes dejarlo estar. Depende de lo importante que sea para ti. De lo importante

que sea *ella* para ti…

—¿Podemos… podemos posponer nuestra noche de tíos? Yo… tengo que arreglar algo, pero ya.

Cash arquea una ceja, sabedor, y asiente.

—Claro.

SCARLETT



—Señorita Lane, por favor, pase a mi consulta.

La doctora me sonríe con amabilidad y me hace un gesto invitándome a entrar. Nada en su expresión deja entrever si lo que está a punto de decirme será bueno o malo. Este juego me lo conozco. Al fin y al cabo, es la cuarta vez que me toca jugarlo. Tampoco son nuevas las punzadas en el vientre, la opresión en el pecho ni los dedos fríos y temblorosos. Esta revisión casi se ha convertido en costumbre. Aun así, después de cada cita logro apartar la experiencia tan bien que en el siguiente control vuelvo a empezar de cero y siento que las emociones amenazan con devorarme por dentro.

Eso que, en realidad, mi planteamiento es de lo más lógico: intento ocuparme de mi miedo y dejar que me quite fuerzas solo cuando toca, es decir, el día de la prueba. Pero, claro, noto que de forma inconsciente ya estoy tensa semanas antes. Sueño con ello y me doy cuenta de los granos en la piel, las comisuras de los labios agrietadas, los frecuentes dolores de barriga y esa inquietud constante.

Aunque me prohíba pensar en ello, no puedo impedir que mi subconsciente lo haga. Es como si hubiera cobrado vida propia y solo puedo influir en él si enfrento de manera activa mis preocupaciones y miedos. Al prohibírmelo, lo que hago es activar ese proceso subterráneo de ansiedad en mi subconsciente.

Soy consciente de ello y, aun así, he decidido que este estado es el mal menor. Prefiero lidiar dos semanas antes de la revisión con mi subconsciente a tener que ocuparme todos los malditos días de manera proactiva de mi diagnóstico, de la operación y de sus posibles consecuencias.

Tras la operación también me propusieron ir a terapia, pero no es lo mío. Para mucha gente será una ayuda estupenda, seguro, pero yo no me entiendo con los terapeutas. Ya lo comprobé de adolescente, cuando me mandaron a terapia por el divorcio de mis padres.

Prefiero trabajar mis problemas, miedos y preocupaciones conmigo misma y abriéndome a mis amigos más cercanos. Hasta ahora me ha ido bien así, y esta enfermedad no va a conseguir que cambie.

Con las piernas algo temblorosas me levanto de la silla de la sala de espera y sigo a la doctora a la consulta. Para preservarme de miradas, me han dado la última cita del día, de modo que, aparte de la doctora y yo, no hay nadie más en la clínica.

La doctora Miller se sienta en su escritorio y gira el monitor de su ordenador hacia mí.

—Con el medio de contraste que le hemos administrado, las zonas tumorales activas deberían brillar intensamente, por lo general en blanco. Aquí no es el caso.

Dejo escapar el aire acumulado en mis pulmones con un ruido audible y una sombra de pesadumbre se desprende de mi alma.

Gracias a Dios. Nada de cáncer. Sin metástasis. También un año después de la intervención sigo libre de cáncer. Eso significa que solo me quedan cuatro años más por delante durante los cuales tendré que someterme a estas revisiones. Y con cada año que pasa, disminuye la probabilidad de que el cáncer regrese.

En los dos primeros años, me dijeron tras la operación, la probabilidad de recaída es la más alta. A los tres años el riesgo desciende notablemente y a los cinco se habla oficialmente de curación, aunque, por supuesto, no exista nunca una seguridad absoluta.

Agradezco cada paso, por pequeño que sea, en este largo camino que voy superando libre de cáncer. Y como hoy se ha cumplido el primero de cinco años, tengo un motivo para celebrar.

—¿Puedo abrazarla? —susurro con lágrimas de alivio en los ojos.

—Por supuesto. —La doctora Miller sonríe y se pone en pie. Rodea el escritorio y me estrecha entre sus brazos—. No tenga miedo, señorita Lane. Su cáncer se detectó a tiempo y se extirpó. La probabilidad de que vuelva, o de que haya metastatizado y que ahora, un año después de la intervención, no lo detectemos, es baja. Puede ser optimista.

—Sí —susurro con voz entrecortada—. Sí, lo sé. Aun así, cada vez es una carga increíble, seguida de un alivio aún mayor.

—Como montar en una montaña rusa con doble looping justo después de comer, ¿verdad?

Me echo a reír entre lágrimas y me froto las mejillas con el dorso de la mano para borrar la humedad traicionera de mi piel.

—Sí, exacto. Diría que esa descripción da en el clavo.

—Por hoy ya ha superado la montaña rusa. Esté agradecida por ello y recuerde siempre que no hay mal que por bien no venga. El cáncer, por muy artero que sea, nos enseña a apreciar la vida y nos abre los ojos a lo que de verdad importa.

Asiento convencida. La doctora Miller tiene razón. Antes del cáncer iba corriendo de una cita a otra, aceptaba cada trabajo y no me perdía ningún evento, porque no quería arriesgarme a que me apartaran y me sustituyera otra presentadora. Desde el cáncer me valoro mucho más y escucho mi voz interior, la que me dice qué me sienta bien y qué no. Me tomo descansos a propósito y he aceptado que está bien no estar en todas partes, y que incluso aumento mi valor en el mercado eligiendo los proyectos con criterio y ajustando mis cachés en consecuencia.

Despierto por la mañana, me detengo un momento y doy las gracias por estar viva, en lugar de coger el móvil al instante y lanzarme al día.

Ahora también. Me dejo caer de nuevo en la silla, busco mi corazón, cierro los ojos y siento cómo late con fuerza bajo mi mano. Doy gracias por haber recibido el regalo de la vida sin haber tenido

que hacer nada para merecerlo. Estoy aquí, en este planeta precioso. Puedo respirar, estar de pie, correr, reír y amar. Tengo todos esos privilegios que, desde luego, no son obvios ni están al alcance de todo el mundo. Los agradezco. Desde lo más hondo de mi alma. Y ese descubrimiento se lo debo, en buena medida, a aquel diagnóstico que me sacudió y gracias al cual he aprendido a valorar lo que tengo, en lugar de perseguir sin descanso y con prisas lo que, en mi opinión, aún me falta.

Por supuesto que sigo teniendo muchos deseos, cosas que quiero cumplir. Ahora los contemplo desde un lugar de gratitud profunda, mientras que antes me dominaban los nervios y la impaciencia.

—Gracias, doctora Miller. Gracias por su tiempo y por sus palabras. Nos vemos en tres meses.

—Así será. Me alegrará volver a verla, señorita Lane.

Me despido de la doctora y salgo de la consulta aliviada, pero también exhausta.

Es como si se me hubiera caído un peso de encima, una sensación increíblemente liberadora, pero a la vez agotadora. Solo cuando se toma conciencia de la carga tan pesada que se ha llevado en el alma y sobre los hombros en los últimos días y semanas, uno se da cuenta de la energía que ha consumido.

En lugar de coger el ascensor, bajo por las escaleras y, nada más cruzar la puerta, inspiro hondo. Es última hora de la tarde y el sol ya no aprieta ni brilla tan intenso como unas horas antes. Se está bien al aire libre y decido, sobre la marcha, dar un paseo por el paseo marítimo que corre no muy lejos de aquí y darme el capricho de un batido o un cóctel en algún sitio.

Solo dos manzanas me separan del Moana Surfrider Resort, un hotel elegante con terraza exterior y vistas a la playa de Waikiki. Para celebrar el día, elijo un sitio a la sombra con vista directa al mar y me pido una Virgin Colada sin alcohol. Zumo de piña, leche de coco, nata y cubitos de hielo, con una rica piña laminada para ir picando. Delicioso.

Me recuesto satisfecha en mi silla y contemplo el mar turquesa y paradisíaco, sobre el que se mueven diminutos puntos de colores que, en realidad, son surfistas esperando la siguiente ola.

Otra oleada de gratitud me invade, porque sé que no es en absoluto normal vivir en un lugar tan hermoso. Ni tampoco sentarse una tarde libre en la playa a sorber un cóctel y a comer una piña cosechada en la plantación de Dole, a unas pocas millas de aquí.

Poco a poco me voy serenando y noto cómo se me calman los nervios. Con cada sorbo dulce que bebo y cada bocado jugoso, la calma y la tranquilidad vuelven a mí y, cuando pido mi segunda Virgin Colada, ya estoy en condiciones de dejar que el mundo exterior vuelva a acercarse.

Saco el móvil y reviso mis correos para ver si hay algo urgente que me haya perdido en las últimas horas. Después cambio a mi cuenta de redes sociales y voy pasando por los comentarios y mensajes recibidos. Cuando pulso en la carpeta de solicitudes de mensajes, un nombre me hace detenerme en seco.

Onyx Yates.

Parpadeo, pero, incluso tras asegurarme de que no estoy soñando, el nombre sigue ahí.

¿Será una cuenta falsa?

Pulso el perfil con escepticismo y veo detrás la marca azul que confirma que esa persona ha verificado su identidad con éxito. Así que no hay duda: esa cuenta con más de dos millones de seguidores pertenece realmente a Onyx Yates.

Vuelvo a la carpeta de solicitudes y abro su mensaje.

Hola, Scarlett
Tengo que disculparme contigo.
La forma en que me comporté contigo
no estuvo bien.
¿Podemos hablar?
Llámame.

Me quedo mirando el número que acompaña a ese mensaje y me quedo sin palabras por un instante. ¿Se está riendo de mí o lo dice en serio? ¿Por qué iba a sentir de pronto que lo lamenta, después de

cómo me ha tratado? Entre nosotros no ha cambiado nada. Yo no he hecho nada que pudiera hacerle cambiar de opinión sobre mí.

Sin pensármelo mucho, pulso el número que me ha enviado en su mensaje posterior y espero, conteniendo la respiración, a que alguien descuelgue al otro lado.

—¿Hola? —responde, tras el tercer tono, una voz grave y masculina que conozco demasiado bien.

—Soy Scarlett.

Silencio.

—¿Onyx?

—Eh… sí, hola. Así que de verdad has llamado.

—He llamado.

—¿Has recibido mi mensaje?

—¿De dónde, si no, iba a sacar tu número? ¿Y cómo iba a saber que tenía que llamarte? —pregunto, y no puedo ocultar la diversión en mi voz.

—Cierto, claro —admite entre dientes, visiblemente inseguro, pero no será por mi culpa, ¿no?

—Mira, tengo que pedirte perdón. Y me gustaría hacerlo en persona.

—¿Por qué? —pregunto, sorprendida.

—¿Por qué *qué*?

—¿Por qué quieres disculparte conmigo?

—Porque me equivoqué contigo, con tu forma de ser.

—¿De veras? ¿Y a qué viene ese cambio?

Me topa otro silencio, hasta el punto de que llego a pensar que se ha cortado la llamada.

—Lo sé por…

—¿Por?

—Tu cáncer.

Aspiro aire de golpe y, de repente, me entran náuseas.

—¿De dónde? —susurro apenas audible.

—De Cash, y él lo sabe por Tessa. Pero, por favor, no te enfades con ellos. Si no quieres que se sepa, tu secreto está seguro con nosotros. Tessa se lo contó a Cash porque se lo cuentan todo, y yo, en cierto modo, obligué a Cash a decírmelo. No tenía mucha opción.

—Está bien —murmuro, ausente—. No le dije a Tessa que no podía contarlo.

—Puede ser. Pero esas cosas no hace falta decirlas de forma explícita. Se sobreentienden.

—Tarde o temprano lo habría hecho público. Cuando hubiera pasado suficiente tiempo y yo… —me interrumpo y trago saliva.

—¿Y estuvieras curada, sin riesgo de recaída? —adivina Onyx lo que iba a decir.

—Sí. Sí, exacto.

—¿Qué tal ha ido hoy? Me refiero a tu cita.

—Bien. Sin hallazgos —digo, y siento la sonrisa que se me dibuja en los labios.

—Me alegro muchísimo. De verdad. ¿Tienes ya planes para esta noche? ¿O me permitirías invitarte a cenar para celebrarlo?

—Eh…

Se me escapa un resoplido de sorpresa, porque me parecía más improbable recibir una invitación a cenar de Onyx Yates que ser testigo esta noche del próximo eclipse total de sol, que se supone que no ocurrirá hasta dentro de unos cincuenta años o así, pero, oye… a veces hay que tirarse a la piscina y ver qué pasa. Una vida sin aventuras será muy segura y previsible, pero también aburrida y monótona. ¿Por qué no?

—Vale. Claro. Encantada —balbuceo—. ¿Adónde quieres que vaya?

—Te paso el sitio a este número, ¿sí? Déjame hacer un par de llamadas y organizarlo todo.

—Seguro, pero no hace falta que te molestes por mí, de verdad. Soy muy apañada —le aseguro, porque suena como si fuera a sacar la artillería pesada.

—Quiero que sea especial —dice Onyx, escueto.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque te mereces algo especial y porque me he portado como un imbécil contigo. Así que quiero disculparme a la altura.

Mmm. Cuando tiene razón, la tiene.

—De acuerdo, vale. Estoy intrigada por lo que me espera. Pero deberías saber que valoro una disculpa honesta y sincera. Y eso me

lo has concedido ahora mismo. Por mí, el asunto queda zanjado.

—Eso habla bien de ti, que lo veas así. Pero para que *yo* pueda perdonarme, tengo que esforzarme bastante más.

Me asombra la severidad con la que se pide cuentas a sí mismo y tendré que retractarme en lo de la falta de autocrítica que le había atribuido. Onyx me está demostrando justo lo contrario.

—Nos vemos esta noche, Scarlett. Te escribo con los detalles.

—Hasta luego —me despido y cuelgo.

Cuando dejo el móvil sobre la mesa y cojo mi nuevo cóctel, el sol ya ha empezado a bañarse en el mar y el cielo se ha puesto los colores de la paz: oro líquido que se transforma en melocotón, miel y lavanda, y una luna redonda y pálida que reposa sobre el mar como si, por fin, hubiera encontrado aquello que llevaba tanto tiempo buscando. La luz es mágica y queda atrapada en mi vaso como un pequeño pedazo de una gran felicidad. Las olas chispeantes completan la escena impresionante y me transmiten la reconfortante sensación de que mi día y también mi vida no se terminan aquí, sino que aún guardan mucho para mí.

13

ONYX



Miro con inseguridad a mi alrededor en este garito de lujo y me siento bastante mal vestido. Quizá en vez del pantalón chino azul marino y la camisa blanca debería haberme puesto un traje. Pero, ¿cuándo he llevado yo traje para ir a comer, salvo en una gala?

En este local, sin embargo, parece ser lo normal. Incluso el personal va vestido con más clase que yo.

Genial.

Uno de los camareros me mide de arriba abajo al pasar y mi sospecha de que no pinto nada aquí se confirma. Como ya es tarde para volver a casa y cambiarme, tendré que resignarme y pasar del todo de las miradas por encima del hombro.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarle? —me pregunta una mujer de veintipocos, con el pelo recogido y un vestido tubo negro. Cuando me reconoce, se le ilumina la cara y sus labios se curvan en una sonrisa—. Señor Yates. Me alegra mucho que nos honre con su presencia.

—Sí, eh… hola. He reservado. A nombre de Norris.

Chuck Norris es mi nombre en clave, el que uso cuando quiero pasar desapercibido o tirar de perfil bajo. En este caso, por teléfono he tenido que decir quién soy de verdad para conseguir mesa en este sitio con tan poca antelación, pero al menos han aceptado poner la reserva a nombre de mi alias.

La señora hojea su libro y frunce el ceño.

—¿Para dos personas? —pregunta con cortesía.

—Sí, eso es. Mi acompañante llega en seguida.

Eso espero, por lo menos.

—Por favor, sígame —dice, y señala con el brazo hacia un rincón tranquilo en la parte delantera del local.

El sitio que he elegido para Scarlett y para mí es un elegante restaurante francés con estrella, donde las paredes color crema combinan con roble oscuro y finos toques de latón capturan la luz de incontables velas color vino. En cada mesa hay un mantel de algodón impecablemente almidonado y, sobre él, relucen copas de cristal que, como todo en este ambiente, parecen carísimas. Flores frescas en arreglos opulentos envuelven la sala con un aroma delicado y una música tenue se mezcla con los susurros de los comensales y el leve tintinear de la porcelana.

El restaurante está en el sótano de un hotel de lujo, por lo que no tiene ventanas y la luz tenue apenas ilumina la estancia. En conjunto resulta algo agobiante, no solo porque estoy cenando en la obra de hormigón de un rascacielos, sino también por la finura del ambiente, que al parecer ni siquiera tolera conversaciones a volumen normal. Dondequiera que mire, la gente susurra.

¿Esto lo hacen así en Francia?

Quizá debería haber elegido un restaurante cuyas costumbres culturales me resulten familiares. Mexicano, por ejemplo. O… estadounidense. No hay nada como un filete al punto medio o una hamburguesa brutal con patatas.

Este descubrimiento, claramente, llega demasiado tarde.

Pero, siendo sincero, quería impresionar a Scarlett con mi elección porque supongo que a una mujer como ella solo la llevan a los mejores y más caros locales. No voy a invitarla a un asador…

Aún estoy dándole vueltas a si me he pegado un tiro en el pie con esta jugada cuando Scarlett entra en la sala. Me doy cuenta de su presencia solo cuando la voz de la anfitriona, la misma que me ha acompañado antes hasta la mesa, suena a mi lado.

—La señorita Lane para usted, señor Yates.

Alzo la vista de un respingo y me quedo de piedra en el acto.

Scarlett lleva un vestido rojo sangre, hasta la rodilla, de satén, con escote drapeado, que acaricia sus curvas como si hubieran sido

hechas para ese tejido. Cada paso hace que el satén brille como fuego líquido que se posa sobre su piel delicada y se le pega enamorado. Puede que sea la locura más grande que he deseado en mi vida, pero ahora mismo no quiero nada más que ser ese satén y cubrir el cuerpo de Scarlett con el mío.

Dios… menuda chorrada estoy soltando.

Parpadeo rápido para espantar esos pensamientos ridículos y me pongo en pie de golpe, dándome en la rodilla porque esta mesa no está hecha para gente de mi tamaño.

—Scahaaalet —suelto con dolor y sonrío con valentía—. Hola… perdona… qué bien que hayas podido venir.

Scarlett mira mi rodilla con compasión y pone su mano en mi brazo.

—¿Te duele mucho? ¿Quieres que lo mire?

Miro de reojo su mano pequeña, cuyo calor atraviesa mi camisa hasta quemarme la piel en segundos, y niego con valor.

—Ya está. No creo que este sea el tipo de restaurante en el que me permitan bajarme los pantalones.

A Scarlett se le escapan unas risas ante mi comentario imprudente y no puede contener una risita.

—Probablemente tengas razón —dice riendo, y con ello atrae de inmediato las miradas de los demás clientes por atreverse a hablar en un tono normal en vez de susurrar—. ¿Vienes mucho por aquí?

—Eh… no. La verdad es que no —confieso.

Un camarero acude raudo y coloca la silla de Scarlett frente a mí. Luego nos da las cartas y, al abrir la mía, me llevo el siguiente susto: está todo en francés. Y *sólo* en francés. Lo cual es un problema porque no hablo francés.

Mierda.

—Le recomiendo el filet de bœuf en croûte de sel avec sauce au vin rouge et gratin dauphinois, y para acompañar el Château Margaux de 2016, un Burdeos de rubí profundo con notas de grosella negra, violeta y un toque de cedro. El vino envuelve el plato con una suavidad plena y una elegancia que se funde casi imperceptiblemente en el silencio del momento.

Ajá. Entendido. O no.

—Eh… gracias… le echamos un vistazo —digo, esperando que se largue, cosa que por suerte hace.

—¿Hablas francés, Onyx? El mío está un poco oxidado —Scarlett me sonríe y me guiña un ojo a escondidas—, pero creo que Foie Gras es hígado de pato y cuisses de grenouille son ancas de rana. Escargots de Bourgogne son caracoles . Andouillette es una salchicha de tripa de cerdo y casquería. Tête de veau es cabeza de ternera. Y pieds de cochon deben de ser pies de cerdo.

Me quedo mirando a Scarlett boquiabierto.

—Me estás tomando el pelo.

—En absoluto.

Se ríe a carcajadas y, una vez más, atrae todas las miradas.

—Pensaba que tu francés estaba oxidado.

—Bueno, digamos que, al acabar el instituto, tuve la idea fija de recorrer Europa con la mochila. Me quedé sin dinero en París, así que trabajé tres meses en un bistró y, al menos en lo que respecta a la comida, me defiendo. Hay cosas que no se olvidan. Estos platos son una de ellas.

—¿Porque están riquísimos? —pregunto con esperanza, pero la carcajada de Scarlett me saca del error.

Joder.

—¿Hay algo comestible en la carta? O sea… ya sabes a lo que me refiero. ¿Patatas fritas o algo así?

Scarlett ladea la cabeza y cierra la carta.

—Désolée, Monsieur.

—¿Eso significa *no*?

—Algo así.

Cierro los ojos, resignado, y me pregunto si me darían más arcadas las ancas de rana o la cabeza de ternera. Igual las ancas están crujientes… como alitas de pollo, solo que… piernas, no alas.

—¿Tú qué vas a comer? —le pregunto a Scarlett con la esperanza de inspirarme.

Ella tuerce la boca en una sonrisa y me hace reír.

—Aún no me he decidido. Todo suena tan…

—¿Exquisito? —le doy una pista.

—Eso es… exquisito. Horriblemente… exquisito.

Me tapo la cara con las manos y maldigo en voz baja.

—Lo siento. Es todo culpa mía.

Scarlett suelta una risita.

—¿Qué dices? Está todo bien.

—No está bien. Pensaba que a mujeres como tú les encantan este tipo de sitios, pero parece que me he equivocado.

—¿Mujeres como yo? —pregunta, sorprendida—. ¿Qué clase de mujer soy?

Mierda. Debería cerrar el pico. Cada vez que lo abro me meto más en el fango.

—Eh… bueno… o sea… elitista, supongo. Culta. Y… bien situada.

Esta última descripción suena más a pregunta, porque las comisuras de los labios de Scarlett suben más con cada palabra que me sale.

—O sea, rica, mimada y caprichosa, ¿no?

—Nnn… no… no he dicho eso.

—Pero lo has pensado.

—No tan directamente.

—¿Entonces?

Suspiro, derrotado. De esta ya no salgo. Así que más me vale dar la cara y luego cavarme un agujero en la playa para enterrarme y que nadie pueda recordarme lo muchísimo que me he lucido esta noche.

—Quería estar a la altura. Y pensé que una mujer tan guapa y exitosa como tú no querría ir a una hamburguesería ni a un steak house. Pareces tan instruida y… cosmopolita. Un restaurante con estrella me pareció lo adecuado. Y como, por lo general, todas las mujeres suspiran por París, me decanté por uno francés.

Scarlett sonríe con indulgencia y se inclina hacia mí.

—Te agradezco mucho que te lo hayas currado tanto.

—Para luego espantarte con una cabeza de ternera. Genial —refunfuño—. ¿Probamos quizá las ancas de rana? A lo mejor las ponen con kétchup y, con suerte, están bien crujientes…

—Tengo una idea mejor —dice Scarlett, aún inclinada hacia mí en plan conspirador.

Si no me diera tanta vergüenza este numerito, me recrearía en el bonito escote que me está regalando, pero estoy demasiado ocupado muriéndome de la vergüenza como para disfrutar de su belleza arrebatadora. Por no hablar de que una mujer con tanta clase, humor y estilo jamás se fijaría en un patán tan torpe, inculto y básico como yo.

—¿Qué te parece si nos largamos de aquí? Conozco un food truck muy rico justo aquí al lado donde hacen los mejores coconut shrimps de la isla.

—¿Los *mejores*? Imposible. Los de Dados en North Shore —replico, escéptico.

—Nop. Definitivamente están aquí en Waikiki —rebate Scarlett—. Y te lo demuestro encantada. Pero para eso tenemos que salir pitando. ¿Lo conseguimos?

Echo un vistazo evaluador a mi alrededor y capto la mirada del camarero, que solo esperaba mi señal para tomar la comanda. Cuando se acerca a nuestra mesa y nos mira expectante, niego con una risita y murmuro:

—A tomar por saco. Que le den.

—¿Cómo dice? —pregunta el camarero, molesto.

—Lo sentimos, pero ha surgido una urgencia de la que tenemos que ocuparnos ya mismo. Tome —le meto un billete de cien dólares en la mano—. Es para usted. Si hay consumo mínimo, me lo carga a la cuenta. Ya tienen mis datos.

Sin esperar la respuesta del camarero, me pongo en pie, esta vez sin darme en la rodilla, alargo la mano hacia Scarlett y doy un respingo cuando su palma se posa en la mía y su piel delicada me acaricia, cálida.

La miro a los ojos, verde jade con motas amarillas, y le guiño con picardía.

—¿Lista, madame?

—Oui, Monsieur —risueña, sale del local conmigo, de la mano.

14

SCARLETT



Riendo, subimos las escaleras uno al lado del otro y salimos a la calle visiblemente sin aliento, donde a estas horas ya no hay demasiado trasiego de peatones.

—¡Listo! Y ahora, a toda pastilla al camión de gambas. Me muero de hambre.

—Ha sido la visita al restaurante más vergonzosa de mi vida. Lo siento, Scarlett —admite Onyx entre dientes.

Me muerdo divertida el labio inferior y ladeo la cabeza en broma.

—Pues a mí me ha parecido mono.

—*¿Mono*? ¿Qué exactamente te ha parecido mono, por favor? —se detiene y entrecierra los ojos, como evaluando.

—Tú. Te has puesto rojo de vergüenza. Apuesto a que no te pasa a menudo, ¿verdad?

Onyx resopla, medio ofendido, medio divertido.

—¿Yo, rojo? Venga ya. Yo nunca me pongo rojo.

—¿Ah, no? Hm. Entonces habrá sido la luz de las velas la que te ha calentado las mejillas —digo con fingida seriedad, y a cambio recibo de Onyx una mirada burlona.

—Muy graciosa.

—También lo creo. De hecho, me está pareciendo muy divertido este plan de noche. Pero venga, vamos. Tengo un hambre que no veo.

Tiro de Onyx, que acto seguido me coloca con toda naturalidad una mano en la parte baja de la espalda y se guarda la otra en el

bolsillo del pantalón con aire despreocupado.

—¿Adónde vamos? Hasta el *Ohana Hale Foodtruck Park* hay unas cuantas millas. Deberíamos coger mi coche.

—¿Quién ha hablado del Foodtruck Park? —replico, y me echo el pelo al hombro con una sonrisa—. Magic Island es donde todo realmente pasa.

—¿Magic Island? —Onyx frunce el ceño, pensativo—. Ahí no hay ningún food truck.

—¿A que sí?

Se encoge de hombros y sonríe.

—Si tú lo dices, vale. Si te equivocas, al menos no seré el único que se ha hecho el ridículo esta noche.

—Créeme: cuando se trata de gambas, no me equivoco. Con eso no bromeo.

A Onyx se le escapa un sonido divertido. Me lanza una mirada risueña y deja que su mano suba y baje distraídamente por mi espalda mientras caminamos hacia Magic Island. Ni siquiera estoy segura de que se dé cuenta pero yo estoy demasiado ocupada disfrutando de su caricia como para llamarle la atención y arriesgarme a que pare.

Sí, vale, es un poco raro que precisamente me guste el contacto del hombre que hasta hace unos días me trataba con condescendencia y dureza. Se ha disculpado y, aunque espero que luego tengamos ocasión de hablar de ello más a fondo, la vida es sin duda demasiado corta como para aferrarse al rencor en lugar de perdonar a la gente y mirar el futuro con optimismo.

—Ahí delante, a la derecha —señalo con el dedo hacia el lugar donde el camión suele aparcar y rezo por dentro para que hoy también esté.

Y sí, en cuanto giramos la esquina, casi nos damos de bruces con él. El camión de gambas está aparcado, vistoso y de lo más acogedor, junto al bordillo. Un pequeño restaurante móvil sobre cuatro ruedas con un rótulo llamativo y fotografías de gambas sonrientes con bikinis y shorts de colores. Del ventanuco lateral abierto sale un aroma a ajo, mantequilla y limón, y de dentro nos

llega música típica hawaiana, mientras Nalu, el dueño del camión, prepara el marisco silbando alegremente.

—Et voilà. *Bubba Beach Coco Loco* —le presento a Onyx mi food truck favorito—. El nombre le va como anillo al dedo.

—Te lo creo a la primera —gorjea él, y examina la selección de platos escrita con letra garabateada en un cartel delante del camión —. ¿Qué pedimos?

—Yo voy a por los *Nalus Coconut Shrimp* con arroz y, para acompañar, una cerveza bien fría —respondo sin pensármelo.

Onyx aparta la vista del expositor y alza una ceja, divertido.

—¿Aquí hay alguien que es cliente habitual?

—Más aquí que en ese garito francés pijísimo en el que acabamos de estar —le pico.

—¿Vas a estar echándomelo en cara hasta el fin de mis días? —pregunta Onyx, poniendo cara de sufrimiento de pega, lo que de golpe le hace parecer diez años más joven de los que tiene, esos treinta y pocos.

—Depende.

—¿De qué?

—De si ahora vas a rendir cuentas o no.

—¿Y sobre qué?

—Sobre por qué tenías una opinión tan mala de mí.

A mis palabras, Onyx se pone serio y la sonrisa se le borra para dejar paso a una expresión de arrepentimiento.

—Eh… todo bien —intento salvar la situación—. Te has disculpado y yo he aceptado tus disculpas. Solo me gustaría saber por qué pensabas tan despectivamente de mí.

—Porque soy un idiota, por eso —dice, y puedo ver que esas palabras reflejan exactamente lo que ahora piensa de sí mismo.

—Deja que lo decida yo, ¿sí? Pero primero, pedimos. No sé si lo he mencionado ya, pero…

—Te mueres de hambre —me remata Onyx la frase y me empuja con la cadera, riéndose—. Apártate. Invito yo.

—Pero si ya me has invitado en el francés —protesto, y a cambio recibo una mirada sarcástica.

—¿Te refieres a las ancas de rana que no hemos pedido?

—Solo porque no hayamos pedido nada no significa que no te cueste. Seguro que tienen un consumo mínimo que te van a cobrar.

—¿Y crees que esa cuenta me va a arruinar tanto que ya no me queden treinta dólares para gambas y cerveza? —pregunta, y se vuelve hacia Nalu—. Dos de *Coconut Shrimp* y dos cervezas, por favor.

—No va de eso. Lo del camión ha sido idea mía. Y soy una mujer independiente con ingresos propios, lo bastante emancipada como para invitar a un hombre a cenar.

—Lo sé. Hablas francés —dice, y me lanza una mirada con doble sentido bajo la cual me recorre por el escote un cosquilleo erizado.

¿Qué se supone que significa eso? ¿Me lo estoy imaginando o acaba de recalcar la palabra *francés* de una forma que apunta a algo muy distinto de mis conocimientos de idiomas?

—Mi regla número uno es: los capullos y los idiotas se pagan sus comidas ellos solos. Como entro en ambas categorías, esto corre claramente de mi cuenta.

Onyx recoge el pedido de manos de Nalu y le pasa unos billetes.

—Gracias, tío, quédate el cambio.

—Qué bien huele —suspiro, inclinándome sobre mi cuenco de gambas con arroz.

—¿Llegas hasta aquella mesa de allí o comemos de pie? —bromea Onyx señalando con la barbilla una mesa de madera con vistas al mar.

Aunque ya es de noche, la vista del skyline reluciente de Waikiki impresiona también a oscuras.

—Por los pelos —contesto, y le cojo los dos platos con los cubiertos para dejarlos sobre la mesa.

Onyx me sigue con las cervezas y me tiende una de las botellas.

—Pues nada: salud.

—O como dicen los franceses: À votre santé —bromeo, a lo que Onyx responde con una mueca agridulce.

El aroma de los *Coconut Shrimps* me sube a la nariz y, sin decir una palabra más, me lanzo a por ellos. En este momento me importa un pimiento el vestido caro, y si al engullir parezco elegante o una glotona me da exactamente igual. Lo único que cuenta son

estas deliciosas gambas que me he ganado a pulso tras este día tan largo, intenso y removido.

—Se nota que te está gustando —comenta Onyx, seco, y da un sorbo a su cerveza con una sonrisilla.

—Como no te des prisa, en cuanto acabe me zampo tu ración —le advierto con la boca llena, y él se echa a reír.

—Eso quiero verlo.

—¿No me crees, eh?

Onyx me observa y niega con la cabeza.

—No. ¿Dónde vas a meter tantas gambas, eh?

—Tengo una digestión estupenda y un metabolismo de diez.

—¿Ah, sí? Cuéntame más. ¿Cuántas veces al día vas al baño?

Me detengo y miro los ojos pícaros y brillantes de Onyx.

—No hagas preguntas cuyas respuestas no quieres oír.

—Vale. Tienes razón —cede—. Además, eras *tú* la que me quería hacer preguntas, ¿no?

—Mmm, sí —digo con la boca llena y trago. Quizá no me venga mal hacer una breve pausa. Ya me he zampado la mitad de las gambas y, si sigo así, me van a sentar regular.

—¿Por qué pensabas que había dejado tirado a Jordan?

Cash se mete una gamba en la boca y la mastica, pensativo.

—Guau, están realmente buenas —murmura cuando la ha tragado.

—Ya te lo decía. Pero eso no responde a mi pregunta.

—Supongo que encajaba con la imagen. Erais una de las parejas más deslumbrantes de la NFL y no faltabais a ninguna alfombra roja: la guapa presentadora deportiva y la estrella de la NFL. Y de repente, se acabó. Justo cuando a tu ex lo traspasaron a un equipo peor, en provincias.

—O sea, que te hiciste eco de una de las historias que corrían sobre nosotros y te la creíste sin cuestionarla, ¿eh?

—Como te digo: parecía lógico y encajaba con la imagen.

—¿De verdad? ¿Por qué? ¿Porque soy una mujer que comparte en redes sociales aspectos de su vida y en parte también se gana la vida con ello? ¿Pensabas que había utilizado a Jordan para tener más alcance y más encargos?

Onyx encoge la cabeza con culpabilidad y así admite lo que ya sospechaba.

—Pero sabes que ya antes de mi relación con Jordan yo era una presentadora de televisión e influencer de éxito, ¿verdad? No voy a negar que gracias a él y a lo nuestro me hice todavía más conocida, pero no estaba con él por eso. Estaba con él porque le quería, ¿vale?

—Y cuando lo traspasaron a Alabama, ¿no quisiste ir con él?

—Sí que quise. Pero *él* no quiso que me fuera —respondo, y oigo claramente el poso de amargura que se cuela en mi voz.

—¿Por qué no iba a querer eso? —pregunta Onyx, sorprendido—. Yo te llevaría conmigo a cualquier parte.

—¿Ah, sí? También si quisieras tener hijos y yo, por mi cáncer, no pudiera dártelos en los próximos años y luego ya estuviera en una edad en la que, de todos modos, sería difícil quedarme embarazada?

Onyx baja el tenedor y mira su comida, afectado.

—Joder. Lo siento.

—Eso también lo dijo Jordan. Le sabía incluso *muy* mal. ¿Y sabes qué? Que puedo entenderle. Por eso no le conté al público por qué de verdad lo dejamos y, en su lugar, dejé que circularan sus historias, rumores y mentiras sobre mí. —Me seco una lágrima traicionera del rabillo del ojo y me fuerzo a sonreír—. Pero todo eso ya forma parte del pasado y no puedo cambiarlo. Así que prefiero centrarme en el presente y estar agradecida por la segunda oportunidad que me ha dado la vida. Gracias al cáncer he podido aprender mucho sobre mí, y no querría perderme esa lección.

—Me he portado contigo de forma imperdonable y…—Onyx toma aire hondo y alza la vista. Sus ojos color avellana se encuentran con los míos y los sostienen con una intensidad que me atrapa— me da vergüenza, Scarlett. Aunque tú me perdones, a mí me va a costar perdonarme. He hecho muchas cagadas, pero esta ha sido, con diferencia, la peor. ¿Qué puedo hacer para enmendarlo?

Me inclino sobre la mesa y le cojo la mano, que aprieto en gesto conciliador.

—Nada. Me alegra que hayamos hablado y te doy las gracias por este rato juntos. Con eso me basta. De verdad.

Onyx aparta la mirada de mí y la desvía hacia un lado. Casi diría que le brillan los ojos como si tuviera lágrimas. Aunque seguramente me engaño y no es más que el reflejo de la luz de la luna.

—La campaña contra el cáncer en la que participas… dije que solo lo hacías para darte autobombo y sacar tajada.

—Lo sé —respondo con una sonrisa apenada—. Te oí cuando se lo dijiste a Marcus Evans.

—Sí, ya vi que te llegó, y también por eso tengo que pedirte perdón. Fui un capullo de campeonato y me equivoqué de pleno en todo lo que dije. No lo haces para lucirte, lo haces porque quieres usar tu voz para ayudar a otros. Para advertir. Para… salvar vidas.

Asiento.

—Sí, así es. La prevención y las revisiones pueden salvar vidas. Es un precio pequeño comparado con la vida que te juegas si tienes mala suerte y no lo haces.

—En tu último post escribiste que te parece una pena que este tema aún no reciba la atención que merece…

—¿Me sigues en redes? —pregunto, y observo al atractivo y arrepentido hombre que tengo enfrente y que, a diferencia de mí, apenas ha tocado su comida.

—Desde hoy, sí.

—Me siento halagada —bromeo.

—¿Sabes con qué me sentiría halagado yo?

—No, ¿con qué?

—Con poder formar parte de la campaña. Me gustaría ser la voz masculina que ponga el foco en este tema tan importante.

—¿De verdad? —exclamo, sorprendida—. ¿Harías eso?

—Sí. Sin duda.

—Pero sabes que el lema de la campaña es *Hautnah* y que, en consecuencia, en la sesión de fotos tendrías que enseñar bastante piel, ¿no?

—No solo eres periodista y, como pude comprobar en Nashville, cantante semiprofesional, sino también fotógrafa, ¿verdad?

Suelto un silbido de aprobación.

—Alguien se ha informado sobre mí. Qué suerte tienes de que me guste la dark romance y me ponga el rollo de los stalkers.

Onyx parpadea, inseguro.

—¿Fan de… qué?

—Bah, olvídalo. No es tan importante. Lo dejamos para nuestra próxima cita. Pero sí, también soy fotógrafa, aunque hace tiempo que no trabajo de ello.

—Pero muchas de tus fotos en redes te las haces tú, ¿no?

—Cierto. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque mi oferta va condicionada.

Alzo una ceja, intrigada, e insto a Onyx a continuar.

—Suéltalo.

—Solo me dejo fotografiar por ti. Sabes que no me va nada ese rollo de las redes. Y menos si sale mi culo al aire. Pero creo que contigo podría ser divertido. Así que tú das las indicaciones, haces las fotos y luego volvemos aquí y nos ponemos morados de gambas. ¿Trato hecho?

Onyx me tiende la mano por encima de la mesa, y se le marcan los músculos bajo la camisa blanca. Este tío es el pecado hecho carne y no estoy segura de que sea buena idea fotografiarlo desnudo porque el simple pensamiento me deja el estómago hecho un nudo, señal clarísima de que me gusta. Sobre todo después de comprobar esta noche que no solo es increíblemente guapo, sino que tiene sentido del humor y puede ser un amor cuando, tras una metedura de pata, se pone rojo como un tomate.

—¿Dónde haríamos la sesión? —pregunto para ganar tiempo.

—En tu casa o en la mía. Tú eliges.

Vale, guau. Oír esa frase en su boca me hace sudar frío en el pecho. Y eso que lo dice solo en plan amistoso. Se ha portado mal conmigo y ahora quiere compensarlo para sentirse mejor. Así de simple.

No debería leer más de lo que hay ni sobreinterpretar nada, y más bien agradecer que ya no me odie.

Antes de que me arrepienta, le agarro la mano y la aprieto.

—Trato hecho. Lo hacemos en mi casa. Así estamos más cerca del camión de gambas.

Onyx suelta una carcajada y se ve tan despreocupado y encantador que me echo a reír con él.

—Eso, desde luego, es un argumento. De acuerdo. Lo hacemos en tu casa. O sea… la sesión de fotos, quiero decir —se apresura a añadir, y me guiña un ojo.

—Claro —contesto con fingida seriedad—. La sesión de fotos. ¿Qué si no?

15

ONYX



Observo a Scarlett a escondidas mientras se termina el resto de sus gambas. Aunque me encantan, hoy no tengo nada de hambre. Darme cuenta de lo equivocado que estaba con mi juicio sobre Scarlett y de lo hiriente que he sido con ella me ha quitado el apetito por completo.

Me pregunto por qué he sido tan duro con ella, cuando por lo general soy mucho más tranquilo y casi siempre completamente imparcial. ¿Qué tiene esta mujer para que quisiera evitarla y detestarla a toda costa?

Mi mirada recorre sus brazos desnudos y delicados, hasta la suavidad del tejido de su vestido, que delata lo frágil que es quien lo lleva. Que Ramirez la dejara porque no puede darle hijos en los próximos años debió de ser muy duro para ella. No dudo de que para él tampoco ha sido fácil. Scarlett tiene que vivir con el hecho de que, para el hombre con el que pensaba pasar su vida, sus hijos por nacer eran más importantes que la mujer de la que quería tenerlos.

¿Qué dice eso de él?

Aprieto las manos en puños y las dejo sobre mi regazo para que Scarlett no note cómo me tenso y me enfado al hacerme esa pregunta.

No es que yo sea la persona adecuada para hablar de familia e hijos, la verdad es que hasta ahora nunca me he planteado esos temas, pero una cosa la tengo clarísima: yo no habría dejado marchar a Scarlett.

¿Qué son cinco años, si a cambio puedo seguir durmiéndome y despertándome cada día al lado de la mujer de mi vida? Son un montón de noches para practicar lo de hacer niños, desatarse y disfrutar juntos de la vida.

Ramirez, por lo visto, lo vio de otra manera y, aunque me encantaría estamparlo contra la pared por ello, no me permito cometer el error de prejuzgar por segunda vez y acepto sus motivos, aunque no los entienda ni pueda respetarlos.

A fin de cuentas, su pérdida es mi ganancia porque, si no la hubiera dejado, Scarlett no se habría mudado a Hawái y ahora no estaríamos aquí comiendo gambas a la luz de la luna.

—¿No te vas a comer las tuyas? —pregunta, cuando ha vaciado su plato y yo no hago ademán de seguir comiendo—. ¿Es que no te han gustado?

—Sí que me han gustado. Están de muerte. Pero las ancas de rana y las manitas de cerdo me han dado tal asco que ahora mismo no puedo pensar en comida sin que se me revuelva el estómago —miento a la fuerza.

—Vaya, que las ancas de rana te han dejado marcado, ¿eh? —bromea Scarlett y arrastra mi ración hacia ella.

Es enormemente refrescante y divertido toparme con una mujer tan guapa y atractiva con un apetito sano. Las chicas con las que suelo salir o no comen nada o picotean un suspiro de sushi, a veces una ensalada de guarnición y pare de contar.

Eso sí, piden champán y cócteles carísimos con nombres ridículos como si no hubiera un mañana. Que una de mis citas beba una cerveza sin más, de botella, es nuevo para mí. Tengo que admitir que me gusta. Mucho.

—Yo no te habría dejado —se me escapa, sin que alcance a procesar lo que estoy diciendo ni lo que estoy implicando.

¡Joder! ¿Soy tonto o qué?

A este paso, mi cerebro también va a acabar en la carta de ese restaurante francés con estrellas Michelin. Si siguiera en mi cabeza, no estaría soltando semejantes chorradas.

¿Por qué estoy desvariando con una relación hipotética cuando no creo en ese modelo de vida y no me sirve de absolutamente

nada? Es absurdo.

Scarlett me mira por encima del borde de su tenedor y esboza una sonrisa melancólica.

—Es bonito que lo digas, pero no creo que uno pueda juzgarlo si no está en esa situación.

—¿Le echas de menos? O sea, a Jordan Ramirez…

Scarlett aparta con un suspiro las gambas que quedan. Por lo visto, con mis comentarios a destiempo también le he quitado el apetito. Genial. Enhorabuena, pedazo de imbécil.

—He pasado página, pero hay días en los que recuerdo el tiempo que compartimos y echo de menos a la pareja que fuimos. Aun así, Jordan y mi relación con él forman parte del pasado. No querría resucitarla.

—Entonces, si apareciera aquí y te pidiera perdón, ¿lo mandarías a paseo?

—Le escucharía y tendría una conversación respetuosa con él. Pero nada más. Tomó su decisión. Con eso tenemos que vivir él y yo. No creo en las segundas oportunidades.

De algún modo, esa afirmación me tranquiliza muchísimo porque pronto vamos a jugar contra Alabama y sería utópico pensar que Ramirez y Scarlett no se van a cruzar.

—Buf, vale, estoy llenísima y el sueño empieza a pegar fuerte. Creo que me voy yendo a casa —dice por fin, mientras yo aún le doy vueltas a sus palabras, y se pone en pie.

Genial. Encima la he espantado con mis preguntas indiscretas. Al menos, esta salida repentina se siente exactamente así.

—Lo siento, Scarlett…

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Se acerca a mí, se coloca detrás y me rodea los hombros con los brazos, de modo que su rostro queda pegado a mi mejilla. Solo tendría que girar la cabeza unos centímetros y ya estaríamos besándonos. No es que quiera. O… bueno… en realidad sí quiero, pero no *debería* querer. Es… sería incorrecto, ¿no?

—No ha salido nada como estaba planeado —murmuro, incómodo.

—Las experiencias más bonitas de la vida surgen sin planear. Yo, por mi parte, he dejado de querer planearlo todo y siempre. Es mucho más relajado y emocionante dejar que las cosas vengan. Esta noche es el mejor ejemplo. Me lo he pasado genial y ya tengo ganas de repetir.

—¿De verdad? —pregunto, esperanzado, y giro mínimamente la cabeza para poder mirarla a los ojos.

—De verdad.

Sonríe y se incorpora con elegancia, como si, a diferencia de mí, ni siquiera se hubiera dado cuenta de que estábamos a punto de besarnos.

¿Soy yo el único que nota esta chispa que flota en el aire?

En cualquier caso, esta noche ya he metido la pata tantas veces que no voy a sacar el tema así que me limito a caminar a su lado, como un caballero, por las calles de Waikiki hasta que, al cabo de un cuarto de hora, llegamos a un edificio moderno cerca de la playa, donde está el piso de Scarlett.

—Pues nada… —se despide, girándose hacia mí—. Déjame darte otro abrazo en agradecimiento por la velada.

Trago saliva cuando sus brazos se ciñen a mis caderas e inspiro con avidez el dulce aroma a caramelo y canela que, desde su pelo, me sube directo a la nariz.

—Gracias a ti, Scarlett. Que descanses —murmuro, y sueno peligrosamente ronco, porque esto me gusta y me importa mucho más de lo que debería.

16

SCARLETT



—Es por una buena causa, Scarlett. Y él solo lo hace porque se siente culpable contigo —murmuro para calmar los nervios que me revolotean.

Onyx y yo hemos quedado en que esta tarde vendrá a mi casa para hacer las fotos de la campaña contra el cáncer. Desde esta mañana no he parado de recoger el piso, preparar el set y pensar qué ponerme. Es completamente ridículo.

Onyx Yates ya no me detesta, pero de ahí a que le guste estar conmigo hay un trecho. O sea, a que le guste *más* que de un modo puramente platónico y profesional.

Además, daría pie a todo tipo de habladurías si, tras dejarlo con un jugador de la NFL conocido, de repente volviese a salir con otro famoso de la NFL. Entonces los haters se verían confirmados en su rollo de que soy una cazafortunas. No es que me importe demasiado lo que se diga, pero también soy humana y el acoso, a veces brutal, en internet no me deja indiferente.

A mi parecer, en los últimos años ha ido a peor. En lugar de tratarnos con amabilidad y respeto, se acumulan los comentarios de envidia y de odio, y quienes los mandan se sienten seguros en el anonimato de la red. Si tuviesen que soltarme sus insultos a la cara, probablemente no se atreverían. Pero, ¿quién se toma la molestia y dedica tiempo y dinero a averiguar quién se esconde tras user375984, para luego embarcarse en un proceso burocrático y tedioso para denunciarlo?

Muy poca gente.

Y eso lo saben user375984 y todos los demás, por eso siguen dale que te pego y cada vez suben más el tono.

Si las redes sociales no fuesen tan importantes para mi carrera, ya habría borrado mi cuenta hace tiempo o, como mínimo, la habría puesto en privado. Tal como están las cosas, sigo expuesta a las arenas movedizas de internet sin protección. No quiero darles a esas personas llenas de odio y corroídas por la envidia el poder de dictar cómo vivo mi vida ni qué decisiones tomo. Sin embargo, la percepción pública en mi posición es crucial y, por desgracia, hoy en día está fuertemente influida por las redes sociales. La verdad, en la mayoría de los casos, no se vende ni de lejos tan bien como una historia sensacionalista que huele a escándalo.

Me giro evaluándome ante el espejo y me pregunto si se me nota que me he esforzado eligiendo el conjunto, aunque intente que parezca justo lo contrario.

—Scarlett, estás loca —murmuro, despeinándome el pelo con las manos—. Céntrate de una vez.

Llevo unos vaqueros desgastados y una blusa de lino blanca y suelta, que me deja mucho margen de movimiento. No tengo intención de retratar a Onyx en una pose de retrato sosa. Paso de zapatos y calcetines porque el parqué está templado por el sol y me gusta sentir el suelo bajo mis pies tan real y vivo como el propio momento.

Llevo el pelo, por una vez, recogido en una coleta, para que los mechones no me tapen la vista. Hoy, que libro, he pasado del maquillaje salvo por barra de labios y un poco de máscara de pestañas.

Estoy comprobando por enésima vez el ajuste de la cámara cuando empieza a sonar el telefonillo. Será el conserje para avisarme de la llegada de Onyx.

Mis nervios se disparan casi exponencialmente cuando descuelgo y le digo al conserje que le deje subir a Onyx. Aprovecho los segundos antes de su llegada para sustituir el nerviosismo por gratitud. Onyx ha aceptado poner la influencia y el alcance de su imagen al servicio de un tema que me toca muy de cerca. Lo hace

completamente desinteresado. Se lo agradezco infinitamente y me ilusiona todo el bien que podemos conseguir y la ayuda que podemos brindar.

Gracias a estos pensamientos, el aleteo de mis nervios se transforma en una sensación de calor y calma y, cuando llaman a la puerta, ya no temo esta tarde, sino que la espero con ganas.

—Ey, ya estás aquí.

Me planto sonriendo en la puerta y observo a Onyx, que va igual de informal que yo: vaqueros, camiseta y zapatillas.

—Sí, ya ves. ¿Has extendido ya la alfombra de piel de oso para que me tumbe a retozar? —bromea, intentando sonar desenfadado, pero la inseguridad que se le cuela en la voz le delata.

—He dejado al oso con vida. Está mejor en la naturaleza que en mi piso.

—Eso es verdad —replica Onyx, con una sonrisa—. Entonces a ver con qué me sorprendes en su lugar.

—Pasa, te lo enseño.

Hago un gesto invitándolo y suelto una risita cuando Onyx se escurre torpemente a mi lado, porque el marco de la puerta es claramente demasiado estrecho para los dos.

—A la derecha —le llamo mientras cruza el recibidor—. El salón te queda a la derecha.

Le sigo y observo su reacción cuando sus ojos recorren con curiosidad el set improvisado.

—No es especialmente profesional, pero para lo que queremos hacer, bastará —confieso.

—De eso no tengo duda —responde Onyx, y, como la otra noche, hay un punto de doble sentido en su voz que no sé si me estoy imaginando.

—La idea es la del lobo con piel de cordero —explico, acercándome a las pieles de oveja que hay sobre la mesa, la silla y el suelo, junto con algunos retales sueltos.

—¿O sea que yo soy el lobo con piel de cordero? —pregunta Onyx, entrecerrando los ojos con escepticismo.

—No tú, sino el cáncer. Es traicionero. Se te echa encima a escondidas. Solo da la cara cuando muchas veces ya es tarde. El

mensaje que tú transmites es justo ese. En el mundo ideal te desnudarías y te cubrirías… ejem… las partes blandas con piel.

—¿Mis… partes blandas? —resopla Onyx, divertido—. ¿Estamos hablando de mi polla y mis huevos?

Pongo una mueca entre amarga y divertida y asiento.

—Correcto.

—Entonces dilo. ¿O te da vergüenza?

—No, en absoluto —le aseguro.

—¿O sea que no eres mojigata?

—Qué va.

—Demuéstralo.

Onyx solo me está picando con sus pullas y, aunque lo sé, aun así entro sin dudar en su jueguecito. Es una imprudencia, pero es divertido y de alguna forma también… morboso.

—¿Cómo?

—Di bien alto: huevos. Y luego polla.

Suelto una risita.

—No puede ser, friki. ¿Cuántos años tienes?

—Entonces sí que eres mojigata —contraataca, cruzándose de brazos con aire triunfal.

—Vale. Polla —digo, y Onyx me obsequia con una risa bobalicona.

—No he oído nada.

—Sí que lo has oído.

—Que no. Lo has dicho tan flojo que hasta las pulgas estornudan más fuerte.

—Ja, ja.

—¿Y bien?

—Polla —lo digo ya bastante más alto—. Y ahora no te rías.

—¿Y por qué no? —dice Onyx, soltando una carcajada y contagiándome.

—Ya no somos unos malditos adolescentes, Yates.

—¿Ah, no? Entonces dime, Lane, ¿qué dicen las mujeres adultas como tú sin que se corten? Algo como: Méteme la polla y fóllame.

Abro la boca, sorprendida. No me esperaba esta embestida frontal. ¿Será una prueba?

—Diría que la instrucción sería un poco más precisa. Al fin y al cabo quiero que esa *polla* —subrayo a propósito la palabra *polla*— me haga correrme y no que se ponga a hurgar dentro de mí sin rumbo.

Onyx, claramente, no se esperaba mi réplica. Se le cae la mandíbula y me mira sin palabras. Luego suelta un sonido incrédulo y estalla en una carcajada atronadora.

—Una polla hurgando dentro de ti sin rumbo… no lo supero —resopla, sujetándose la tripa de la risa—. Estás muy loca. ¿Te lo han dicho alguna vez?

—Hace un momento era una mojigata —le pico—. Parece que me has vuelto a juzgar mal, ¿eh?

—O quizá solo te estoy poniendo a prueba —dice con ligereza, desabrochándose el botón de los vaqueros—. ¿Lista para mis partes blandas?

—¿Quieres decir, para tu polla?

Onyx se muerde el labio inferior, pillado, y me lanza una mirada traviesa.

—Y mis huevos.

—Por supuesto. Toma. —Le lanzo una piel de oveja—. Con esto puedes tapártelos.

—Qué… ¿no quieres verlos?

—No quiero que luego me demandes por acoso sexual en el trabajo porque, como fotógrafa, me he pasado de la raya.

—Así que prefieres seducirme a la antigua, ¿eh? —bromea—. Joven modelo de fotos sucumbe a fotógrafa experimentada. Ya me huelo cómo va a ir esto.

—Lo siento, pero no —discrepo con una sonrisa, cogiendo la cámara—. No me van los chicos jóvenes e inexpertos.

—¿Porque solo hurgan dentro de ti sin rumbo?

Bajo la cámara y niego con una sonrisa.

—Justo por eso, sí.

—Entonces menos mal que yo sé exactamente dónde hay que hurgar y no pierdo de vista la meta.

Niego divertida.

—Vale, se acabó. No deberíamos flirtear tan a lo loco. Intentemos, por lo menos, comportarnos medio profesionales y centrarnos en lo que hemos venido a hacer, ¿sí?

Onyx se quita la camiseta por la cabeza y deja al descubierto su tableta de chocolate esculpida, que forma una V perfecta hacia sus calzoncillos ceñidos.

Mierda.

Hasta aquí lo de *comportarnos de forma profesional.* Casi puedo oír cómo me gotea la baba al suelo por las comisuras.

—Claro. Seamos profesionales —se burla Onyx con fingida naturalidad, se da la vuelta y se baja los calzoncillos, con lo que me ofrece su musculatura dorsal fina y marcada y su culo redondo en forma de manzana.

Joder.

Estoy perdidísima.

¿Cuánto tiempo llevo ya sin sexo? ¿Diez meses quizá? En mi vida me había sentido tan necesitada y colocada como ahora mismo. No es bueno. Nada bueno.

Trago saliva y apelo a mi profesionalidad. Me recuerdo por qué hacemos esto y a cuánta gente podemos ayudar. Funciona. Al menos un poco, lo suficiente para que recupere la voz.

—Debajo de la publicación pondríamos algo como: *El cáncer mata casi diez millones de personas al año. No te dejes engañar por el lobo con piel de cordero. Desenmascáralo haciéndote revisiones*. ¿Qué te parece?

—Guay —comenta Onyx, y se acerca hacia mí descalzo y desnudo del todo, sujetándose la piel de oveja sobre las partes blandas—. ¿Cómo quieres que me coloque?

17

ONYX



Voy colocado. Scarlett me dice cómo me quiere y yo se lo doy.

Bueno… no sexualmente, sino delante del objetivo. Aunque lo único en lo que puedo pensar es en cómo deslizo mi parte en ella y hurgo dentro con toda la puntería del mundo.

¡Joder!

Durante mucho tiempo no tuve claro por qué reacciono de forma tan bestia con ella. Pero ahora, como mínimo, lo sé. Mi subconsciente quería mantenerme alejado de ella a toda costa, porque es la mujer que lo cambia todo. Es el milagro que mis colegas me han deseado durante años y que yo consideraba absolutamente imposible.

Hasta ahora no se lo he contado a nadie, porque apenas yo mismo puedo creerlo. Estos últimos días, después de la velada que pasamos juntos, me han llevado una y otra vez a la misma conclusión: Scarlett Lane me ha hechizado. Me ha atrapado en la red en la que nunca quise enredarme. Me ha puesto la correa y ha domado al tigre salvaje hasta convertirlo en un dócil gato doméstico. Y lo peor de todo: encima me gusta.

¿Se puede saber lo loco que es esto? Yo, Onyx Yates, el eterno soltero, que se enamora de forma totalmente inesperada y quiere atarse. Que de repente prefiere la monogamia aburrida a la supuestamente más aventurera y variada poliamoría. Aunque, bueno, que el sexo con Scarlett se vuelva aburrido algún día me parece bastante improbable.

—Enséñame un poco más tu retaguardia. No queremos desvelarlo todo, pero sí insinuarlo—, me grita con voz jadeante, que no deja ninguna duda de que está tan caliente como yo.

—Llevas demasiada ropa —me atrevo a decir con descaro—. Me sentiría más cómodo si tú también estuvieras desnuda. O… por lo menos si te quedaras solo en ropa interior.

Scarlett baja la cámara poco a poco y traga saliva.

—Onyx… yo…

—No voy a hurgar a lo loco, te lo prometo —digo con voz ronca —. Te voy a follar el coño con tanta puntería que no vas a querer soltar mi parte jamás.

Se ríe con mi comentario, que iba totalmente en serio, y se cubre los ojos con las manos.

—Estamos fatal.

—Y estamos buenísimos. Además, ¿y qué? No podemos ser todos normales. Sería un coñazo.

Scarlett deja la cámara a un lado y me mira indecisa. Puedo ver la excitación en sus ojos, pero también el miedo. Entonces lo pillo.

Lo estoy enfocando mal. Esto no va de una tía dispuesta y echada pa'lante a la que me ligo en un bar cualquiera, sino de una mujer que el último año ha pasado por mucho y a la que su ex, que es un cortito, mandó a freír espárragos porque, en su función de máquina de parir, estaba temporalmente limitada.

Voy hacia la mesa y cojo mis bóxers, que me pongo.

—¿Qué haces? —pregunta Scarlett, con nervios, miedo e inseguridad filtrándose en su voz.

—Bajar una marcha. Vamos a hacerlo de otra manera. Mis partes se quedan por ahora en el establo. Y ahí se van a quedar, de momento. Ven aquí —le pido y le tiendo los brazos.

Scarlett se acerca a mí con cautela y me mira con los ojos muy abiertos. Me enfurece ver cuánta inseguridad le ha generado el capullo de su ex.

—Me considero un hombre extremadamente afortunado de que una mujer tan guapa y maravillosa como tú quiera pasar tiempo conmigo —le susurro, y le sujeto la barbilla con suavidad—. Podrías tener a casi cualquiera, y aun así me eliges a mí.

—Bueno… tú tampoco estás nada mal —murmura Scarlett, cohibida, y sonríe.

—Soy un cabrón de mierda, pero tú consigues que me convierta en el hombre que te mereces.

Scarlett se aparta un mechón que se le ha escapado de la coleta, se lo coloca detrás de la oreja y baja la vista mordiéndose el labio inferior.

—¿De qué estamos hablando aquí? Estás actuando como si…

—¿Como si quisiera salir contigo?

—Sí, cuando los dos sabemos que tú no sales con nadie.

—Ahora sí.

—Onyx… —Scarlett da un paso atrás y se separa de mí—. Hace una semana me odiabas.

—Nunca te he odiado —le rebato con firmeza—. *Quería* odiarte, sí. Porque, en el fondo, sabía lo peligrosa que eres para mí. Te he visto en la tele y he envidiado a Ramirez por ti cada maldita vez. Tu magnetismo. La ligereza juguetona con la que encandilas a los espectadores. Tu sex appeal. Tu aparente facilidad para ser encantadora. La sonrisa coqueta. La mirada seductora. Ese impulso por tocar a la gente que te rodea y ayudarles a sentirse a gusto ante la cámara. Todo eso me hechizó. Y cuando me enteré de que venías a los *Hornets* y que estabas soltera… no sé… supongo que me acojoné pensando que justo tú podrías conseguir que renunciara a la vida tal y como la conozco.

—¿Así que ni siquiera quisiste conocerme porque tenías miedo de que me fueras a querer más de lo que te parece seguro?

Asiento.

—Bastante loco, ¿no?

Scarlett se encoge de hombros.

—No podemos ser todos normales. Sería un coñazo, ¿no?

Esta vez me toca sonreír a mí.

—¿Me enseñas el lugar donde te operaron? —le pido, porque es algo que quería preguntarle desde que Cash me habló de su cáncer.

Hasta ahora siempre me había parecido fuera de lugar preguntárselo, pero ahora mismo hay este lazo delicado de

confianza que conecta nuestros corazones y me anima a dar este paso.

Scarlett me dedica una mirada que deja claro lo vulnerable que la vuelve este tema y despierta en mí el impulso de protegerla.

—No voy a salir corriendo. Te lo prometo. Me quedo —susurro y doy un paso hacia ella—. Quiero verte. Verte entera.

—Vale.

Es apenas un soplo. Tan suave que por un momento creo haberlo imaginado, pero luego las manos de Scarlett vuelan a la botonadura de su blusa blanca. Con los dedos temblorosos desabrocha los botones y se desliza la blusa de los hombros, de modo que se queda solo con los vaqueros y un sujetador blanco delante de mí.

—Aquí. —Pasa el índice y el corazón por un punto por encima del pecho izquierdo, donde hay una cicatriz fina—. Era un melanoma maligno, que durante demasiado tiempo tomé por un lunar inofensivo, hasta que una amiga me insistió para que me lo mirara.

Cierro el espacio entre nosotros y le rodeo los dedos con mi mano para apartarlos con suavidad y sustituirlos por mis labios.

Scarlett jadea cuando mi boca toca la piel sensible sobre su pecho y hunde los dedos de la mano libre en mi pelo.

—¿Te gusta? —musito mientras beso a lo largo de su cicatriz ya curada.

—Sí —suspira y se arquea hacia mí.

—¿Te doy más de eso?

—Sí.

Le bajo con cuidado los tirantes del sujetador de los hombros y dejo libres los pechos. Con delicadeza paso la lengua por los pezones rojos y redondos y luego soplo muy suavemente sobre esa zona erógena, que se contrae enseguida bajo mis atenciones.

Mis manos abarcan el culo de Scarlett. A ciegas, con la cara enterrada entre sus pechos, la llevo hasta su mesa del salón, donde la asiento y la reclino. Luego me inclino sobre ella y empiezo a besar y lamer desde la base del cuello hasta el ombligo. Le abro el botón de los vaqueros, pero en vez de quitárselos, regreso a sus pechos y me ocupo de ellos a conciencia, alternando caricias, lametones, besos y mordiscos.

Scarlett se retuerce con pequeños gemidos, lo que induce a mi polla a poner a prueba el porcentaje máximo de elastano de mis bóxers. Se presiona contra la tela de mis calzoncillos con tanta fuerza que debería reventar en cualquier momento. La tela, no la polla… aunque, siendo sincero, también está a punto de estallar.

—Eres una maldita aparición —balbuceo aturdido, y podría llorar de felicidad, porque todo en esta conexión se siente jodidamente perfecto. Como llegar por fin a casa después de una vuelta al mundo agotadora y de años, en la que te has equivocado de camino mil veces.

Los dedos de Scarlett se me clavan en el pelo y me empujan la cara contra sus pechos rebosantes. Encierra mis caderas entre sus muslos y me dirige como a ella le sienta bien.

Joder, me encanta que me use.

Mis manos bajan a la cintura de sus pantalones, buscan la cremallera y la abren. Luego le quito los vaqueros junto con las bragas por las pantorrillas y los tobillos, antes de lanzar su ropa a un lado sin miramientos.

Scarlett se apoya en los antebrazos y se arrastra hacia arriba sobre la mesa para poder apoyar los pies en ella, convirtiendo la mesa del salón en una pecaminosa camilla de ginecólogo.

—¿Con ese coño húmedo y tan invitante pretendes tentar a mis partes blandas? —le susurro con una voz alarmantemente ronca y áspera—. ¿Es una invitación a hurgar dentro de ti y jugar a los médicos guarros, mi sirena ardiente?

Scarlett atrapa el labio inferior entre los dientes y lo succiona, sonriendo.

—Diría que sí…

—¿Dirías—? ¿Quieres mi polla o no?

—La quiero. Definitivamente.

—Entonces la vas a tener.

Me bajo los bóxers y saco mi polla dura y lista. La recorro despacio con la mano, arriba y abajo. Está tan caliente que ya se han formado gotas de placer en la punta. Me encantaría usar ese lubricante natural para enjabonar mi polla y poder deslizarla más fácil dentro de Scarlett. Pero, con la última pizca de sangre que me

queda en la cabeza, entro en razón y, mascullando en voz baja, busco mis vaqueros, en cuyos bolsillos tiene que haber preservativos. No es que en el pasado haya sido un alma cándida. Era más bien de los de "siempre preparado". Algo que ahora me viene de perlas.

Arranco el sobre del preservativo, me desenrollo el condón y vuelvo junto a Scarlett, que se está acariciando a sí misma.

¡Joder!

Con los ojos brillando de hambre, observo cómo sus dedos se deslizan por su raja y masajean el clítoris húmedo y brillante.

—Estoy en un porno en 3D. Y sin gafas de VR. Fuerte —musito, y Scarlett se echa a reír.

—¿Qué pasa?

—Eres imposible.

—Lo dice la fotógrafa que se está dando placer en su mesa del salón con las piernas abiertas delante de su modelo.

—Cállate y métete ya tu parte blanda en mí.

—Nada me gustaría más.

Me inclino hacia ella, me cierro sobre su torso y la beso con ganas. Ni idea de cómo se me ha podido pasar hasta ahora… o sí, la verdad es que sí. Digamos simplemente que tengo debilidad por los pechos generosos…

—Solo hay un problema —murmuro junto a su boca.

—¿Y cuál es?

—Que la parte blanda ya no está blanda. Está dura como una piedra. ¿Aun así la quieres?

—Métela y ya vemos —susurra y me roba otro beso.

—Vale. Empiezo a hurgar y tú me dices qué te parece, ¿sí?

—De verdad que me rematas, Onyx —ríe Scarlett, que ahora, a diferencia de antes, está totalmente relajada y suelta.

Justo eso pretendía. Probablemente soy el primer hombre que tiene desde Jordan Ramirez, con quien estuvo varios años. No puedo saberlo con certeza, claro, pero aunque con Scarlett me he equivocado a menudo, en esto me veo con capacidad para acertar.

Ese es uno de los motivos por los que me importa muchísimo que esta experiencia sea lo más bonita, ligera y agradable posible

para ella. Si la follo, quiero que piense en mí y no en su ex.

Yo lleno el vacío que él dejó. Yo curo las cicatrices que le hizo. Y yo le devuelvo la autoestima que le robó.

Con el corazón desbocado, me acomodo entre los muslos abiertos de Scarlett y coloco mi polla en su entrada. Respiro hondo por última vez antes de deslizarme dentro de ella y ser recibido por su coño estrecho, caliente y jodidamente húmedo como por un tornillo de banco.

Sí, nena. Joder, qué pasada.

Scarlett me mira desde debajo de los párpados, con los labios entreabiertos, y disfruta de estar ensartada por mí.

—Ahora mismo me siento como un modelo joven e inexperto —silbo entre dientes apretados mientras avanzo dentro de ella.

—¿Por qué? —pregunta sin aliento.

—Porque estoy a punto de correrme. Y ni siquiera estoy del todo dentro.

Scarlett suelta una risita, pero por desgracia es la verdad. Tengo que controlarme mucho para no sucumbir a la tentación y soltarme. Sería tan fácil correrme ahora y encontrar la salvación en ella. Pero ni hablar.

Primero va *ella*: el polvo que se merece, seguido del orgasmo a su altura. Y luego, si no la hago correrse una segunda vez de forma espontánea, me tocará a mí. Antes no.

Gimo, rendido, cuando estoy hasta el fondo dentro de ella, y miro con la vista nublada por el deseo hacia abajo, hacia nuestra unión más íntima.

—Ahora sí que se hurga, cariño —jadeo, y empiezo a moverme en su interior con ritmo, mientras le sujeto las caderas con las manos y, con cada embestida, la atraigo hacia mí.

—Onyx… —susurra Scarlett, sobrepasada, y me hace sentir tan jodidamente orgulloso que mi polla se hincha aún más dentro de ella.

Ha gemido mi nombre. *El mío*. No el de Jordan Puto Ramirez.

Es *mi* polla la que la folla y es *mi* cara la que ve. Esto es *mi* juego. Ramirez está fuera porque fue lo bastante tonto como para autoeliminarse. Una estupidez que a mí no me va a pasar porque sé

que no existe nada mejor que esto, ahora mismo. He estado con suficientes mujeres como para notar la diferencia.

La verdad es esta: estoy enamorado. Estoy coladito hasta las trancas por esta mujer preciosa y única, que se me entrega con tanta confianza y pasión, abierta de par en par ante mí.

Scarlett Lane es mía y no tengo intención de soltarla jamás.

Como si quisiera subrayar mi decisión, empujo más fuerte dentro de ella y me recompensa con gritos cada vez más altos, cada vez más desgarrados.

—¿Eso es lo bastante certero? —pregunto sin aliento, y atraigo su pelvis contra mis ingles con un chasquido.

—Sí… sí lo es —jadea—. Yo… yo estoy a punto.

—¿Tan pronto? —me sorprendo, y la incorporo hacia mí para bajar un poco el ritmo y alargarle el orgasmo—. ¿Eres un cohete de mecha corta o es mi dinamita la varita mágica de este castillo de fuegos?

—Onyx… eres idiota —Scarlett se ríe a carcajadas y, al instante siguiente, suelta un gemido cuando rozo un punto sensible en su interior.

—Bésame —le exijo—. Quiero saborearte.

Scarlett se inclina hacia mí y, por el ángulo en el que ahora la penetro, estamos más cerca que nunca. Ya no puedo darle duro, pero sí mucho más hondo.

Nuestras lenguas se rodean, tantean, se reconocen y acaban rindiéndose la una a la otra en un torbellino salvaje de deseo, desesperación y éxtasis.

Siento el orgasmo de Scarlett antes incluso de que ella lo note. Siento cómo su centro se cierra en torno a mi polla y un temblor recorre su cuerpo. Oigo el gemido vibrarle en la garganta, antes de que me lo suelte en la boca. Veo la tormenta en sus ojos, que hace que las motas amarillas bailen como láminas de oro al viento.

—Suéltate, Scarlett. Estoy aquí. Y no me voy a ninguna parte —le susurro, y la sujeto fuerte mientras sigo entrando en ella despacio. Lo bastante suave para no cortar su orgasmo y lo bastante firme para estirarlo.

—Onyx… yo… yo… me corro —grita ronca, aferrándose a mí.

—Lo sé, cariño. Puedo sentirlo —susurro, tranquilizador—. Cierra los ojos y disfruta del viaje. Yo te sujeto.

Sentir, oír y ver cómo Scarlett encuentra su liberación gracias a mí me pone tan burro que ya no puedo contenerme y… me suelto.

Gimiendo alto, eyaculo bien hondo dentro de ella y me corro tan fuerte que casi se me hace trizas el corazón, que golpea contra mis costillas.

¿Cómo cojones es posible que en mi vida haya tenido sexo casi hasta lo indecente de veces y, hasta ahora mismo, no tuviera ni pajolera idea de lo increíble que puede ser si lo haces con la mujer adecuada?

¡Mierda!

18

SCARLETT



Estoy tumbada, sudorosa y con el corazón desbocado, sobre la mesa del salón, y oscilo entre absolutamente fascinada, brutalmente satisfecha y terriblemente avergonzada.

El sexo con Onyx ha sido… ha sido…

Supongo que ha sido ese tipo de sexo que una cree que ni siquiera existe. Ese tipo de sexo que se da cuando dos personas completamente compatibles se encuentran y todo armoniza al cien por cien, tanto en lo físico como en lo emocional.

Exhalo con ruido y abro los ojos, porque no puedo cerrarles eternamente la puerta a la realidad y, con ella, a Onyx.

Lo primero que veo cuando mis párpados aletean y la mirada se enfoca es la sonrisa satisfecha de Onyx y los mechones de cabello castaño oscuro, sedosos y brillantes, que le cuelgan sudados por el sexo sobre la frente.

—Hola —sonríe y apoya ambos antebrazos junto a mi torso, de modo que queda justo sobre mí—. ¿Qué tal?

Suelto una risita a mi pesar y bajo la mirada hacia nosotros.

—Sigues dentro de mí.

Las comisuras de los labios de Onyx se le contraen con delación mientras sigue mi mirada y deja que su pelvis se deslice un poco hacia delante y atrás.

—Estoy esperando a que se ponga duro otra vez para seguir hurgando dentro de ti.

—Buen intento —replico, pero enmudezco cuando él se inclina aún un poco más hacia mí.

—¿Acaso no he hurgado con la suficiente puntería y eficacia? —me susurra en los labios, rozándolos con travesura.

Trago saliva y cierro los ojos con la esperanza de un beso más, íntimo.

—Sí —susurro apenas audible—. Lo has hecho. Y cómo…

—Bien. Cualquier otra cosa sería inaceptable —responde y posa sus labios sobre los míos.

Acojo el beso agradecida, casi con ansiedad, y suspiro cuando la lengua de Onyx penetra en mi boca y la explora con suavidad. El beso es lento. Prolongado. Íntimo. Y deliciosamente familiar. Me encanta todo de él y no estoy dispuesta a dejar que termine.

A Onyx parece pasarle lo mismo porque me agarra de las caderas, me alza en sus brazos y me lleva, sin interrumpir nuestro beso, hasta mi sofá, que he arrimado a una de las esquinas para que no estorbara durante la sesión. Allí se deja caer conmigo entre los cojines, me coloca en su regazo y sigue besándome con hambre. No tengo ni idea de cómo ha logrado no salirse de mí, pero sigue dentro y, bajo nuestros besos, vuelve a endurecerse poco a poco.

—Me vuelves adicto —murmura en mis labios, mientras con una mano me sujeta por la nuca y la otra se queda en mi mejilla, con el pulgar acariciándola con ternura.

Nos besamos como si nuestras bocas fueran el aire que necesitamos para respirar y nos perdemos en el espacio y el tiempo. No se trata, ante todo, de acostarnos otra vez, sino simplemente de estar cerca del otro y asegurarnos con promesas silenciosas de que esto es real.

Cuando, tras una eternidad, nos separamos, jadeo en busca de aire y casi no siento los labios. Sonriente, paso el índice por ellos y niego con incredulidad.

—¿Qué pasa? —pregunta Onyx.

—Bueno… supongo que ni en sueños habría contado con acabar en la cama precisamente contigo y luego pasarme horas morreándonos.

—¿Morrearte, eh? —me pica Onyx—. Te *morreas* bien, ¿verdad?

—Tu, por lo visto, también.

—Solo contigo —dice y se roba otro beso—. ¿Cómo seguimos ahora?

—¿Por la campaña? Yo reviso las fotos y te mando las mejores para que decidas conmigo cuáles usamos y publicamos.

—No me refería a eso.

—Oh. Ya.

Deslizo las manos del cuello de Onyx a sus hombros y aparto la mirada, cohibida.

—Me refería a lo nuestro.

—¿Lo nuestro?

—Ajá. A lo nuestro —confirma.

—Pues… no lo sé. ¿Tú qué piensas?

—Pienso que quiero salir contigo.

Vaya. Vale. Esto es… sorprendente. Y un poco… inesperado.

Incluso después de que Onyx me haya follado y, en teoría, conseguido lo que quería, se mantiene en sus trece. Así que no lo ha dicho solo para quitarme las bragas, sino porque, al parecer, lo dice de verdad. Y eso que tiene fama de ser el soltero eterno de la NFL.

—El problema es que trabajo para los *Hornets* y habría complicaciones si saliera a la luz que estoy saliendo contigo —hago notar.

—Me da igual. Sé manejarlo —corta Onyx mis reparos con decisión—. Y si alguien cree que puede comportarse como un idiota contigo, tendrá que vérselas conmigo.

Le sonrío con pesar y le acaricio la mejilla a Onyx con el dorso de la mano.

—Es muy amable por tu parte, pero también cuenta cómo se vea desde fuera, ¿sabes? No quiero cargar con la fama de ser la zorra del fútbol que se liga a un jugador tras otro y aprovecha su trabajo en los *Hornets* para buscarse un novio nuevo, rico y famoso.

—O sea que… —los rasgos de Onyx se endurecen y el gesto alegre, desenfadado y relajado desaparece tras un muro de fría piedra—. ¿Esto ha sido cosa de una sola vez?

—No lo sé —admito con honestidad—. *Esto* no estaba en mis planes. Primero tengo que asimilarlo. Y ahora mismo estoy bastante

desbordada e insegura de cómo hacerlo.

—Entiendo.

—¿De verdad? El escepticismo de mi voz se nota a la legua y, aunque quizá debería avergonzarme, refleja lo que ahora mismo pienso y siento.

—Sí, de verdad. Aunque en secreto lo llevaba queriendo desde hace tiempo, no he venido con la intención de echarte un polvo. Yo también estoy confundido con lo que está pasando aquí y sobrepasado por lo que siento por ti pero se siente bien, y por eso quiero que siga. No hace falta darle mil vueltas a todo. A veces basta con hacer caso a la intuición y dejar que las cosas fluyan.

Me bajo del regazo de Onyx y voy al cuarto de baño para ponerme el albornoz. Sus palabras resuenan en mi cabeza y, aunque tiene razón, en este caso es bastante más complicado.

—¿Me das un poco de tiempo? —pregunto cuando vuelvo al salón y le observo vestirse—. No digo que no quiera salir contigo. Solo digo que ahora mismo no sé nada y, en este estado, no puedo tomar decisiones que afecten a tu corazón y al mío.

Onyx asiente en silencio. No parece precisamente encantado, pero cuando alza la vista y se acerca a mí, tengo la sensación de que al menos intenta comprender mi postura.

—Duerme una noche sobre ello. Mañana vemos cómo seguimos, ¿vale?

—No estoy segura de si mañana…

—No espero una decisión tuya mañana —me interrumpe—. Solo quiero saber mañana cómo debemos tratarnos hasta que tomes tu decisión.

—De acuerdo —cedo y cierro los ojos cuando me da un beso en la frente a modo de despedida.

—¿Tienes todas las fotos que necesitas?

—Sí. Gracias.

—Vale. Entonces… hasta pronto —se despide Onyx y va hacia la puerta.

Le sigo y le pongo suavemente la mano en la espalda cuando la abre. Se gira hacia mí, interrogante.

—Lo de hoy… ha sido muy bonito contigo. Gracias. Por todo.

19

ONYX



—¿Puedes dejar de quedarte mirando al infinito y, como mínimo, hacer como que me escuchas? —gruñe Cash mientras paseamos junto al mar y sacamos a Pluto, su joven golden retriever, a hacer sus necesidades.

—Perdona, ¿qué has dicho? —murmuro, esforzándome por estar más atento.

—Te he preguntado qué opinas del partido contra Alabama. Con el traspaso de Jordan Ramirez tienen a un auténtico niño de oro en el ataque.

Jordan Ramirez.

Al oír su nombre, me entran ganas de sacudirme.

—Vamos a aplastar a Ramirez. Y si hace falta, lo hago personalmente —gruño, furioso, cerrando los puños.

—Vaya, madre mía. Eso suena bastante pendenciero. Hace unas semanas te caía de lujo y ahora parece que quisieras matarlo.

—Hace unas semanas aún no sabía que dejó a Scarlett cuando le diagnosticaron cáncer.

—¿Ah, sí? —pregunta Cash, desconcertado.

—Sí, así fue.

—¿Y eso lo sabes por…?

—Scarlett. Me lo ha contado.

—¿De verdad?

—De verdad —digo, molesto, porque no se me escapa el tono divertido en la voz de Cash.

—Si es así, ¿por qué no sueltas de una vez la lengua y me dices qué ha pasado entre vosotros cuando me dejaste tirado para ir a pedirle perdón, eh? ¿Cuánto tiempo más vas a tener a tu mejor amigo a oscuras?

Tiene razón. Hasta ahora he sido muy discreto con todo lo referente a Scarlett. Incluso con Cash. Ahora, después de haber acabado en la cama con Scarlett, bueno, en la mesa de centro, va siendo hora de confiar en él. Cash tampoco es precisamente un experto en relaciones, pero, por lo menos, tiene más experiencia que yo.

—La versión corta es que hablamos, aclaramos las cosas y le ofrecí participar en su campaña de concienciación sobre el cáncer. Las fotos me las hizo en su casa porque quería que fuera ella y no una desconocida detrás de la cámara, y de ahí pasamos a otra cosa y… en fin… follamos sobre su mesa de centro. Después le dije que me gustaría salir con ella y me contestó que lo tenía que pensar. Ahora lleva ya un buen rato pensándolo y, con cada día que pasa, me pongo más nervioso.

Mientras he soltado todo de carrerilla, sin punto ni coma, no me he dado cuenta de que Cash se ha parado. Cuando giro la cabeza para pedirle su opinión, ya no está a mi lado. Me quedo mirando alrededor, desconcertado.

—Tío, ¿por qué te quedas ahí como un idiota? ¿Tienes que mear o qué?

Niega con la cabeza, imperturbable.

—¿Entonces qué? Me estoy desahogando aquí y me dejas tirado. Gracias por nada. ¡De verdad!

Cash sigue con la mandíbula colgando, mirándome incrédulo. ¿Qué quiere que le diga? Tampoco es para tanto lo que acabo de contarle.

—Cierra la boca, que te van a hacer un nido las mosquitas de la arena. Y venga, anda. No quiero echar raíces aquí —le suelto, me doy la vuelta y echo a andar.

Pluto salta feliz al agua y corre de un lado a otro, ladrando entre Cash y yo. Solo cuando Cash me alcanza vuelve a calmarse y trota obediente a nuestro lado.

—No me puedo creer que te la hayas tirado —murmura, sorprendido pero también divertido.

—¿Y por qué no? Soy un tío guay. A las mujeres les gusto.

—Sabes perfectamente a qué me refiero, Onyx.

—No, no lo sé. Pero ahora mismo me da bastante igual. Lo que me interesa es qué pasa a partir de ahora —digo, irritado.

—Que *siquiera* quieras que haya un "a partir de ahora" ya es milagroso —pincha Cash—. Onyx Yates quiere sentar la cabeza. Que yo vea esto…

Me encojo de hombros. Como si eso fuera *la* gran noticia.

Aunque, vale, reconozco que Cash y los chicos llevan años dándome la tabarra con lo de las relaciones. Hasta ahora siempre me he negado a meterme en algo tan aburrido y monótono. Se podría decir que me he resistido con uñas y dientes. La gente cambia y, por lo que acabo de comprobar, yo no soy la excepción.

—¿Puedo hacer algo para convencerla de que salga conmigo? ¿O mejor espero a que ella tome una decisión por su cuenta? —le pregunto a Cash, esperando de verdad que pueda ayudarme con esto, porque ya han pasado tres días desde que Scarlett y yo nos acostamos y, salvo la llamada del día siguiente, en la que me explicó que le gusto mucho, pero que de momento deberíamos tratarnos de forma profesional y amistosa, no he vuelto a saber nada de ella.

—No me creo que me pidas consejo a mí en tema de *mujeres*.

—Cash… te aviso.

Mi mejor amigo suelta una risita y me da un empujón burlón con el hombro.

—Venga ya. ¿Cuántas veces me has vacilado tú con esto en el pasado? Ahora me toca a mí.

—Vale. Lo que tú digas. Ríete un rato y luego dime qué tengo que hacer. A ser posible antes de que me haga viejo e impotente.

Cash sonríe como un bobo, pero por suerte se contiene y, al poco, se pone serio.

—No hay una estrategia universal que valga para todas. Cada mujer es un mundo. Yo le daría una semana y, después, volvería a verla. En persona. Puedes invitarla a un café, en plan amigos, o

plantarte en su casa. No sé qué será mejor, porque no conozco a Scarlett.

—Mmm —gruño, asintiendo—. Si tengo que esperar una semana, eso significa que llamaré a su puerta *después* del partido contra Alabama.

—Sí, ¿y?

—Jordan Ramirez —escupo entre dientes apretados.

—Entiendo.

Mi colega frunce el ceño, pensativo.

—Temes que entre él y Scarlett pueda pasar algo.

—Dejar a una mujer como Scarlett Lane es lo más estúpido que puede hacer un hombre. ¿Y si Ramirez ya se ha dado cuenta e intenta recuperarla? ¿Y si va a verla y le suplica que le perdone? Han estado mucho tiempo juntos. Ahí hay sentimientos en juego…

—Tema delicado, tío —dice Cash, pasándose la mano por el pelo, sin saber qué aconsejar—. Si te soy sincero, no quieres salir con una mujer que no haya cerrado del todo su relación anterior. Si Scarlett aún siente algo por Jordan Ramirez, mejor que lo averigüe ahora que acabar algún día en un triángulo amoroso de los complicados.

—¿Así que tengo que dejarle el campo libre a Ramirez? —suelto, enfadado—. Ni de coña.

—Pues tendrás que hablar con Scarlett *antes* del partido.

—No —replico con firmeza—. No voy a hablar con *ella*, voy a hablar con *Ramirez* y le voy a meter en la cabeza que se mantenga lejos de Scarlett. Ya tuvo su oportunidad. Ahora me toca a mí. Y, a diferencia de él, no la voy a fastidiar.

20

SCARLETT



Hoy se juega en Hawái el partido de las *Hornets* contra los *Alabama Ironbacks*. Eso significa que, por primera vez desde nuestra ruptura, me voy a encontrar con mi ex. En realidad podría haber evitado ese encuentro y limitarme a verlo desde lejos, en lugar de lo de forma proactiva buscarlo y hablar con él, pero justo eso es lo que estoy haciendo ahora. Hay algo importante que necesito tratar con él con urgencia.

Al principio quise guardar mi cáncer para mí. Al menos hasta que todo hubiera pasado y el riesgo de metástasis o de que la enfermedad regresara estuviera descartado. Pero, siendo sincera, aún faltarán años para que oficialmente se me considere curada. Demasiado tiempo como para seguir callando.

En lugar de eso, quiero aprovechar mi voz y mi alcance para concienciar a cuanta más gente mejor sobre esta enfermedad traicionera, y hacerlo cuanto antes.

Aunque la campaña sobre el cáncer en la que he participado ha tenido una acogida muy buena, el mensaje sería mucho más emotivo y, por tanto, automáticamente más eficaz si la gente supiera que no es solo un tema que me toca el corazón, sino también algo que me afecta en primera persona.

Por eso voy a hacer público lo que me ha sucedido el último año. Por eso también tengo que hablar con Jordan. Se merece estar prevenido.

Por supuesto, no le contaré al público que él me dejó porque no puedo darle hijos en un futuro cercano pero sí diré que los desafíos que conlleva esta enfermedad pusieron nuestra relación a prueba de una manera que, al final, fue más grande que nosotros.

Siento que ha llegado el momento de hablar abiertamente de mis miedos y compartir mis experiencias para evitar que otros pasen por lo mismo que yo. Al mismo tiempo, así, con un poco de suerte, cesarán los rumores malintencionados y mi… bueno, llamémoslo *vínculo* con Onyx Yates no desatará una tormenta de mierda.

También de eso quiero hablar con Jordan. He estado dándole muchas vueltas estos días y quiero darle a lo que hay entre Onyx y yo la oportunidad de desarrollarse. Hacerlo sin presiones.

Onyx es divertido, empático y atento. Además, está condenadamente bueno. Me siento a gusto en su presencia y no pienso ponerme piedras en mi propio camino por preocuparme de posibles problemas que quizá ni siquiera lleguen a presentarse.

No. Voy a afrontarlo. Paso a paso.

Cuando haya hablado con Jordan y haya hecho pública mi enfermedad, buscaré a Onyx y le preguntaré si sigue interesado en tener citas conmigo. Si es así, hablaré con Jim Henderson y con la dirección de mi cadena para informarles. No necesito pedirles permiso. No hay nada prohibido en esta relación. Como mucho podrían tacharme de poco profesional pero ya me ocuparé de eso si realmente se da el caso.

El hecho es este: la vida es corta y no deberíamos desperdiciar nuestro tiempo perdiéndonos en miedos y problemas. En lugar de eso, deberíamos tener el valor de escuchar a nuestra intuición y seguirla, para pasar la mayor parte posible de nuestra valiosa y fugaz vida en sintonía con el corazón y el alma.

Bajo las escaleras hacia el pasillo donde está el vestuario de los *Hornets* y donde ya hay mucho trajín, aunque aún queda más de una hora para que los jugadores salgan del vestuario rumbo al campo.

He quedado con Jordan en que nos veremos en el aparcamiento entre los dos vestuarios, que están claramente separados entre sí.

Aún tengo su número y él el mío. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, estrictamente hablando, no nos separamos peleados. Aun así, tengo un nudo en el estómago mientras ahora me abro paso por el pasillo entre toda esa gente y no paro de saludar y sonreír con amabilidad, a medida que me acerco a la salida.

—Scarlett, hey, ¿cómo va? —grita Kingston, que justo entra por la puerta por la que yo quiero salir al exterior.

—Gracias, bien —respondo, y me esfuerzo por mantener un tono alegre.

Cuando Kingston se da cuenta de lo que pretendo, me pone la mano en el hombro y aprieta.

—Eh… si quieres tomar el aire, quizá sea mejor que uses otra salida.

—¿Por Jordan? —pregunto y me obligo a esbozar una sonrisa.

—Un momento. ¿Tú *sabes* que está ahí fuera rondando?

—Sí, porque le he dicho yo misma que viniera. Hemos… hemos quedado.

—Oh. —Los labios del wide receiver se redondean en una O de sorpresa—. Entonces…

—Nos vemos luego —me despido deprisa y salgo afuera, donde Jordan me espera, algo apartado, apoyado en la pared del estadio.

Lo observo mientras avanzo despacio hacia él. Se le ve más delgado y, de algún modo… pálido. Se le han formado finas líneas en la frente. El año pasado aún no las tenía.

El corazón me late con fuerza en el pecho y el estómago se me revuelve. Todo en mí se resiste a esta conversación y me siento totalmente incómoda. ¿Cómo es posible que, en presencia de una persona con la que has caminado muchos años por la vida, de repente te sientas tan nerviosa y asustada? Conozco a Jordan. Sé cómo se siente. Cómo huele. Cómo sabe. Y, aun así, ahora no siento más que un frío helador y unos retortijones en su presencia.

—Scarlett… —murmura en voz baja cuando me ve.

Se despega de la pared, saca las manos de los bolsillos y acorta la distancia entre nosotros. Solo un metro nos separa ya. Al menos físicamente. En lo emocional son más bien continentes.

Vaya… aquí estamos, como dos desconocidos frente a frente, que ya no tienen nada que decirse. Las lágrimas, amargas, me suben a los ojos, pero las contengo con valentía porque tengo que pasar por esto de una vez. Por muy horrible que se sienta.

—¿Cómo estás? —pregunto, mirándole a los ojos, que se ven pensativos y apesadumbrados.

—Tirando. ¿Y tú?

Me encojo de hombros.

—Tirando.

Entre nosotros se extiende un silencio tan opresivo como un rascacielos que se derrumba encima y te hace sentir que te asfixias entre los escombros.

—¿Querías hablar conmigo? —me saca Jordan de mis pensamientos sombríos.

—Sí. Sí, exacto —carraspeo—. Es… es sobre mi diagnóstico.

—¿Ha vuelto el cáncer? —pregunta, preocupado, y me agarra la mano por instinto.

Es un gesto cariñoso y familiar, pero, en lugar del cosquilleo que sentía antes con su contacto, ahora no noto más que un frío apagado.

—No. Todo está bien. Pero me gustaría decirle al mundo que he tenido cáncer y que aún no he salido del todo del túnel. Simplemente creo que podría lograr más si la gente entendiera que sé de lo que hablo.

—Entiendo —susurra Jordan.

—Voy a hacer pública mi historia. Por eso quería avisarte. En cuanto al motivo de nuestra ruptura… no te preocupes. Solo diré que nuestra relación se rompió por el desafío que conlleva esta enfermedad. Sin detalles.

—Entiendo —repite Jordan, y mira con melancolía nuestras manos entrelazadas—. Te… echo de menos, Scarlett.

Sus palabras me pitan en los oídos como un tinnitus y me tambaleo. Cuánto me habría gustado oír exactamente esas palabras hace un año. ¿Por qué las dice precisamente ahora, cuando ya es tarde y yo ya he pasado por el infierno?

Jordan me sujeta para que no me caiga y me atrae contra su pecho.

—Lo siento muchísimo —murmura junto a mi oído y me besa la coronilla.

Estoy tan en shock por su confesión que cuelgo de sus brazos como un saco mojado, incapaz de moverme. Su olor me inunda la nariz y el calor que irradia se me pega al cuerpo. Se siente extraño, aunque me resulte familiar, y en vez de relajarme, me pongo tensa.

—Yo… —me interrumpo porque la voz me falla y las lágrimas en los ojos me aprietan la garganta—. Yo también lo siento.

—¿Hay alguna oportunidad para nosotros? —susurra Jordan a mi oído.

—No —contesto, resignada, y dejo en libertad las lágrimas que me arden en los ojos. Corren por mis mejillas como un torrente y arruinan el maquillaje que ya me había aplicado para el partido.

Me aparto de Jordan y me paso el dorso de la mano por la cara.

—Sabes que no creo en las segundas oportunidades, Jordan. Entonces decidiste en contra de nosotros y con esa decisión hemos tenido que vivir los dos. Casi me mata, pero he sobrevivido. Y lo he dejado atrás. De hecho, he conocido a alguien que me gusta mucho y —me detengo y tomo aire hondo—… con quien quiero tener citas. Así que deberías prepararte por si salen fotos.

—Has conocido a alguien —repite Jordan en voz baja mis palabras—. ¿Un jugador?

—Sí —confieso—. Un jugador.

—¿Quién es?

—De eso no voy a hablar contigo.

Le acaricio la mejilla a Jordan y esbozo una sonrisa melancólica.

—Cuídate mucho, ¿sí? Me tengo que ir.

ONYX



Me quedo atónito en la puerta que da al exterior y contemplo cómo mi peor pesadilla se convierte en una amarga realidad.

Por Kingston he sabido que Scarlett ha quedado con su ex en el aparcamiento. Nos lo ha contado a Ace, Saint y a mí nada más llegar, a bocajarro. Como nadie salvo Cash sabe lo que ha pasado entre Scarlett y yo, Kingston no podía imaginar lo que estas noticias iban a provocarme.

Como un autómata he salido fuera, listo para aplastar a Ramirez contra el suelo pero cuando he llegado, Scarlett estaba en sus brazos y él la ha besado, joder. Lo peor es que a ella parecía darle igual. Al menos no se ha resistido a sus atenciones. Sólo ahora se aparta de él y parece decirle algo que no le hace ninguna gracia. Porque de repente se le ve bastante abatido y casi desesperado al hablarle.

No puedo ver la cara de Scarlett porque está de espaldas a mí, pero aún así he visto suficiente. Ese encuentro a escondidas con su ex explica, por lo visto, por qué no ha querido hablar conmigo ni ayer, ni anteayer, ni hoy. Al mensaje que le mandé solo me ha contestado que se pondría en contacto conmigo cuando estuviera lista. Lo que me dirá entonces me lo imagino después de esta jugada. Que esté aquí acurrucada con su ex no pega en absoluto con aquello de que no cree en las segundas oportunidades, pero quizá lo dijo para engañarse a sí misma.

Furioso y decepcionado, vuelvo al vestuario dando zancadas y activo el piloto automático. Ahora tengo que concentrarme en este maldito partido. No tengo tiempo para sentimentalismos.

—¿Todo bien? —pregunta Kingston cuando abro de golpe mi taquilla y tiro mis cosas al banco—. ¿Dónde estabas?

—Tomando aire libre —gruño—. Estoy de puta madre. Nunca he estado mejor.

—¿Has…?

—Perdona, pero quiero concentrarme. Hablamos luego, amigo —le corto y me encasqueto los auriculares.

Sin esperar su respuesta, elijo en el móvil mi lista de reproducción prepartido más agresiva y la pongo al volumen máximo, de modo que mi cerebro queda inundado por unos beats de hiphop brutales y todo a mi alrededor se desvanece.

Cuando media hora después salimos del vestuario hacia el campo, me he recompuesto a medias, aunque aún no estoy al cien por cien. Me saca de quicio no poder controlar mi estado de ánimo ni desconectar este asqueroso sentimiento de desesperación y decepción.

¿Qué demonios me pasa? Antes de *Scarlett* ya llevaba una vida de puta madre y la llevaré también *después* de ella. No ha cambiado nada, salvo que hemos pasado algo de tiempo juntos y lo hemos hecho una vez. No puede ser que eso tenga un impacto tan bestia en mí.

De mal humor, me caliento en el campo, dividido por la línea de las 50 yardas entre los equipos y evito mirar hacia la banda, donde Scarlett y su equipo probablemente están grabando a pleno rendimiento.

Justo cuando lanzo un pase a Ace, otro balón me da en el hombro.

Entrecierro los ojos con fastidio para ver quién es tan inútil como para no saber lanzar un pase en condiciones y me quedo helado cuando Jordan Ramirez trota hacia mí para recoger el balón.

Instintivamente planto el pie encima para impedir que lo coja y se largue.

—¿Yates, esto qué es? —pregunta, quitándose el casco con gesto de desconcierto—. ¿Tienes algún problema?

—Sí. Contigo —respondo frío.

—¿*Conmigo*? —su voz suena sorprendida mientras se acerca y me mira inquisitivo—. ¿Por qué?

—Has hecho daño a alguien que me importa, maldito gilipollas. ¿Cómo eres capaz de mirarte al espejo después de esa jugada cobarde, ¿eh?

—¿De qué coño estás hablando?

Dos jugadores de su equipo vienen corriendo hacia nosotros, pero Jordan los despacha con un gesto enérgico de la mano. Yo hago lo mismo cuando inmediatamente después se acercan tres jugadores de los *Hornets*. Esto solo nos incumbe a él y a mí.

—¿Entonces? —apremia Jordan cuando volvemos a estar a solas —. ¿Qué pasa?

—Hablo de Scarlett. No solo la redujiste a su entrepierna y la dejaste tirada en el momento más duro de su vida. No, además la abandonaste cuando tus fans y los medios la hicieron trizas y la llamaron cazafortunas. Te quedaste ahí, con el rabo entre las piernas, en lugar de decirle al mundo la verdad y proteger a la mujer a la que dices amar.

—¿Tú… tú sabes eso? —acierta a decir, sin aliento.

—Parece que sí.

Jordan me mira, atónito, pero entonces su expresión cambia y a sus ojos asoma el gesto de quien ata cabos.

—¡*Tú* eres!

—¿*Qué*? —pregunto, desconcertado—. ¿*Qué* soy?

—El nuevo de Scarlett. *Tú* eres la razón por la que no quiere darme una segunda oportunidad.

¿Perdona? En mi rabia paso por alto la parte que en circunstancias normales me habría calmado y, en cambio, me lanzo a degüello contra el origen de mi furia.

—*Tú* dejaste a Scarlett, capullo. *Tú* pusiste a vuestros hijos inexistentes por delante de la madre de esos hijos y la rechazaste por puro egoísmo, en vez de dejar tus mierdas en segundo plano y estar ahí para ella cuando más te necesitaba. ¿Y ahora lloriqueas por

eso y te quejas de que ya no te quiere? ¿Estás completamente mal de la cabeza, tío?

Jordan da un paso hacia mí y me agarra del jersey. El movimiento es tan rápido que no lo veo venir.

—¿Te la estás tirando? —sisea entre dientes apretados.

Le sujeto las manos y aprieto con fuerza. Puede que él sea el maldito quarterback, pero yo soy el más fuerte de los dos y no dudaré en romperle las manos si se atreve a seguir tocándome.

—Sí. En todas las putas posturas del Kamasutra. No tienes ni idea de cómo me corro dentro de ella cuando gime mi nombre alto y sucio.

El rugido furioso de Jordan resuena en mis oídos cuando se me echa encima y me tira al suelo. Me arranca el casco y arma el puño para reventarme la cara pero yo me aparto, lo revuelco de espaldas y me siento encima con todo mi peso. Todo ocurre tan rápido que no pasan ni cinco segundos.

—¿Estás buscando la muerte, Ramirez? ¿De verdad crees que puedes conmigo? Te reviento antes de que consigas darme siquiera un golpe, pringado.

La voz me tiembla de rabia y me cuesta toda la fuerza de voluntad no dejarlo hecho polvo ahí mismo. Ni idea de qué habría pasado, ni cuánto habría tardado en perder el control, si los jugadores alrededor no nos hubieran separado justo en ese momento. Así que el cobarde se va vivo una vez más. Suerte para él. Mala suerte para mí.

SCARLETT



Nunca en mi vida he deseado que un partido de la NFL termine antes siquiera de empezar. Pero hoy sí.

No doy crédito cuando veo a Jordan y a Onyx discutir en el centro del campo y, de pronto, lanzarse el uno contra el otro, mientras miles de personas en el estadio y millones de aficionados frente al televisor lo contemplan.

Aunque no puedo oír de qué discuten, sé que se trata de mí.

¡Mierda!

—Esto es legendario —murmura Jack a mi lado, con la cámara clavada en la escena para inmortalizarla.

—Esto es un desastre —le rebato, horrorizada, mientras veo cómo varios jugadores que acuden corriendo separan a los dos gallitos.

Los entrenadores principales de ambos equipos son llamados junto al árbitro principal, y se enciende un acalorado debate sobre cómo piensan manejar la situación.

Que jugadores de equipos rivales se enzarcen durante un partido pasa más a menudo de lo que uno cree. Que se líen ya durante el calentamiento es la excepción y requiere una buena aclaración.

Onyx y Jordan son llamados con los entrenadores y el árbitro, probablemente para que den explicaciones. Ojalá pudiera hundirme bajo tierra, porque en nada todo el mundo se enterará de que *yo* soy la razón de su enfrentamiento. Para mi sorpresa, nadie mira hacia mí. Ni siquiera cuando mandan de vuelta a Onyx y a Jordan.

¿Qué significa eso?

Siento las piernas inquietas y, por un momento, hasta valoro seriamente la absurda idea de salir corriendo al campo y preguntarles. Me contengo y me esfuerzo por mantener la fachada profesional. Al menos durante lo que dure el partido que está a punto de empezar.

—¿Habrá sanción? ¿Tú qué crees? —pregunta Elias, sacándome de mis pensamientos más panicosos.

—Difícil decirlo. Si la hay, será para ambos equipos pero probablemente se quedará en una advertencia.

—¿Qué crees que se estaban echando en cara?

—Creo que se trataba de mí —susurro, apenas audible. No quiero mentirle a Elias. Es un tío majo y un compañero en el que siempre puedo confiar. No sería justo engañarle.

—¿De ti? ¿En qué sentido? —se extraña.

—Es una historia larga que te contaré en otro momento, si te parece, porque tiene pinta de que va a empezar ya.

Elias me escruta, pero asiente.

—De acuerdo. Lo aplazamos y nos centramos en las tomas.

Me voy al borde exterior del campo, porque Jack y Wesley saben qué hay que hacer sin mí, y me concentro en el partido que se avecina. Aunque no participe activamente en filmarlo, tengo que tomar notas para, después, poder señalar y comentar las escenas más importantes del episodio del documental y solicitar las entrevistas adecuadas.

La distracción me viene bien, y cuando el partido termina, tras unas dos horas, con una clara victoria de los *Hornets*, me he recompuesto más o menos y estoy lista para plantarme delante de Onyx y preguntarle qué significó el encontronazo con mi ex.

Antes de ir con mi equipo a la rueda de prensa de los *Hornets* y pedir entrevistas individuales a algunos jugadores, le escribo un mensaje y le pido que nos veamos luego.

Cuando, hora y media después, por fin salgo del estadio, Onyx ya se ha ido. Al menos, su coche, un elegante Porsche GT3, ya no está en el aparcamiento. Abro el chat del móvil, frunciendo el ceño, para

ver si me ha respondido, pero no hay nada. Eso sí, los dos ticks azules detrás de mi mensaje confirman que lo ha abierto y leído.

Qué raro.

¿Por qué me ignora?

Se me instala un mal presentimiento en la boca del estómago y me planteo llamar a Onyx sin más. La razón se impone a la tormenta de emociones y decido, primero, irme a casa, servirme una copa de vino y darme un baño para calmarme. Luego, dormiré una noche y mañana pensaré cómo quiero gestionar la situación, de la que ni siquiera conozco los detalles.

En mi cabeza suena a buen plan, y rezo para que no fracase en la ejecución.

Cansada y molida, me arrastro hasta mi coche y agradezco que, al cabo de un rato, por fin llego al aparcamiento de mi edificio y me separan solo unos cuantos pisos de mi casa. Me quedo de una pieza cuando, poco después, se abren las puertas del ascensor en mi planta y a Onyx ante la puerta de mi piso lo descubro.

—Hola… ¿cómo has entrado? —pregunto, sorprendida.

—El hombre de recepción es fan de los *Hornets* y me ha creído cuando le he dicho que no pienso hacerte daño.

Alzo una ceja, escéptica.

—¿Ah, sí? ¿También después de lo del campo hoy? ¿Qué ha pasado ahí?

Onyx se mete las manos en los bolsillos y mira al suelo, imperturbable.

—¿Lo hablamos en el rellano o me dejas pasar?

—No sé si es tan buena idea —digo, titubeante, porque su aparición me ha descolocado por completo.

—¿Por qué no? ¿Esperas visita? ¿A tu ex, por ejemplo? —lanza Onyx, con una dureza en la voz que corta el aire.

—¿Por qué iba a invitar a Jordan a mi casa?

—Quizá porque hoy en el aparcamiento estabas de lo más acaramelada con él.

Ajá. Por ahí van los tiros. Ahora me cuadran muchas cosas. Kingston debe de haberle contado a Onyx que quedé con Jordan, y Onyx fue a comprobarlo por sí mismo y nos vio juntos.

—He quedado con él, sí. Pero no para acurrucarme —aclaro a Onyx.

—¿Entonces para qué?

—Para decirle que voy a hacer pública mi diagnóstico y también que fue el motivo de nuestra ruptura, pero no para perjudicarle, sino porque puedo implicarme de forma más eficaz en la prevención y divulgación del cáncer si la gente sabe que yo misma soy una afectada.

—¿Y eso fue motivo para que te besara, o qué?

Onyx alza la voz y veo lo mucho que le remueve, por lo que abro la puerta y le invito a entrar.

—Sigamos dentro, ¿sí?

23

ONYX



Scarlett cierra la puerta a mi espalda y señala su salón. El mismo salón en el que hace no siquiera dos semanas estuvimos peligrosamente cerca el uno del otro. Es raro volver aquí ahora, en estas circunstancias.

—Por favor. Siéntate. ¿Quieres beber algo?

—No —replico—. Prefiero una respuesta a mi pregunta.

Scarlett se deja caer a mi lado en el sofá y apoya un codo en el respaldo. Me observa pensativa y me muero por saber qué le pasa por la cabeza. Parece cansada y exhausta. Como si *ella* hubiera estado hoy en el campo contra Alabama y no yo.

—Jordan y yo estuvimos juntos mucho tiempo y no nos separamos porque se nos acabara el amor, sino porque el amor de Jordan no fue lo bastante grande para afrontar conmigo este desafío de salud. Lo que has visto han sido dos personas lamentando lo que un día tuvieron, sabiendo que ya pertenece para siempre al pasado.

Aspiro aire con un silbido ante las palabras desinteresadas de Scarlett y lo dejo salir con ruido.

—Eso suena como si te atribuyeras parte de la culpa por esa ruptura, Scarlett. Y la culpa es solo de Ramírez. Y ese *desafío* del que hablas era cáncer. Podrías haber muerto; aún podrías. Una persona que afirma quererte no te abandona en una situación así. Al contrario: en una situación como esa se ve si es amor de verdad. Y, por lo que yo veo, Ramírez no es más que un egoísta charlatán que se baja los pantalones cuando se pone serio.

—¿Se lo *dijiste* en el campo?

Aprieto los labios y asiento con cautela.

—Eso y… un par de cosas más.

—¿Qué cosas?

—Cosas, sin más —me escaqueo y cambio de tema a toda prisa —. ¿Vas a darle otra oportunidad? En el aparcamiento parecía que te quería. Cuando me ha cogido del cuello en el campo, ya estaba seguro de que te quería. De que *a ti* te quería.

Miro a Scarlett directamente a los ojos e ignoro el latido desbocado de mi corazón, que teme su respuesta.

—Es verdad que quiere una segunda oportunidad. Pero no se la voy a dar.

¡Gracias a Dios! Se me escapa un suspiro de alivio y noto cómo me relajo visiblemente con su declaración.

—Le he dicho que hay alguien en mi vida a quien me gustaría conocer mejor. Y que es posible que dentro de poco salgan fotos de nosotros, porque tengo intención de pasar tiempo con esa persona. También en público.

El corazón me da un brinco y por un momento me quedo sin aire. ¿Está hablando de… *mí*?

Me señalo con el dedo, incapaz de decir nada, y Scarlett asiente sonriendo.

—Mañana voy a hacer una declaración sobre mi historial médico, que también incluirá mi ruptura con Jordan. Después hablaré con Jim y con el jefe de *Summit* y les diré que me gustas mucho y que si habría algún problema para ellos si a partir de ahora paso más tiempo contigo.

—Eso… eso es… —balbuceo completamente abrumado.

—¿Un riesgo? Sí. Pero merece la pena. *Tú* lo mereces. Claro que solo si tú todavía quieres.

Tiro de Scarlett con ímpetu hacia mí y la aprieto contra mi cuerpo.

—¿Bromeas? Claro que quiero. Más que nada en el mundo, joder.

—Vale —murmura contra la tela de mi camiseta—. Pero antes deberíamos hablar de algo.

—Lo que quieras —respondo, soltándola—. Dime qué te preocupa.

—Hijos. No voy a poder dártelos en un futuro cercano. La inmunoterapia puede ser perjudicial para la fertilidad y la posibilidad de metástasis o incluso de una recaída sigue ahí. Si hiciera falta quimio…

—Me importa una mierda —la interrumpo con energía—. Yo te quiero a *ti*, Scarlett, no tu útero.

—Eso lo dices ahora…

—Lo digo ahora y para siempre.

—Hasta hace unas semanas también decías que nunca querrías una relación y, de repente, todo cambió… —apunta.

—Porque te conocí *a ti* y me enamoré de ti —confieso y la subo a mi regazo—. Has cambiado mi vida. Me has… *cambiado* a mí.

—¿Y si dentro de unas semanas o meses vuelves a tener una revelación y esos hijos que ahora te dan igual, de pronto los quieres a toda costa?

—Eso no va a pasar.

—Eso no puedes saberlo.

Exhalo con ruido y echo la cabeza hacia atrás.

—Onyx… te creo que quieres de verdad esto, pero, ¿puedes entender también mi postura? La ruptura con Jordan casi me destroza y no tengo fuerzas para pasar por eso otra vez, contigo…

Los miedos de Scarlett son comprensibles, pero también totalmente infundados. Yo no soy como Ramírez. Y no lo seré jamás.

Busco la mirada de Scarlett y le acaricio la mejilla con el pulgar.

—¿Qué puedo decir o hacer para convencerte?

—Nada, supongo —susurra, y traga al comprender que desea una garantía utópica, porque en la vida no hay garantías. Es un cambio constante al que hay que enfrentarse y adaptarse.

—La diferencia entre aquella situación y esta es que ahora sé tu diagnóstico y, aun así, te elijo conscientemente. Soy consciente de los riesgos y aun así quiero esto. Te quiero a *ti* igualmente. Deseo que dure para siempre. Puedo prometerte que haré todo lo posible. Cada día, de nuevo. Pero una garantía no puedo darte. Nadie puede dártela.

—Tienes razón —murmura Scarlett, jugueteando con su collar.

—La vida es una apuesta, nena. Es de los valientes. Así que sé valiente y danos una oportunidad. No permitas que el miedo a que quizá no dure te robe todos los momentos preciosos que podríamos vivir juntos. Cree en ti. En mí. En… *nosotros*.

—Vale —susurra con una leve sonrisa.

—¿Vale? —me aseguro.

Asiente.

—Sí. Vale.

La cadena de hierro frío, ceñida como un lazo corredizo a mi corazón, se hace añicos con las palabras de Scarlett y por fin puedo volver a respirar hondo y libre. Un resplandor cálido se expande en mi pecho. Como si la luz, tras una larga etapa de oscuridad, por fin regresara. El miedo a que Scarlett me rechazara y se decantara en contra de nosotros cede ante la dulce certeza de que confía lo suficiente en mí como para darnos una oportunidad.

—Ven aquí —la atraigo de nuevo a mis brazos, la sujeto con fuerza y apoyo la cabeza en el hueco de su cuello, donde inspiro hondo su olor a caramelo y canela—. Eres muy importante para mí. Nunca habría pensado que diría esto de una mujer, pero has despertado en mí algo que ni siquiera sabía que tenía. *Tú* eres la razón por la que, de repente, todo encaja. Eres la mujer de mi vida. Y aunque no pueda explicarlo con palabras, nunca he estado tan seguro de algo.

Deslizo la nariz por su cuello y la beso suave antes de empezar a mordisquear juguetón su piel delicada.

—¿No estás demasiado cansado para esto? —pregunta Scarlett, jadeando, cuando mis manos encuentran sus pechos y los aprietan explorándolos.

—¿Y tú lo estás? —contraataco entre dos besos.

—No. Creo que ahora lo necesito…

—Yo también —confieso y le quito la camiseta por la cabeza. Luego desabrocho los corchetes de su sujetador y le bajo los tirantes de los brazos—. Dios, qué guapa eres. Infinita, insoportablemente guapa.

Le rodeo los pechos desnudos, los junto y me meto los dos pezones a la vez en la boca para chuparlos. Scarlett gime y se arquea hacia mí, dispuesta. En segundos, mi polla se hincha hasta su tamaño máximo y late impaciente contra la cremallera.

—Quítate los pantalones —le ordeno, y observo con la mirada velada de deseo cómo se desliza de mi regazo, se quita de un toque los tacones y se baja torpemente los vaqueros de las caderas. Cuando lleva las manos a las finas tiras laterales de su tanga para quitárselo también, pongo mis manos sobre las suyas y le indico que esa parte me toca a mí.

Engancho los dedos en los bordes laterales de su tanga y se lo bajo despacio, disfrutando de cómo voy dejando al descubierto su coño depilado y de cómo las piernas de Scarlett empiezan a temblar de excitación.

—Aquí hay alguien que quiere que la laman, ¿eh? —ronroneo y alzo la vista hacia ella—. ¿Quieres cabalgarme la cara?

Asiente.

—Sí —exhala, sin aliento de deseo—. Muchísimo.

La agarro por la parte trasera de los muslos y la atraigo de un tirón hacia mí, de modo que su coño queda justo delante de mi boca.

—¿Así?

La saboreo con un lametón a lo largo de su raja y, con la lengua bien dentro de su coño, siento cómo se estremece.

—Sí —jadea—. Justo así.

—Entonces enséñame tu dormitorio. Vamos.

Me pongo en pie y contemplo, maravillado, a la mujer preciosa que se me ofrece completamente desnuda mientras yo sigo totalmente vestido. Brutal.

—Llévame.

Posesivo, le coloco la mano en la espalda.

La sigo con el corazón golpeando y la polla palpitando de emoción por el salón y el pasillo hasta un dormitorio muy femenino y de buen gusto que le va como un guante a Scarlett.

Se gira hacia mí sonriendo y se acurruca contra mí como una gatita mimosona.

—¿Puedo desnudarte? —susurra, llevándose las manos al cinturón—. Me gustaría tocarte.

—No necesitas mi permiso para eso, nena. Mi cuerpo es tuyo. Puedes usarlo cuando quieras.

Scarlett me mira con las mejillas encendidas y traga.

—Espero que sepas dónde te metes con esa oferta.

—No es del todo desinteresada, créeme.

Sonrío y me desabrocho la camisa para ir más rápido mientras Scarlett me abre el pantalón y me lo baja.

—En el bolsillo de atrás tengo un condón. Deberíamos dejarlo preparado ya. Tengo la sensación de que, si no, luego se nos olvida —la prevengo, siguiendo con fascinación cómo lo saca de mi bolsillo, lo abre, me agarra la polla con un brillo hambriento en los ojos y me lo coloca.

Solo ese contacto me pone a mil. Me encantaría tirar a Scarlett en la cama ahora mismo, entrar en ella de un golpe y follarnos hasta perder la cabeza, pero le he ofrecido algo y voy a cumplirlo.

Le tomo la mano, voy a la cama y me tumbo.

—Siéntate en mi cara —la tiento, acomodándome una de las almohadas.

Scarlett me mira con las mejillas teñidas y se sube al colchón. Coloco las manos en sus nalgas redondas y firmes y la acerco hacia mí.

—No seas tímida. Sé una chica mala y frótate en mí.

—¿De verdad te parece bien? —pregunta, insegura.

Suelto una risita.

—¿Que si me parece bien lamerle el coño a mi novia? Sí, diría que sí, Scarlett.

—No seas bobo —ríe—. Es que no estoy acostumbrada a que un hombre sea tan… *desinhibido*.

—Nena, si de verdad crees que lamerte el coño mientras te sientas en mi cara y gimes como si te fuera la vida es ir sin frenos, vas a descubrir conmigo un mundo completamente nuevo —digo, incrédulo.

¿Qué coño ha hecho Ramírez con esta mujer? O mejor dicho… ¿qué no ha *hecho* con ella? Se me ocurren infinidad de fantasías

sucias y prohibidas que pienso vivir con ella si también quiere. Lamerla no es ninguna de ellas, porque forma parte del programa básico de mimos con el que debería empezar y acabar cada día. ¿Qué hombre deja salir por la mañana a una mujer de ensueño como Scarlett Lane sin haberla dejado bien satisfecha antes? ¿Y qué idiota la deja dormirse sin correrse? Es lo mínimo que un hombre debería ofrecerle a su mujer.

—¿Puedo ya, por favor, por favor, lamerte el coño? —ronroneo excitado, atrayendo a Scarlett hacia mí—. Me muero de hambre. Ven y sálvame.

Scarlett cede y se arrastra sobre mí. Abre sus muslos a ambos lados de mi cabeza y deja que su pelvis baje con cuidado sobre mi cara.

Joder, sí. Así me gusta.

Clavo las manos en sus nalgas y hundo la lengua con ansia en su centro caliente y húmedo, lo que arranca a Scarlett un gemido indefenso. Normalmente iría poco a poco, pero me pone tan cachondo esta mujer que no puedo contenerme y le como el coño tan rápido, tan profundo y tan a fondo que no pasan ni dos minutos antes de hacerla correrse.

Grita, gime, suelta tacos y me llama, desvalida. Pero no me basta. Sigo. La lamo sin descanso, no la suelto y la obligo a correrse por segunda vez. Y luego, con ayuda de mis dedos, que entran rítmicamente en su centro empapado, una tercera.

—No puedo más —jadea, exhausta—. Por favor… yo… yo puedo no aguanto más.

—Sí que puedes, tranquila —digo, imperturbable, y la aparto con cuidado de mi cara—. Ponte a cuatro. Si te tiemblan los brazos, apóyalos en el colchón.

—Onyx, yo…

—Pssst… muy tranquila. Ahora te van a follar como te mereces. Como a una reina.

Me coloco entre sus muslos temblorosos, apoyo mi polla en su entrada y me hundo en ella con un gemido alto y satisfecho. Esa es la ventaja de tres orgasmos y un coño relajado. Te hundes sin esfuerzo en el paraíso del pecado.

Scarlett gime cuando estoy hasta el fondo y la lleno por completo. Apostaría a que Ramírez necesitaba menos espacio para su polla flácida. Me encantaría llamarlo ahora y que oyera lo mucho que a su ex le pone que yo me la folle. Me tienta grabarlo y mandárselo como audio para que pueda escucharlo una y otra vez, pero me contengo y me centro en lo único que importa: Scarlett.

—Agárrate, que empiezo a dar empujones —la aviso, y me salgo de ella solo para volver a empujar dentro de inmediato.

—Joder —gimo, incrédulo—. No pienso hacer nunca otra cosa. Nos —embisto otra vez—… quedamos aquí y follamos hasta el fin de nuestros días.

Me hundo en Scarlett a un ritmo cada vez más rápido y tiro por la borda mi plan de tomarla en otras posturas. No puedo. No en la primera ronda.

—Más rápido —exige Scarlett, arqueando la espalda—. ¡Más rápido!

—¿No decías que no podías más? —la pico entre dientes apretados—. ¿Y ahora lo quieres más rápido?

—Sí —susurra, más un gemido feliz que una respuesta a mi pregunta.

—De acuerdo. Lo tendrás más rápido y, como soy tan majo, también más duro. El paquete completo de Onyx. Solo para ti.

Una chispeante satisfacción se expande en mí cuando cumplo su deseo y ella lanza por la borda todas sus inhibiciones, entregándose a mí entre blasfemias en voz alta.

—Onyx…

—Así es, nena. Eres mía. Sé una niña buena y que se entere todo el mundo. Di mi nombre. Quiero oírlo.

—Onyx… —lo repite y empieza a temblar por todo el cuerpo. Está a punto.

—Si pudieras ver lo que veo… lo hondo que estoy dentro de ti. Lo brutal que se ve meterte la polla y oír cómo tu coño chorreante me la exprime con ansia. Me voy a correr tan fuerte dentro de ti que no voy a poder controlarme. Así que perdóname si despierto a tus vecinos con mi orgasmo y te toca buscarte piso nuevo.

Embisto a Scarlett tan fuerte y con tanta energía que me mareo y el pulso me late más rápido que durante todo en partido de fútbol de hoy.

La caza del orgasmo ha empezado y ya no hay quien la pare. Los gemidos de Scarlett me espolean y los espasmos de su centro alrededor de mi polla son más de lo que puedo soportar.

Noto que me corro y que ya no puedo aguantar más. Con las últimas fuerzas, me inclino sobre mi deslumbrante novia y apoyo una mano en el colchón, mientras con la otra encuentro el botón de Scarlett y lo masajeo al ritmo de mis embestidas.

Basta para hacer que mi reina despegue conmigo. Se le escapa un sollozo liberador y se desmorona bajo mí. Le subo otra vez las caderas, sigo clavándome en ella y la obligo a surfear la ola de su clímax hasta el final, aunque la rompa en dos y a mí con ella.

Si alguna célula de su cuerpo seguía programada para Ramírez, ahora, como mínimo, ya está irreversiblemente sintonizada conmigo.

—Lo has hecho muy bien —alabo a Scarlett, incorporándome sin aliento y dejándome caer a su lado—. Ahora descansamos unos minutos y luego seguimos.

—¿*Seguir*? —pregunta, incrédula y jadeando—. Imposible.

Mi mano le recorre la espalda. Mi dedo índice baja suave por su columna hasta su precioso culo, cuya hendidura explora.

—Te quedan dos agujeros de los que no me he ocupado todavía. Y como bien sabes, no hay dos sin tres.

—Onyx…

—Pssst. —La beso y la hago callar—. Sé que la elección es difícil. Por eso vamos a hacer las dos cosas. Y como soy tan buen tipo, puedes elegir de cuál de tus agujeros me ocupo primero.

SCARLETT



UNAS SEMANAS DESPUÉS

Te recojo a las catorce. Qué ganas.
Sobre todo de la fiesta de pijamas después.
x Onyx

Dejo el móvil sonriente sobre la repisa del baño y me desvisto. Hoy es el día de las familias de los *Hornets.* Un día en el que los jugadores, el personal y sus familias se reúnen en el estadio y pasan una tarde tranquila con barbacoa, juegos divertidos, pintacaras, música y charlas.

El equipo de rodaje y yo grabaremos un poco y luego apagaremos las cámaras para unirnos. A estas alturas nos sentimos parte íntegra del equipo y así nos tratan. Supongo que eso es precisamente lo que forma la magia invencible de los *Hornets*: su espíritu de equipo y su unión únicos.

Los *Hornets* se consideran una *ohana*, que es la palabra hawaiana para familia. Y estoy agradecida de poder pertenecer a esta familia.

Hoy es un día doblemente especial para mí, porque voy a conocer a la familia de Onyx, que ha volado desde el continente expresamente para este evento. Que él y yo estamos saliendo no es ningún secreto desde hace unas semanas. No lo hemos anunciado en público, pero nos han visto juntos. Varias veces. Cuando volvimos a cenar en mi *food truck* de gambas favorito. Cuando probamos el *food truck* de gambas favorito de Onyx en la North Shore. Corriendo por la playa. Tomando matcha en el paseo marítimo. Ha habido muchas citas y, con ellas, muchas ocasiones de que nos pillaran con la cámara. Cuando nos preguntaron, confirmamos nuestra relación sin entrar en detalles. Renunciamos a las entrevistas. Así que ya ha salido a la luz y, tras pasarse los medios dos semanas dándole vueltas al tema y después de que los chicos del equipo le echaran la bronca a Onyx, poco a poco ha vuelto la calma.

Jim Henderson fue de las pocas personas que lo supieron antes de que llegara al público. Para mí era importante. Y, para mi sorpresa, celebró la noticia casi de forma exagerada. Su argumento fue que su chico problemático, Onyx, por fin se calmaría y dejaría de darle la lata, y que los chavales enamoraditos volverían a centrarse en el deporte en lugar de en la mujer del micrófono.

No contaba con tanta euforia, pero demuestra una vez más que no hay que comerse el coco por problemas que aún no existen, porque a menudo todo acaba siendo distinto de como imaginamos.

Y en cuanto a la familia de Onyx… pues no se podían creer que su niño de oro y confeso soltero empedernido tuviera por fin novia. Y encima una a la que conocen. Porque, como resultó, la hermana mayor de Onyx, Viola, me sigue en redes sociales desde hace unos años.

Le pregunté a Onyx si no le parecía pronto para presentarme a su familia, a lo que respondió con un *no* tan rotundo que me mordí la lengua y no volví a insistir. Él realmente quiere esto conmigo. Me lo deja claro, día tras día, de forma inequívoca.

Para tener poca o ninguna experiencia en relaciones, está sorprendentemente implicado. Quizás también se deba a que no para de preguntarles a sus colegas qué les encanta a las mujeres, qué les importa y con qué se les puede hacer ilusión. No es que le espíe. Lo sé por Tessa, que me lo contó entre risitas en una de nuestras quedadas.

Gracias a Onyx, las cicatrices que dejó la ruptura con Jordan están prácticamente curadas. Apenas las noto ni las veo. Onyx me ha devuelto el amor y la confianza en mí misma que perdí el año pasado. Me ha demostrado que merezco que me quieran y que no soy mercancía defectuosa. Me ve como una persona plena y, sobre todo, ve en mí lo que *soy* y no aquello en lo que le gustaría que algún día me *convirtiera*.

Con nuestra relación he comprendido de verdad la creencia de que todo en la vida sucede por una razón y de que la vida trabaja *a favor* y no *en contra* de uno. Con él florezco. Puedo simplemente ser *yo*. Nos reímos mucho, hacemos el tonto, nos tomamos el pelo y nos amamos con tanta pasión y desinhibición que me pregunto cómo he

aguantado todos estos años sin tanto sexo y tan satisfactorio. Hasta acurrucándose, este hombre es un auténtico campeón.

Es una locura lo que puede pasar en un año. El año pasado por estas fechas pensaba que quizá me iba a morir pronto y vivía con miedo constante. Y ahora… ahora solo estoy agradecida y feliz.

Abro el grifo, me meto bajo la ducha y cierro los ojos para que el agua fresca alivie mi piel acalorada. La última hora la he pasado haciendo entrenamiento de cardio y, en consecuencia, estoy sudada y agotada. No muy lejos de mi apartamento hay un gimnasio muy guay que ofrece cursos loquísimos con música genial. Es justo lo mío, por eso me apunté allí poco después de mudarme.

Buscando a tientas mi gel de ducha, me enjabono y me quedo helada cuando mis dedos topan con un bulto en el pecho. Me obligo a mantener la calma y a respirar hondo antes de volver a pasar la mano por la zona inquietante y palparla con cuidado, mientras intento en vano ignorar los latidos desbocados de mi corazón. Me ducho al menos una vez al día y siempre me enjabono siguiendo el mismo patrón. Así que ese bulto me habría llamado la atención sí o sí, pero no ha sido así, lo que significa que es nuevo.

Por mi trabajo de divulgación sé que puede significar todo y nada. Una cosa, sin embargo, es segura: tengo que hacer que lo revisen. Y cuanto antes.

Con las manos temblorosas, me enjabono también el resto del cuerpo, antes de lavarme el pelo y salir de la ducha con las piernas flojas.

—Tranquila, Scarlett. No entres en pánico —me reprendo y me obligo a mantener los nervios a raya.

Hoy es sábado. La consulta de la doctora Miller está cerrada, como cualquier otra. Podría ir al hospital, claro, pero la pregunta es si allí harían pruebas de control de este tipo en fin de semana. Probablemente me dirían que volviera el lunes. Y como el lunes también abre la consulta de la doctora Miller, decido llamar a primera hora y pedirle que me recomiende una buena ginecóloga. Mi ginecóloga hasta ahora ejerce en Los Ángeles y, por un quizá falso alarmismo, volar el lunes sin más al continente, si es que pudiera conseguir cita tan rápido, sería un poco exagerado.

—Vale, Scarlett. Le prestamos atención al asunto solo si hace falta. Hasta entonces, todo sigue como siempre —me ordeno no dirigir mi energía a un escenario que de facto aún no existe y que quizá ni llegue a existir. Por supuesto, este bulto puede significar algo, pero también puede perfectamente no ser nada. De hecho, es incluso más probable que no sea nada, porque en mi resonancia magnética, de hace apenas unos meses, no se detectó ningún tumor ni nada por el estilo.

Apoyo las manos en el borde del lavabo y me miro en el espejo. La preocupación se me nota en la cara a leguas. Así no puedo subir al coche de Onyx. Lo va a notar al instante. Como está tan ilusionado con este día, no puedo permitirme estropeárselo. Tengo que recomponerme y ser fuerte. Por él. Y también por mí.

Inspiro hondo. Luego suelto el aire.

—Vamos. Puedes con esto —me doy ánimos y le planto cara al miedo. Lo consigo sólo a medias y noto cómo los fríos dedos de la incertidumbre emergen de lo más hondo de mi alma e intentan aferrarse a mí.

¿De verdad va a volver a empezar todo desde cero? Justo ahora que por primera vez en mi vida soy totalmente y de verdad feliz. Vaya mal momento y vaya juego pérfido. Casi demasiado cruel y trágico para ser cierto.

Pero solo casi…

25

ONYX



—Cariño, ¿estás segura de que te encuentras bien? —le susurro a Scarlett cuando mis padres se van con mi hermana, su marido y su hijita al puesto de barbacoa para coger unos perritos calientes—. Te noto tensa. ¿Te preocupa mi familia? Te adoran, Scarlett…

Mi novia niega con la cabeza y sonríe, pero no le llega a los ojos. Algo no va bien, por mucho que lo niegue.

—Está todo bien. De verdad. Solo estoy un poco cansada. La semana ha sido larga y dura. Y las noches contigo, más bien cortas.

La observo con escepticismo sin saber qué pensar. Scarlett y yo acordamos ser abiertos y sinceros el uno con el otro. Decirnos cuando algo nos molesta o no nos gusta. Por eso no quiero creer que me esté ocultando algo y rompiendo la regla de oro de nuestra relación. Por otro lado, a estas alturas la conozco muy bien y nunca la había visto comportarse como hoy.

Está inquieta, nerviosa y ausente. Puede que a los demás, como por ejemplo a mi familia, no les llame la atención, porque Scarlett eclipsa sin esfuerzo a cualquiera con su presencia y su aura, pero para alguien que casi todos los días se duerme a su lado, despierta con ella y, entre medias, la lleva con regularidad a las nubes, es evidente.

—¿Es por Grace? ¿Por la hija de mi hermana? —aventuro, porque Scarlett ha pasado mucho rato sentada y jugando con ella y con mi hermana.

Quizá eso le ha recordado cuánto le gustaría ser madre y que ese deseo tendrá que esperar un tiempo. O le ha preocupado que la presencia de Gracie me siembre dudas sobre nuestra relación, ya que ahora mismo no sabemos si tendremos hijos y cuándo.

—Cariño, te dije que te he elegido porque te *quiero a ti*. Te quiero por lo que eres y no por lo que puedas darme algún día o no. Eso no ha cambiado. Y no cambiará. No necesito hijos para sentirme completo. Para eso me bastas tú —le aseguro.

—Lo sé —susurra, acariciándome el pecho con suavidad—. No te comas la cabeza. Todo está bien.

—Entonces, ¿no tiene que ver con Grace que te estés comportando de forma tan rara? —insisto.

—Siento que te dé esa impresión. Es que estoy cansada y agotada. Solo eso.

Le alzo la barbilla para mirarla bien.

—¿Nos vamos a casa? ¿Quieres tumbarte un rato?

Scarlett niega con la cabeza.

—No, qué va. Te hacía mucha ilusión este día y pasar tiempo con tu familia. No quiero fastidiártelo.

—No me fastidias nada. Si no te encuentras bien, nos vamos a casa y…

—No, Onyx —me corta, de pronto bastante irritada—. Estoy bien. Me pillo un café y en nada estoy despejadísima. Quizá mientras tanto quieras echar un ojo a tu familia, ¿eh?

Desorientado, la miro por tras ella y me pregunto si estoy interpretando demasiado donde no hay nada. ¿Y si Scarlett de verdad está simplemente agotada? Ha trabajado duro y hasta tarde esta semana y, si pienso en cuántas horas de sueño le he robado porque no me sacio de ella…

Mierda. Igual debería bajar dos marchas mi impulso sexual y conformarme con una vez en lugar de tres al día. Aunque… Scarlett nunca ha dado la impresión de que sea demasiado. A menudo la iniciativa parte de ella, lo cual, por supuesto, acojo con total altruismo…

¿Debería ser mi cometido como su novio cuidarla mejor? ¿Tendría que apartarla cuando por la noche se me sube encima y

ordenarle que duerma en vez de montarme?

Me apunto mentalmente plantearles exactamente esta pregunta a los chicos la próxima vez que estemos solos y me reúno, aún dándole vueltas, con mi familia, que justo acaba de recibir sus perritos calientes.

—Me encanta tu novia —me sisea Viola, y suelta una risita—. Estás saliendo con una maldita superestrella.

—Yo también soy una superestrella —digo, molesto.

—¡Qué dices! Anda ya. Eres mi hermano. Eso cuenta más bien poco. —Se ríe y me vuelve a dejar loco con su lógica, que no lo es—. Además, ella es súper normal y natural.

—Es verdad, cariño —dice mi madre y me pellizca la mejilla—. Esos esqueletillos con los que se te veía antes se parecían más a un esqueleto que a una persona.

—A un esqueleto recargado de maquillaje, con las tetas operadas y pestañas más largas que el pelo —se mete mi hermana, descarada.

—Yo también quiero un perro, pero los carlinos me parecen feos —chilla Gracie y le hinca el diente a su perrito caliente.

—Que los carlinos le parecen feos. Ya lo oyes, hermano. —Viola me mira alzando las cejas, haciendo esfuerzos por no reírse.

—Espera a que cumpla diez años más. Entonces todo girará en torno a sus tetas —replico, y me dirijo a mi cuñado—. Eh, Dylan, estarás conmigo en que las tetas son un asunto nada desdeñable, ¿verdad?

Dylan sonríe divertido y se gana por ello un codazo juguetón de su mujer.

—¿Ves? Ya lo decía yo. ¿Dónde está papá?

Busco a mi padre con la mirada y lo veo a unos metros, hablando con la familia de Ace. La sociabilidad, sin duda, la he heredado de él, porque mi padre charla con cualquiera y de lo que sea.

Al poco, Scarlett vuelve también con nosotros, sonriente. Se le nota que se esfuerza por mostrarse suelta y divertida, y sin duda todos se lo compran.

Todos menos yo.

El resto de la tarde no consigo quitarme de encima la sensación de que me oculta algo y, cuando por la noche, al final, me pide que la deje en su casa en lugar de venir conmigo como habíamos quedado, sé a ciencia cierta que algo se trae entre manos.

—Nos vemos mañana, ¿sí? —dice, inclinándose hacia mí para besarme—. Gracias por tu comprensión.

Cierro los ojos y me pregunto si este será el último beso que voy a recibir de ella.

—¿Estás segura de que quieres dormir sola esta noche? Yo puedo portarme muy bien… de verdad —hago un intento patético por no perderla—. Podemos tumbarnos como dos hermanitos y dormir. O acurrucarnos, sin magreos ni, bueno, sexo…

Scarlett se fuerza una sonrisa y me repasa las cejas con el dedo índice.

—Nos vemos mañana en el brunch con tus padres.

—¿O sea que… vas a venir?

—Si es lo que quieres.

Asiento.

—Eres la mujer de mi vida, Scarlett. Por supuesto que quiero.

Sonríe, pero no dice nada, y otra vez esa sonrisa no le llega a los ojos. El destello dorado de las motitas amarillas en sus írides… se ha apagado. ¿Así mira una mujer a un hombre con el que ya no quiere estar?

—Si no te apetece, entonces…

¿Entonces qué? ¿La dejo marchar?

No puedo.

Como mis padres y también mi hermana y su marido trabajan, solo han podido volar para el fin de semana. Para hacerles la estancia lo más agradable posible, les he reservado el mejor hotel de la isla y mañana los llevaré a un brunch en condiciones antes de pasar la tarde en la playa. Scarlett quería venir, pero ahora ya no estoy tan seguro.

—Iré, Onyx. Al fin y al cabo le he prometido a tu hermana que mañana hablaremos del viaje a Francia que ella y Dylan quieren hacer el año que viene. Y como mañana por la noche ya vuelan de vuelta, se nos echa el tiempo encima.

—Podrías llamarla. Puede que mañana por la noche ya no esté en Hawái, pero podríais hablar por teléfono, o… volamos y la visitamos —propongo, entusiasmado, porque esto suena peligrosamente a despedida y final.

—No seas ridículo, Onyx. He dicho que voy a ir. Además, quieren reservar en breve. Lo hacemos mañana. Tal y como quedamos, ¿vale?

Asiento, porque no se me ocurre nada más para aplazar un poco lo inevitable, pero cuando Scarlett agarra el tirador de la puerta, me entra el pánico y le pongo la mano en el muslo para impedir que baje.

—Te quiero —confieso lo que llevo sintiendo mucho tiempo y nunca me había atrevido a decir. Si esta es mi última oportunidad, quiero que sepa lo que siento por ella.

El silencio se instala entre nosotros. Pasa un latido. Dos. Tres.

Al quinto latido sé que no me lo va a devolver. No lo va a decir. Y, paradójicamente, con eso queda dicho todo lo que hay que decir entre nosotros.

Cuando baja del coche y la puerta se cierra tras ella, me despeño. Y sin paracaídas que me salve del golpe seco que me va a partir el corazón.

26

SCARLETT



Por suerte hoy es lunes y por suerte no tengo que estar en el estadio hasta la tarde. Así puedo aprovechar la mañana para aclarar por fin eso que me tiene en vilo desde el sábado.

Media hora antes de la apertura de la consulta he cogido el móvil y me he quedado mirando la pantalla, esperando a que de las siete y media fueran por fin las ocho. ¿Quién habría dicho que treinta minutos pueden hacerse eternos?

Por lo menos han atendido mi llamada enseguida e incluso me han pasado con la doctora Miller, de modo que ahora, una hora más tarde, voy de camino a una ginecóloga recomendada por ella. En realidad me habría tenido que armar de paciencia unos días pero debido a mis antecedentes, a que mi enfermedad sigue en una fase delicada y a la intermediación de la doctora Miller, me han dado cita para hoy. En mi cabeza me apunto mentalmente enviarle a la doctora Miller un regalo especial y bien pensado. Aunque casi no me conoce, hace todo lo posible por quitarme el miedo y ayudarme. Eso hoy en día ya no es lo habitual.

El brunch con Onyx y su familia lo aguanté ayer solo por él. Aunque su familia no se dio cuenta de mi tensión, pude sentir las miradas inquisitivas de Onyx sobre mí como un foco deslumbrante.

Él sabe que algo no va bien y ojalá pudiera hablar con él. Hay algo que me lo impide. Ni yo misma sé explicar por qué no le digo sin más lo que he notado al palparme y por qué me da tanto miedo. Hay un bloqueo estúpido dentro de mí que me frena.

Quizá quería que disfrutara de su familia sin preocupaciones. Tal vez temo también que me deje si se confirma el diagnóstico de cáncer. A lo mejor me asusta vivir un déjà vu para el que no estoy preparada y confío en poder esquivarlo si simplemente entierro el problema bajo un silencio sepulcral.

Muerto … callo.

Qué macabro y, aun así… acertado.

El caso es que ayer, después del brunch, me despedí de los demás con la excusa de que mi jefe me había llamado a la redacción. Luego se fueron a la playa a tumbarse panza arriba al sol.

Onyx me ha llamado por la tarde. También por la noche. No he contestado; solo le he escrito un mensaje diciéndole que ya le diría algo.

Sé que no estoy siendo justa con él y que probablemente esté preocupado, pero ahora mismo no tengo fuerzas para enfrentarme a eso. Puede que también esté apartando los pensamientos sobre Onyx porque el miedo a perderle, ya sea porque me deje o porque, en el peor de los casos, yo tenga que morir, me hace temblar las manos y las rodillas.

Suelto el aire despacio y sonoramente con la esperanza de calmar un poco los nervios y giro hacia el aparcamiento frente a la consulta.

Está en las afueras de Honolulu, en un barrio verde lleno de viviendas. El hecho de escuchar el trino de los pájaros al bajar del coche, y no bocinazos, me parece un consuelo breve e inesperado que me infunde el valor para recorrer los pocos pasos hasta la consulta y entrar, sabiendo que los próximos minutos podrían cambiarlo todo.

—Señorita Lane. Bienvenida. La doctora Miller ya nos ha enviado su documentación. Puede tomar asiento un momento y enseguida la llamaremos, y no se preocupe: aquí damos muchísima importancia a la privacidad de nuestras pacientes, por lo que organizamos las citas de modo que se respete.

—¿Qué… significa eso? —pregunto con cautela.

—Significa que hay una paciente en la sala de exploración y una paciente en la sala de espera. Trabajamos con intervalos de treinta

minutos y este método ha demostrado funcionar —me explica.

—Guau. Es… estupendo. Gracias por haberme encajado con tan poca antelación pese a tener tan pocas pacientes.

—Siempre intentamos hacerlo lo mejor posible. De hecho, el fin de semana una paciente canceló porque le anularon el vuelo desde Nueva York y perdió la conexión a Hawái. La llamada de la doctora Miller llegó justo a tiempo.

—Entiendo —murmuro, y me pregunto para mis adentros, mientras paso a la sala de espera, si no habrá sido una feliz jugada del destino, porque todo en la vida ocurre por una razón, aunque muchas veces no la entendamos al momento.

En la mesa de la pequeña y luminosa sala de espera hay revistas y libros, pero paso de leer, porque ahora no podría concentrarme, y me recuesto para escuchar los suaves sonidos de la naturaleza que salen de los altavoces.

No pasan ni cinco minutos cuando la auxiliar llama a la puerta y me invita a pasar a la sala de exploración de la doctora.

Esta sala también es minimalista, de buen gusto y luminosa. La médica, que teclea algo en el ordenador cuando entro, se gira hacia mí con una sonrisa y viene a mi encuentro.

—Señorita Lane. Soy la doctora Kelly. Encantada de conocerla.

—Igualmente —digo—. Aunque las circunstancias… bueno… —me ahorro el resto de la frase, porque, sinceramente, me faltan las palabras para terminarla.

En realidad ni yo sé qué quiero decir; estoy hecha un lío y solo quiero certezas, pero a la vez no, porque me asusta lo que puedan sacar a la luz.

—La doctora Miller me ha informado de que se ha palpado un bulto en el pecho que, debido a su anterior enfermedad oncológica, le preocupa por partida doble.

—Correcto —le confirmo, y llevo instintivamente la mano al pecho afectado.

—Vamos a examinarlo. Por favor, quítese la parte de arriba y el sujetador, ¿de acuerdo?

Asiento en silencio y me desabrocho la blusa antes de colgarla junto con el sujetador en la silla de visitas.

—Siéntese allí, en la camilla —dice la doctora Kelly, siguiéndome.

Mientras me palpa el pecho con movimientos expertos, sin preguntarme dónde exactamente está el bulto, me interroga sobre desde cuándo lo noto, si hay antecedentes familiares o informes previos de quistes.

Cuando por fin toca la zona donde está el bulto, lo noto por su expresión y porque se detiene más tiempo allí.

—De acuerdo. Túmbese. Me gustaría hacer una ecografía —explica, sin pronunciarse sobre el bulto que ha palpado.

¿Es eso buena señal o mala?

Con el corazón desbocado me tumbo en la camilla y la observo mientras prepara y realiza la ecografía.

—Su revisión con la doctora Miller fue hace poco. Si esto fuera algo serio, en principio habría debido verse en la resonancia de cuerpo entero. Aun así, vamos a confirmarlo, porque más vale prevenir que curar —comenta, pasando el transductor por mi pecho.

—Mmm —murmura, y pulsa un botón del aparato—. Como suponía. La consistencia es líquida. Eso, al igual que los bordes bien definidos, apunta a un quiste, y en la mayoría de los casos son benignos.

Asiento apenas y trato de distinguir algo en la pantalla. Como profana, me cuesta bastante.

—Estoy bastante segura de que este quiste es de origen hormonal y desaparecerá por sí solo. Debido a su diagnóstico del año pasado, voy a tomar una muestra y la enviaremos al laboratorio. Tendremos el resultado en unas cuarenta y ocho horas. ¿Está de acuerdo?

—Por supuesto. Claro que sí —le aseguro y, cuando salgo de la consulta un cuarto de hora más tarde, estoy mucho más tranquila que a mi llegada.

Aunque el peligro aún no ha pasado y la espera me carcome, las probabilidades de que el bulto resulte ser algo inocuo y temporal son mucho más altas que las de que sea algo maligno.

Aun así… las dudas siguen. Y con ellas, el miedo.

—¿Scarlett? —oigo una voz sobradamente familiar cuando, absorta en mis pensamientos, voy hacia mi coche.

Alzo la vista y veo a Onyx, apoyado en su coche, esperándome y observándome con el ceño fruncido.

—¿Está todo bien?

—¿Qué… qué haces aquí? —pregunto, perpleja, quedándome clavada en el sitio—. ¿Es que me has seguido?

Encoge la cabeza con gesto culpable y asiente, cohibido.

—Supongo que sí. Lo siento.

—Pero… ¿por qué?

—Porque desde el sábado te comportas de forma muy rara y quería saber qué pasa.

—¿Por qué no me has…?

—¿Preguntado? —me interrumpe—. Sí que lo he hecho. Varias veces. Siempre sin respuesta hasta ahora. Así que te lo vuelvo a preguntar: ¿qué pasa? ¿Tu extraño humor tiene que ver con esta médica? ¿Estás… embarazada?

—No —exclamo, sobresaltada—. Ahora mismo sería un riesgo demasiado grande para el bebé.

—Lo sé. Pero podría ser que aun así…

—Tengo un bulto en el pecho y… bueno… me daba miedo que pudiera ser cáncer de mama —confieso, y, contra lo que esperaba, me siento visiblemente aliviada al poner las cartas sobre la mesa.

A diferencia de Onyx. Él se queda mirándome como si acabara de ver un fantasma.

—¿Perdona, *qué*? —musita, sin dar crédito, y él mismo se queda como un fantasma, porque con mi confesión se le va toda la sangre de la cara.

ONYX



Completamente en shock, me planto delante de Scarlett y me quedo mirándola.

Cuando he llegado y me he planteado entrar, lo que he pensado es que podía estar embarazada, porque en las últimas semanas, en el calor del momento, hemos follado dos veces sin preservativo. No a propósito, claro.

Pero que esté aquí porque… porque…

¡Joder! Ni siquiera puedo pensarlo, porque se me hiela la sangre en las venas.

—¿Cuándo pensabas contármelo?

Scarlett guarda silencio.

—¿Es que pensabas decírmelo alguna vez?

Sigue callada.

Vaya.

—¿Cuál era tu plan?

Silencio.

—Maldita sea, Scarlett —grito, enfadado, y me paso la mano por el pelo, superado por la situación—. Soy tu novio. Tengo derecho a enterarme cuando sospechas con fundamento que estás gravemente enferma.

—¿Por qué? —responde apenas audible—. ¿Para que me dejes?

—*¿Qué*? ¡No!

Doy un paso hacia ella, acorto la distancia entre los dos y la agarro de los brazos, con más brusquedad de la que pretendía.

—¿Qué estás diciendo? Eso es una tontería.

—Lo… lo siento —susurra, al borde de las lágrimas—. Yo pensaba…

—¿Pensabas que, como un cobarde, iba a meter el rabo entre las piernas y salir por patas como Ramirez cuando las cosas se ponen feas? De eso hemos hablado, Scarlett. Varias veces. Y cada vez te he asegurado que no lo haré.

—Una cosa es prometerlo cuando todo va bien. Pero es muy distinto cuando de verdad sucede —replica.

—Eso son gilipolleces.

—Pero…

—Nada de *peros*. Para ya. Solo lo empeoras. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde… el sábado.

Ajá. Así que por eso se ha comportado tan rara. Noto cómo se me quita de encima un peso de cemento cuando caigo en la cuenta de que su comportamiento no tenía nada que ver conmigo, sino únicamente con el miedo a que el cáncer haya vuelto. Es bastante malo, sí, pero con eso se puede lidiar. Puedo manejarlo. Muy al contrario de lo que temí el fin de semana, que no me quiere y que me va a dejar.

—¿Qué te ha dicho la doctora? ¿Te ha quitado la preocupación?— pregunto.

—Cree que es un quiste benigno. Al menos eso sugiere la ecografía. Pero, para estar seguras, me ha hecho una biopsia. El resultado debería estar en dos días. Luego tengo que venir otra vez.

—Bien —respondo con voz firme—. Te voy a acompañar.

—¿Q… qué? —balbucea Scarlett, mirándome con sorpresa.

—Te sorprende —constato—. Y *a mí* me sorprende que *a ti* te sorprenda. ¿Lo hablamos? ¿O prefieres subirte ahora mismo a mi coche y, como disculpa por tenerme por un cobarde igual que a tu ex, hacer que me la chupes? De un modo u otro, me la vas a chupar. Tú solo decides el orden.

Scarlett inspira con brusquedad; se le hinchan las aletas de la nariz y le tiemblan los párpados. Está luchando consigo misma. Que lo haga. Estoy muy cabreado.

—Tenía miedo, Onyx. Y aún lo tengo…

—Si hubieras hablado conmigo, podría habértelo quitado. O, al menos, compartirlo contigo para que no tuvieras que soportarlo sola —replico.

—Pero imagínate que de verdad es algo grave. Justo al principio de nuestra relación…

—¿Y qué? —pregunto, irritado—. Te he dicho antes de ayer que te quiero, Scarlett. Puede que no te hayas enterado. Así que te lo repito ahora, alto y claro: Yo. Te. Quiero. Y ningún diagnóstico del mundo cambia eso. Que lo pongas en duda me decepciona.

—Solo pensé… pensé… yo…

Se traba, y nuevas lágrimas le vuelven a los ojos, jade verdes, que me miran con tanta desesperación que se me rompe el corazón.

¿Cómo voy a estar enfadado con ella así?

Suelto un suspiro contrariado. Tendré que posponer el cabreo.

—Ven aquí —murmuro, atrayendo a Scarlett a mis brazos—. No estás sola, cariño. Estoy a tu lado. Te sujeto. Y voy a ir allá donde tú vayas. Así que no me dejes fuera, por favor, confía en mí. Y… en nosotros.

Scarlett se acurruca entre mis brazos y me aprieta contra ella. Es innegable que tiene mucho miedo, y yo haría lo que fuera por poder quitárselo pero eso es imposible. Solo puedo estar a su lado y pasar por esto con ella. Y justo eso es lo que pienso hacer. No la voy a dejar tirada. Y si no se lo cree, tendré que demostrárselo.

—No soy Jordan —le susurro al pelo—. Sé que él te decepcionó y te dejó tirada. Y puedo imaginarme que esta situación ha reabierto heridas que apenas habían cerrado y ha resucitado viejos traumas. Tienes que dejar de ponernos al mismo nivel a él y a mí.

—Tienes razón —solloza—. Pero no quiero arruinarte la vida. Si de verdad estoy enferma…

—Entonces haremos todo lo posible para que te pongas bien. Solo puedes arruinarme la vida si me dejas. Todo lo demás lo aguanto.

Acaricio con ternura la espalda de Scarlett y la mezo entre mis brazos.

—¿Quieres dejar aquí tu coche y venirte conmigo? Yo me encargo de que alguien lo recoja y te lo lleve.

Asiente.

—Vale. Entonces vamos. Vámonos.

—¿Adónde? —pregunta con voz quebrada.

—A mi casa. Nos encerramos el resto del día y nos acurrucamos.

—Pero… tenemos que trabajar. El entrenamiento de hoy…

—Se hará sin nosotros —termino la frase por ella.

—Eso no puede ser.

—Sí, puede —digo con tozudez—. Los dos necesitamos con urgencia tiempo para estar juntos. Y nos lo vamos a tomar ahora. No te preocupes. Yo me ocupo.

—Vale —cede, y dejo que se deje guiar por mí hacia el lado del copiloto de mi coche.

Se la ve cansada y agotada, lo que reafirma mi decisión de tenerla a buen recaudo el resto del día. La autosuficiencia y la independencia de Scarlett son admirables y una de las razones por las que me pone tanto, pero si, como hoy, siente la necesidad de refugiarse en mis brazos porque el mundo ahí fuera se le hace demasiado ruidoso, yo estoy para protegerla. Hasta que vuelva a encontrar las fuerzas y el valor para hacerlo por sí misma. Y aun entonces estaré detrás de ella para alzarla y que pueda tocar las estrellas que brillan en el cielo para ella.

ONYX



—¿Dónde está el fuego? —me saluda Cash, cuando paro delante de su casa y bajo la ventanilla de mi coche.

Le he llamado hace veinte minutos y le he dicho que necesitaba su ayuda con urgencia y que pasaría a recogerle enseguida. El *por qué* y también el *para qué* no los he especificado, porque se lo explicaré por el camino.

—Sube —digo simplemente, señalando el asiento del copiloto.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás.

—Vale.

Se encoge de hombros, cierra la puerta de casa tras de sí y se acerca al coche con paso despreocupado, en vaqueros y camiseta. Cash puede ser condenadamente pesado en muchos sentidos, pero cuando hace falta, está siempre al pie del cañón. Una de las razones por las que es mi mejor amigo.

En cuanto se ha subido y se ha abrochado el cinturón, me pongo en marcha en dirección al centro de Waikiki.

—¿Me vas a contar ya qué vamos a hacer, o prefieres que me deje sorprender? —pregunta y baja el volumen de la música que llena el interior de mi Porsche GT3.

—Vamos a la ciudad a comprar algo.

—¿Y qué exactamente compramos?

Le lanzo una rápida mirada de reojo y sonrío.

—Un anillo.

—Un anillo, vale. ¿Y qué clase de anillo?

Cuando nos detenemos en un semáforo en rojo, vuelvo a mirar a Cash y, aunque no respondo a su pregunta, sus facciones se iluminan con un gesto de comprensión al ver mi expresión.

—*Ese* anillo, entonces. ¡Joder! ¿Vas a pedirle matrimonio?

Asiento.

—Así es.

—Pero si apenas lleváis tres meses juntos o así. ¿No es un poco… precipitado?

—No. Cuando la adecuada está delante de ti, lo sabes. Tres días, tres meses o tres años: da exactamente igual.

Cash suelta un resoplido divertido.

—¿Podrías repetirlo? Pero espera: quiero grabarte y enseñárselo a los chicos. Si no, no me lo van a creer.

—Vete a la mierda —exclamo, sonriente, y sigo conduciendo—. Digo yo que uno aún podrá enamorarse, ¿no?

—Claro. Para eso te llevamos aconsejando años. Solo que hasta ahora hacías oídos sordos.

—Scarlett es la única.

—La *única* de la que antes pensabas que soltábamos chorradas cuando te hablábamos de ella —comenta Cash con sequedad.

—Ya, supongo que tenía que cruzármela primero para entender de qué demonios estabais despotricando todo el tiempo.

—¿Y ahora quieres casarte con ella ya? ¿No es ir un poco demasiado rápido?

—No. ¿A qué se supone que tengo que esperar?

Aparco el coche en una plaza reservada para mí frente a un joyero japonés al que he llamado antes y que ha cerrado su tienda solo para mí. Con una sonrisa enorme en los labios, me bajo. Cash me sigue.

—Ni idea… ¿a que os conozcáis mejor?

—Nunca se conoce del todo a una persona, hermano —replico—. Vivimos en un mundo en constante cambio. Conocer a alguien durante diez años antes de casarte ya no te garantiza hoy que el matrimonio vaya a durar. Creo que lo que importa es si os desarrolláis en la misma dirección y afrontáis juntos los cambios.

Cash silba, admirado.

—¿Desde cuándo sueltas perlas tan poéticas? Deberías escribir un libro. Como sigas así, te van a proponer para el Nobel de Literatura.

—Cierra el pico, idiota —me río por lo bajo y entro antes que Cash en la tienda, que en realidad es más bien una boutique de lujo.

La he elegido en lugar de la tienda de Tiffany, tan popular entre las mujeres, porque quiero comprarle a Scarlett un anillo que no tenga nadie más. Un anillo absolutamente único. Como la mujer a la que se lo quiero regalar. Y como todas las piezas de este establecimiento son únicas y hechas a mano, es muy probable que aquí encuentre el anillo que busco.

—Elegante —dice Cash con aprobación—. Tendría que pasarme yo también por aquí.

—¿Es que piensas ponerle un anillo a Tessa también, o qué?

Cash me guiña un ojo y sonríe.

—Quién sabe. Igual tu discurso a lo Nicholas Sparks me ha inspirado para zarpar yo también hacia el atardecer. —Me da una palmada en el hombro y lo aprieta—. Bromas aparte. Me parece jodidamente maduro y valiente por tu parte. Tienes mi bendición. Scarlett es una mujer estupenda. Te sienta bien. Y tú a ella también. Te deseo que diga *sí*.

—Gracias, tío —mascullo, y el apoyo de Cash refuerza mi propósito. Estoy haciendo lo correcto. Lo sé. Y lo siento.

—Konnichiwa —nos saluda el vendedor e inclina el cuerpo en un gesto leve, con las manos unidas a la altura del pecho.

Algo cohibidos, le imitamos.

—Eh… sí… Konnichiwa. Soy Onyx Yates. ¿Mister Tanaka? Hemos hablado por teléfono.

—Exactamente. También he seleccionado ya algunas piezas extraordinarias para usted. Por supuesto, tiene a su disposición toda la tienda, pero quizá le agrade mi preselección.

—Claro. A ver.

Mister Tanaka cierra la tienda con llave para que nadie nos moleste y nos conduce a Cash y a mí a la parte trasera, donde cinco anillos reposan uno junto a otro sobre cojines de satén color crema.

Antes de que el vendedor pueda decir nada sobre los anillos, señalo el del centro.

—Ese de ahí. Cuénteme qué tiene de especial.

El vendedor me ofrece un paño para que pueda tocar el anillo y verlo de cerca.

—Esta pieza está hecha de oro sakura. Sakura como…

—La flor del cerezo japonesa —murmura Cash, examinando el anillo con atención.

—Correcto. Oro rosado con un ligero tono cobrizo. La sakura es en Japón un símbolo del amor que florece. Además, en este anillo se ha incrustado una Hawaiian Golden Pearl, directamente del Pacífico Sur. En su brillo dorado reposa la inconmensurable profundidad del océano. Una profundidad que solo alcanzamos a intuir, pero no a desentrañar. Igual que la profundidad e intensidad de nuestros sentimientos por la persona de nuestra vida a la que amamos por encima de todo.

—Me lo llevo —digo con firmeza, absolutamente seguro de mi elección—. ¿Puede grabar algo en la parte interior?

—Por supuesto —responde el vendedor con una sonrisa—. ¿Qué desea que grabe?

29

SCARLETT



El aroma del café especiado me sube a la nariz y me espabila. Parpadeo, abro los ojos y me quedo de piedra al descubrir a Onyx sentado en el borde de mi cama, acercándome una taza humeante a la cara.

—Buenos días —murmuro soñolienta—. ¿Tan pronto ya despierto?

Normalmente yo soy la madrugadora y él el dormilón, así que me extraña muchísimo que ya esté en pie mientras yo sigo en el quinto sueño.

Extraño.

—Tan pronto no es ya. Son casi las ocho y a las nueve tenemos que estar en la consulta de tu doctora —me informa, y con eso consigue que me incorpore de golpe.

—¡Joder! Me he quedado dormida.

Miro a Onyx, que me observa con una sonrisa, interrogante.

—¿Qué?

Su buen humor me desconcierta. Primero, porque por las mañanas es un ogro; segundo, porque nos espera una cita que podría cambiarlo todo. Y no a mejor. Para eso, está de un buen humor sorprendente.

—Me pone cuando sueltas tacos —dice, y me besa la frente—. Ahora tómate el café y dúchate. Te espero en la cocina.

—¿Por qué estás tan contento? —pregunto con desconfianza.

—¿Y por qué no? He tenido el privilegio de despertarme al lado de la mujer a la que amo y voy a pasar el día con ella antes de volver a dormirme a su lado esta noche. No sin follármela a conciencia antes. Si eso no son motivos de peso para alegrarse, ya me dirás.

—Onyx —le cojo del brazo e impido que se levante—. La cita de hoy… puede que después ya nada sea como antes.

—Ya nos ocuparemos cuando llegue el momento. Hasta entonces seguimos como siempre, porque no vamos a pintar fantasmas en la pared que igual ni existen, ¿de acuerdo?

Asiento y me mordisqueo el labio inferior, cohibida.

—Tú lo llevas mucho mejor que yo —murmuro, y me avergüenza no ser capaz de aplastar el miedo asfixiante, por mucho que me lo haya propuesto.

—No es verdad. Estoy acojonado, pero sería egoísta por mi parte perderme en ello. Mi tarea es protegerte y hacerte de apoyo. No puedo hacerlo si el miedo me deja paralizado.

Las palabras de Onyx me pillan por sorpresa, sin esperarlas. Confundida, aparto el edredón, me levanto y voy hacia mi cuarto de baño mientras sus palabras resuenan en mis oídos. Con la mano en el pomo de la puerta del baño, me detengo y me giro hacia él.

—Yo… yo te quiero —se lo confieso a él y me lo confieso a mí misma por primera vez.

Lo siento desde hace un tiempo, pero la experiencia con Jordan me hizo ir con pies de plomo y no me he permitido reconocer mis sentimientos, y mucho menos decirlos en voz alta.

Algo en las palabras de Onyx ha hecho añicos esa barrera invisible. Con lo que ha dicho, ha derribado mi coraza y ha dejado a la vista lo que llevaba todo el tiempo escondido detrás: amor.

Cuando le conté a mi ex lo de mi enfermedad, su propio bienestar y las consecuencias que tendría para él y su vida fueron lo primero. La enferma era yo y, aun así, parecía que solo hablábamos de él.

La confesión de Onyx me ha demostrado definitivamente que él es distinto. Es verdad que en las últimas semanas y meses lo ha repetido muchas veces y yo me he esforzado por creerle pero era

como si no pudiera. Como si mi corazón me advirtiera de no entregarme otra vez al cien por cien a alguien y arriesgarme a que me lo rompan por segunda vez en mi momento más vulnerable.

Onyx me ha preguntado a menudo cómo podía demostrarme que era diferente. Qué podía decir y qué podía hacer para convencerme de que no me va a fallar, sino que va a estar a mi lado en lo bueno y en lo malo.

No lo sabía. Hasta ahora.

Con su confesión he entendido que él antepone *sus* sentimientos y necesidades para que *los míos* puedan estar en primer plano. Ha decidido conscientemente lidiar a solas con su miedo por mí para poder sostenerme cuando a mí se me vaya el suelo de los pies. Para no inquietarme, oculta cuánto está luchando en realidad y me lleva valiente en sus brazos a través de los días y las horas de incertidumbre, aunque las sombras funestas que nos rodean lo acosen tanto como a mí.

Onyx me quiere. De eso no hay duda.

Levanto la mirada y descubro un brillo cálido en sus ojos. Sonríe, pero no responde; solo asiente.

Extraño.

Como todo en esta mañana, de alguna manera.

—Entonces… eh… hasta ahora —murmuro, perpleja, y entro en el baño para arreglarme.

—Sí. Hasta ahora, nena.

Hornets

—Bueno, pues allá vamos —digo, y me bajo del coche de Onyx con el corazón a mil y un nudo en el estómago; ha aparcado delante de la consulta de la doctora Kelly.

Onyx me sigue hacia la boca del lobo, pero antes de que llegue a la puerta de entrada de la consulta, me llama:

—Scarlett, espera un momento, por favor.

Me giro, desconcertada.

—¿Se te ha… —me quedo petrificada al verle de rodillas ante mí — olvidado algo?

—Olvidado no, no. Pero hay algo que quiero hacer antes de entrar ahí —dice con una sonrisa.

—¿Llevas los cordones desatados? —susurro, ronca, y no me permito ni por asomo pensar que quizá esté a punto de…

Onyx saca una cajita del bolsillo del pantalón, sospechosamente parecida a un estuche de anillo, y de pronto la idea de eso que ni me había atrevido a pronunciar ni siquiera en mis pensamientos se vuelve jodidamente real.

—Scarlett Lane —empieza, y aunque solo diga mi nombre, ya se me saltan las lágrimas—. Eres la mujer de mis sueños. La persona a la que he esperado toda mi vida sin saberlo. Contigo he comprendido lo que significa la verdadera felicidad, y el amor que siento por ti es más grande que yo mismo. Quiero que sepas que eres todo lo que quiero. Ninguna enfermedad ni ningún diagnóstico del mundo puede cambiar eso. Por eso, ahora, antes de entrar ahí y escuchar lo que la doctora tenga que decirnos, te pregunto si quieres casarte conmigo y ser mi mujer. Te lo pregunto ahora porque, para mí, da igual lo que vayamos a saber en un rato. No cambia mi amor por ti. Me quedaré. En lo bueno y en lo malo.

Onyx abre la cajita y aparece el anillo más bonito que he visto en mi vida. Un delicado oro rosa con una perla dorada, nacarada, que brilla en un engaste elegante. Es sencillo y, a la vez, extravagante. Con gusto y absolutamente único. Como una gota de luz líquida engarzada en oro puro. Como si alguien hubiera atrapado un trocito de amanecer y lo hubiera convertido en una joya preciosa para recordarme que el sol sale cada día de nuevo.

Trago saliva y miro a Onyx, cuya mirada se posa en mí, expectante.

—Te quiero —repito lo que ya le he dicho antes en casa.

—Y yo a ti. Por encima de todo.

Alargo las manos hacia el anillo que brilla en el elegante estuche rosa, pero Onyx lo cierra de repente justo cuando mis dedos van a tocarlo, y me hace chillar.

—Primero la respuesta, luego la mercancía —me pica, guiñándome un ojo.

Suelto una risita.

—¿Cuál era la pregunta, otra vez?

Pone una mueca exageradamente pensativa.

—Hmm… déjame pensar. Ah, sí, es verdad: te había preguntado si quieres ser mi mujer, pero entonces el anillo me robó el protagonismo.

—Es que es precioso —admito, sonriendo.

—¿A que sí? Ya me imaginé que podría aumentar mis posibilidades de una respuesta positiva, porque el anillo solo viene en paquete completo —replica Onyx, divertido.

—¿Paquete completo? ¿Qué más incluye? ¿Un collar?

Niega con la cabeza.

—¿Una… pulsera? —sigo tanteando, aunque, claro está, sé perfectamente a qué se refiere. Pero ahora mismo me está encantando esta pedida y no quiero responder ya a la pregunta decisiva y darla por terminada. Ojalá pudiera guardar este momento en un tarro de mermelada y conservarlo para siempre.

—No, ninguna pulsera.

—¿Pendientes?

Pone los ojos en blanco, fingiendo fastidio.

—Ya sabía yo que eras una pequeña cazafortunas. ¿No lo dije desde el principio?

—Lo dijiste —se lo confirmo—. Y ahora, por lo visto, quieres casarte con esta cazafortunas. ¿Seguro? Podría quitarte la fortuna, al fin y al cabo…

—Te lo doy todo voluntariamente.

—¿Por qué?

—A riesgo de repetirme: porque te quiero, Scarlett.

—Yo también te quiero —susurro, y me muerdo el labio inferior, pillada, porque otra vez se me llenan los ojos de lágrimas traicioneras.

—Entonces, ¿aceptas el paquete completo? ¿El anillo y… a mí? —pregunta Onyx con esperanza.

—¿Puedo ver el anillo otra vez? —bromeo.

—No. Pero puedes volver a besar al hombre con el que te vas a casar, para asegurarte de que nadie besa mejor que él. Si quieres, también podemos meternos un momento en la esquina para que saque la polla y te hurguetee un rato por dentro. Por si quieres volver a probar la mercancía antes de tener que conformarte con ella el resto de tu vida.

—Para ya —me río, tirando de él para que se ponga en pie—. Claro que me caso contigo. Con anillo o sin él.

—¿De verdad? —pregunta, y sus ojos color avellana irradian un calor de hogar, ese en el que encuentro la paz, la seguridad, el amor y la felicidad que siempre he anhelado.

—De verdad —confirmo, y le regalo el beso más intenso de mi vida.

A nuestra espalda escucho unos aplausos eufóricos, lo que me obliga a separarme de Onyx antes de lo que me gustaría.

—Señorita Lane. Señor Yates.

La doctora Kelly y su auxiliar de consulta están de pie en la puerta, sonriendo; por lo visto, han presenciado lo que ha pasado aquí en los últimos minutos.

—Enhorabuena por su compromiso —dice la doctora Kelly y se nos acerca—. Normalmente no haría esto a la carrera en plena calle, pero, en este caso especial, permítanme entregarles aquí y ahora mi regalo, para que puedan celebrar su compromiso como se merece.

—Los resultados de la biopsia han sido normales. El bulto en su pecho es, de verdad, solo un quiste inofensivo.

Onyx me agarra la mano y la aprieta con fuerza, mientras yo ya no puedo contener más las lágrimas acumuladas.

Sollozo en voz alta y abrazo con ímpetu a la doctora Kelly.

—Gracias —susurro con la voz rota por el llanto—. Muchísimas gracias.

Saber que puedo seguir viviendo y que el cáncer no ha vuelto hace que se me caiga de los hombros una losa de toneladas. Y, aunque sé que en los próximos años tendré que pasar por estos ratos de angustia alguna que otra vez, la certeza de que Onyx estará a mi lado me da la fuerza y el valor para sobrellevarlo con él.

30

ONYX



—Por Scarlett y Onyx —grita Ace alzando su botella de cerveza.

—Y por la mejor fiesta de compromiso de la historia —añade Kingston entre risitas, imitándole.

Brindamos con desparpajo y nos dejamos empapar por el ambiente relajado. Para celebrar el día, he organizado una fiesta de compromiso improvisada. Justo en el lugar donde todo empezó: en *Bubba Beach Coco Loco*, el extravagante shrimp truck del que Scarlett está tan enganchada.

Para que al comer y celebrar estemos tranquilos y no nos graben ni nos asedien fans y curiosos, le he pedido a Nalu que aparque su shrimp truck en la finca de Cash, junto a la playa, y que nos sirva allí sus deliciosas *Coconut Shrimps* con arroz.

Esta noche no hay pijadas de chef, ni champán, ni gaitas. Solo gambas de todas las maneras y cerveza helada de la nevera portátil. La idea loca, con la que no estaba seguro de cómo iba a encajar, se me ha ocurrido de camino de vuelta de la consulta. Al mirar ahora a nuestro alrededor, entre nuestros amigos, veo que el plan ha salido redondo. Están todos contentos, sueltos y felices por nosotros.

—Gracias por permitirnos hacerlo aquí en tu casa —le digo a Cash, cuya amplia propiedad está hecha a medida para ocasiones como esta.

Tiene espacio a raudales y vive tan apartado que aquí nadie viene a tocarnos las narices. Al contrario que en mi casa. Aunque

adoro mi piso y estoy a gusto allí, he decidido ponerme a buscar algo con Scarlett. Un refugio en el que los dos nos sintamos bien, en lugar de un apartamento de soltero que ya no tiene nada que ver con la persona que fui.

—Claro, tío. Cuando quieras. Si no, no habría sido sorpresa —dice, dándome una palmada aprobatoria en el hombro—. ¿Le has contado ya a tu chica la segunda sorpresa que has organizado para ella?

Niego con una sonrisa.

—Todavía no.

—Estoy deseando ver qué dice.

Los dos miramos hacia Tessa y Scarlett, que esperan su siguiente ración junto al shrimp truck de Nalu y charlan animadamente. Cuando Scarlett se aparta un mechón detrás de la oreja, su anillo de compromiso brilla con la luz del atardecer.

Aún no se ha dado cuenta del grabado en el interior del anillo. Estaba tan superada y abrumada por todo lo que ha pasado hoy que, desde que se lo he puesto delante de la consulta, no se lo ha vuelto a quitar y no ha hecho más que mirarlo fascinada una y otra vez.

—¿Te quedas aquí al mando mientras me ocupo de la segunda sorpresa?

—Por supuesto —dice Cash y se mueve para ir hacia las dos, asegurándose de que pueda escabullirme sin testigos durante unos minutos.

En el salón de la casa de Cash ya está todo en plena ebullición.

He contratado a una banda, además de un teleprompter y una buena selección de canciones bastante locas, porque esta noche vamos a hacer temblar las paredes. Con karaoke.

Desde nuestro partido fuera en Nashville me muero por volver a oír a Scarlett cantar y subirse al escenario, y hoy es la ocasión perfecta.

—¿Estáis listos? —pregunto a los chicos, y todos me enseñan el pulgar hacia arriba.

—Tiene buena pinta. Podemos empezar ya. Hasta que el cuerpo aguante. Como quedamos.

Asiento satisfecho y me escabullo de nuevo fuera, donde la mayoría de los compañeros presentes, con sus parejas, están tirados en sacos de arena, zampándose las últimas gambas o paseando por la orilla.

No es una fiesta grande. Quizá quince o veinte personas. Solo aquellos con quienes queríamos sí o sí compartir y celebrar la noticia.

Con la mirada en modo radar, busco a Scarlett, que está sentada en una tumbona en la playa con Tessa, Alana, Cleo y Faith, riéndose de algo. Esta noche lleva un vestido de algodón ajustado e informal que marca cada una de sus curvas con un detalle casi ilícito y me mantiene en un estado de calentón permanente. Y eso que ya hemos follado hoy, pero no basta. Con esta mujer nunca basta. Y menos cuando se levanta ahora mismo y me ofrece su culo redondo, perfectamente dibujado por ese vestido pecaminoso.

Me acerco a toda prisa a las chicas y le pongo a Scarlett la mano en el culo, en plan posesivo.

—Señoras… no me gusta interrumpir, pero el siguiente plato fuerte de la noche ya nos está esperando.

—¡Oh! ¿Hay postre? —pregunta Scarlett encantada, haciéndome sonreír.

—El postre soy yo, cariño. —Le bajo la boca a su oído y le susurro—. ¿Quieres darle un lametón a mi polo?

Me da una palmada en el pecho entre risas y me besa.

—No seas tan salido, tarado.

—¿Qué? —me hago el indignado—. Pensaba que te ponen mis partes nobles.

—Y tanto que sí, y esta noche te lo voy a demostrar por todo lo alto.

¡Joder! Esta mujer sabe cómo ponerme de rodillas.

Apoyo también la otra mano en el culo de Scarlett y la pego por la cintura contra mis caderas.

—¿Y si es ahora mismo? Un polvo rápido y sucio en el baño, ¿eh? Nadie va a notar que desaparecemos cinco minutos.

—Suena muy tentador —susurra, tirando de mí hacia un beso prometedor que no hace sino ponerme más cachondo—. Pero, ¿no

ibas a presentarnos el siguiente plato fuerte de la noche?

—Igual es el polvo rápido del baño —intento colarla.

—¿Por qué será que no me lo creo?

Me encojo de hombros con una sonrisa.

—Venga, suelta: ¿qué has tramado? *Bubba Beach Coco Loco* va a ser difícil de superar.

—Pues… —empiezo a decir, pero me corta la melodía a tope del tema de Tina Turner, *The Best*, que nos llega desde dentro de la casa.

Scarlett me mira con los ojos muy abiertos, y por su sonrisa cada vez más grande sé que ha adivinado la sorpresa.

—Entrad todos, chicos —grita Cash—. Os traemos Nashville en la maleta.

Silbidos y gritos de entusiasmo se mezclan con risas y aplausos mientras los invitados entran en tromba en la casa, donde la banda espera a que Scarlett coja el micro y nos ponga a todos a mil.

—¿Karaoke? —susurra—. ¿En serio?

Asiento.

—Así es. Mientras Nalu cambia aquí fuera las gambas por helados, dentro vamos a tirar las paredes abajo. ¿Qué dices? ¿Te apuntas?

—De cabeza —se ríe, me agarra de la mano y me arrastra con ella hacia dentro, donde se acerca sonriente a la banda y, sin pizca de miedo, acepta el micrófono.

—Hola, gente —grita, empezando a moverse al compás—. Gracias por venir tan de improviso a nuestra fiesta de compromiso. Sois… —entra en el estribillo y canta— *simply the best*, justo cuando lo hace también Tina Turner.

Los presentes jalean y aplauden al ritmo mientras Scarlett, en el salón y sin escenario, se marca su canción de karaoke favorita.

Yo, apoyado en la pared al fondo del salón, disfruto del espectáculo sabiendo que esa de ahí delante es mi mujer y que soy el tío con más suerte del mundo por poder casarme con ella.

Por un lado, ojalá la canción durase eternamente, porque no me canso de mirarla. Por otro, estoy tan cargado y tenso que los

músculos me tiemblan; mis piernas quieren bajarla de ese escenario imaginario y arrastrarla a un rincón oscuro.

Cuando se apagan los últimos acordes y ella se inclina entre risas, ya nada puede contenerme. Corro hacia ella como un maldito neandertal, me la echo al hombro y me voy a paso decidido con ella al aseo de invitados, mientras las risas y los silbidos de los demás se van apagando a mi espalda.

—¿Se puede saber qué demonios haces? —resopla Scarlett cuando la dejo en el baño, cierro la puerta y la aprieto contra ella de espaldas.

—¿A ti qué te parece hago? —respondo sin aliento, subiéndole el vestido mientras a la vez intento bajarle las bragas y desearía tener una tercera mano que me abriese la cremallera del pantalón y le pusiese un condón a mi polla como un resorte, para que esto vaya más rápido.

—Los demás se imaginarán lo que estamos haciendo —advierte Scarlett entre risas.

—Mejor. Así no tendrás que contenerte cuando gimas mi nombre en cuanto te meta mi parte noble.

Con un gesto torpe rebusco un condón en el bolsillo, me bajo el pantalón de un tirón y me lo pongo.

Luego me arrodillo ante Scarlett, entierro la cara entre sus piernas y le paso la lengua con ansia por toda la hendidura.

—Onyx… —jadea, sorprendida, y gime excitada cuando deja caer la pelvis con gusto sobre mi cara.

Me encantaría hacerla correrse así, pero estoy tan salido que voy a correrme fuera de su coño si llega al orgasmo con mi lengua. Así que me incorporo, cojo su muslo derecho y lo enrosco a mi cintura antes de alzar a Scarlett y guiar mi polla con la mano libre para hundírsela dentro.

—Joder —suelto entre dientes apretados—. Es increíble cómo se siente…

—Tú lo dices —jadea Scarlett, clavándose en mí con fuerza.

—¿De verdad? ¿Te gusta mi parte noble?

Suelta una carcajada y niega con la cabeza, divertida.

—Cierra el pico y empieza de una vez.

—¿A qué? —me hago el tonto.

—A darme caña.

—Nada me apetece más.

Le beso la punta de la nariz y empiezo a moverme dentro de ella, soltando blasfemias en voz baja.

—Eres mía. Para siempre —murmuro casi sin voz.

Siento la presencia de mi amor por esta mujer en cada fibra del cuerpo y hasta en el rincón más escondido del alma.

—¿Qué has dicho? —pregunta Scarlett, sin aliento.

—Que eres mía. Para siempre. Eso pone en tu anillo de compromiso —le explico con esfuerzo entre mis embestidas rápidas y duras, que ponen a prueba al límite mi capacidad de articular frases completas y coherentes.

—¿En serio?

—Sí —le ronroneo, ronco, y noto cómo se anuncia en mi interior un orgasmo brutal que pide más.

Una ronda no nos va a bastar. Ya lo veo… vamos a monopolizar el baño un buen rato. Pero, a juzgar por la música que llega desde el salón, a los demás no parece importarles lo más mínimo.

Perfecto.

—Te quiero, Onyx —susurra Scarlett, cogiéndome la cara para mirarme a los ojos—. Y sí, soy tuya. Para siempre.

Sus palabras desencadenan una reacción en cadena en mí y me pierdo dentro de ella. Me pierdo en esta sensación de felicidad y vida que sabe a volver a casa tras años de deambular sin rumbo ni norte.

Scarlett es mi luz, la que me alumbra el camino de vuelta a casa. Y yo seré la suya, el faro que la saque de la oscuridad hacia una vida llena de sol.

Hoy. Mañana. Y para siempre.

EPÍLOGO



AL VERANO SIGUIENTE

SCARLETT

—¡Scarlett! ¡Scarlett! ¡Mira aquí!

Los gritos de los fotógrafos llenan la alfombra roja por la que avanzo con Onyx hacia el estreno del *documental de los Hornets*.

Entre el horizonte centelleante de Nueva York, el claxon incesante de los taxis y el constante temblor del metro bajo nuestros pies, disfrutamos de esta noche electrizante que pone el broche final a un año trepidante y que nos ha cambiado la vida.

Onyx y yo sonreímos y ni siquiera tenemos que esforzarnos. Llevábamos tiempo ilusionados con esta velada y no vemos el momento de ver el primer episodio del documental en la sala gigantesca del cine, junto con el resto del equipo, algunos VIPs y los jefes de *Cineflix*, *Summit* y de los *Hornets*.

—¿Lista? —me pregunta Onyx cuando llegamos al final de la alfombra roja y nos mantienen la puerta abierta para entrar.

—Absolutamente —respondo y le aprieto la mano con firmeza.

Entramos en el suntuoso edificio, de techos altos y candelabros descomunales, y seguimos a la marea de gente que se dirige hacia la sala en la que en nada se presentará y proyectará el documental.

A partir de mañana también estará disponible en el servicio de streaming de *Cineflix*, para que los millones de personas que llevan meses esperándola por fin puedan verla.

Por mi parte, la he visto tantas veces que casi me la sé de memoria. Al fin y al cabo, no solo he sido la presentadora, sino también la responsable de la producción y, por eso, sobre todo en las últimas semanas, durante la fase final, apenas he pegado ojo.

El resultado es impresionante y estoy orgullosa del producto que hemos creado. Aun así, también estoy nerviosa. Que *a mí* me

encante no significa ni mucho menos que a mis jefes y a los espectadores les vaya a pasar lo mismo.

Como puedo decir con la conciencia tranquila que he dado lo mejor de mí, esta noche la alegría se impone con claridad. Y aunque me da un poco de pena que termine esta etapa tan emocionante, miro con entusiasmo hacia lo que vendrá. Ante todo, la boda con Onyx.

Como los dos hemos estado hasta arriba de trabajo estos últimos meses, al compromiso relámpago no le ha seguido una boda relámpago. Coincidimos en que queremos planearla sin prisas y convertirla en un día inolvidable, a nuestra medida. Y nos pondremos con ello la semana que viene.

Nos espera un nuevo capítulo que quizá sea aún más apasionante que el que hoy se cierra. Además de planear la boda, también buscamos un nuevo hogar en Hawái. Aunque adoramos la vida en la ciudad, a medio plazo nos vemos más en una casa amplia a pie de playa que en un piso elegante en uno de los rascacielos de Waikiki. Ahora mismo hay varias casas frente al mar en venta y, de hecho, el próximo fin de semana ya tenemos las primeras visitas para, con un poco de suerte, encontrar en breve nuestro nuevo hogar.

Desde el incidente del bulto en mi pecho, que a estas alturas ha desaparecido por completo, me he sometido a otras tres revisiones rutinarias dentro de los controles de los cinco años. Todas han salido sin novedad, lo que me reafirma en la idea de que a Onyx y a mí nos espera una vida en la que podremos formar una familia. No es que sea nuestra prioridad. Pero es un privilegio poder mantener esa opción abierta.

—Mira, aquí están nuestros asientos —digo, y señalo la tercera fila, donde ya se han sentado Ace, Alana, Kingston, Cleo, Saint, Faith, Cash y Tessa, que nos saludan con una sonrisa.

Nos acomodamos con ellos y, ahora, con la gran pantalla justo frente a mis narices, la inquietud que había conseguido mantener a raya todo este tiempo se me viene encima. Y con más fuerza de la que pensaba.

—Tranquila, cariño. Va a ser espectacular —me susurra Onyx.

—¿Y tú qué sabes? Si ni siquiera has visto el docu —le susurro de vuelta.

—No me hace falta. Lo sé porque es *tu* docu, Scarlett. Como siempre, habrás hecho un trabajo increíble, porque no te conformas con menos que lo mejor. Se ve también en la elección de tu futuro marido, si se me permite el apunte.

Suelto una risita divertida y beso a Onyx con ternura en la mejilla.

—Ahí, por supuesto, tienes toda la razón. Con la elección de mi marido he acertado de pleno.



No me canso de mirar a Scarlett, que está en el escenario con los jefes de *Cineflix*, *Summit* y los propietarios de los *Hornets*, hablando del documental que veremos en breve.

Mi prometida está preciosa. Y no me refiero solo a su aspecto exterior, envuelto en un vestido azul real a la altura de la rodilla, sino también al brillo que le nace de muy dentro.

Scarlett irradia felicidad y ligereza. Está saboreando esta noche al máximo.

Ver cómo hechiza a todo y a todos me deja sin aliento y hace que, por enésima vez, me enamore de ella hasta las trancas. Aunque coincidimos en que queremos planear nuestra boda al detalle y hacerla a nuestro gusto, no veo la hora de poder llamarla oficialmente mi mujer.

Jamás habría imaginado que me pasaría algo así. Siempre me vi como un soltero empedernido y no tenía la menor idea de lo que me estaba perdiendo: el amor de verdad.

El amor verdadero, ese que hace que se me pare el corazón en cuanto me sonríe. Que me hace creer que su risa suena como una melodía maravillosa compuesta solo para mí. Y que consigue que ya no pueda imaginar mi vida sin ella.

Estoy irremediablemente perdido, porque le he entregado a Scarlett mi corazón y mi alma. Claro que es un riesgo, pero quien quiera sentir el amor en toda su fuerza e intensidad, tiene que atreverse a correrlo.

¿Cómo era aquello? *El mundo es de los valientes*, ¿verdad? Supongo que lo firmaría tal cual.

Cuando Scarlett vuelve a mi lado entre una ovación atronadora, se me lanza a los brazos y me besa.

—Has estado soberbia —le susurro mientras la estrecho contra mí—. Estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias —murmura—. De verdad que me temblaban las rodillas.

—¿Porque sabías que yo estaba aquí sentado mirándote? —la chincho.

—Más o menos, sí —sonríe y se acurruca contra mi pecho cuando se apagan las luces de la sala y la pantalla cobra vida.

—Estoy infinitamente agradecida por todo esto. Por el documental. Por ti. Nuestra familia. Nuestros amigos. Esta vida… nada de esto es obvio.

—Y, aun así, te mereces todo —le susurro—. Ya que estamos: ¿has visto a tu mejor amiga o a nuestras familias?

Scarlett niega con la cabeza.

—Aquí hay por lo menos mil personas y estaba bastante nerviosa. Como muy tarde les veremos en la fiesta posterior, dentro de hora y media.

—¿Te hace ilusión?

Asiente sonriendo.

—Muchísima.

Cuando hace unas semanas supimos cuál sería el lugar del estreno, pensamos que sería una idea estupenda invitar a nuestras familias y también a la amiga más cercana de Scarlett, y pasar el domingo aquí en Nueva York. Sabíamos que antes del estreno, con toda la prensa y los compromisos con patrocinadores, no tendríamos tiempo para vernos, así que para mañana hemos rentado un barquito que recorrerá el río Hudson, con vistas al skyline neoyorquino, mientras hacemos un brunch al sol, descansamos en la cubierta y nos ponemos al día.

Como ni mi familia ni la de Scarlett, ni tampoco su mejor amiga, viven en Hawái, por desgracia los vemos demasiado poco. Por eso, ocasiones como esta son aún más especiales.

Para mañana han pronosticado doce horas de sol y veinticuatro grados, lo que promete un día perfecto en el *Big Apple*, antes de que el lunes por la mañana pongamos rumbo de vuelta y, probablemente, no volvamos a verles hasta nuestra boda en Hawái.

Es una locura lo rápido que a veces da un vuelco la vida, pero también nos recuerda lo valioso que es nuestro tiempo en la Tierra y que no deberíamos dejar pasar ni un solo día sin exprimirlo. En su lugar, hay que ser valientes y abrirse a lo que de verdad nos

conmueve. Al final, no cuentan las certezas a las que nos aferramos, sino las aventuras y los momentos imborrables que vivimos junto a las personas a las que queremos. Solo tenemos esta vida. Solo experimentamos cada instante una vez. Así que deberíamos abrir el corazón con gratitud y dejar entrar el amor que hace que la vida merezca la pena.

Que Scarlett y yo nos hayamos encontrado no es casualidad. Creo firmemente que este era nuestro camino predestinado y que todo lo anterior no fue más que el prólogo de la vida en común que empieza ahora.

Mahalo.

Hornets

Consigue AQUÍ tu capítulo bonus gratuito de Scarlett & Onyx. Alternativamente, simplemente escanea este código QR:

Los 5 libros de esta serie los encuentras **AQUÍ**, o escaneando este código QR:



MIS NOVELAS DE UN VISTAZO

¿Conoces ya mi **serie Titan Racing**? Aquí puedes encontrar de un vistazo los 5 volúmenes de esta apasionante serie de Formula 1. A los fans de Drive to Survive les encantará.

La serie Titan Racing:

Titan Racing 1
Nunca te enamores del jefe
(Allegra & Hunter)

Titan Racing 2
Nunca beses al adversario
(Riley & Dante)

Titan Racing 3
Nunca te cases con el multimillonario
(Dakota & Grayson)

Titan Racing 4
Nunca te acuestes con el enemigo
(Kenzie & Cesare 1)

Titan Racing 5
Nunca tengas un bebé con el director general
(Kenzie & Cesare 2)



La serie Colorado College:
(Hockey sobre el hielo & New Adult)

Volumen 1:
Amor prohibido sobre el hielo
(Jordan & Carly)

Volumen 2:
Besos prohibidos sobre el hielo
(Chase & Ruby)

Volumen 3:
Segundo chance sobre el hielo
(Ryder & Bella)



La serie Los irresistibles abogados multimillonarios de Nueva York:
(Boss Romance)

Volumen 1:
Salvada por el multimillonario
(Damian & Grace)

Volumen 2:
Seducida por el abogado
(Landon & Violet)

Volumen 3:
Enamorada del jefe rival

(Jameson & Kennedy)



La serie Los hermanos Sloane
(Eishockey Romance)

Volumen 1:
Shelby - Hielo Ardiente

Volumen 2:
Caiden - Corazón Congelado

Volumen 3:
Elliott - Juego Apasionado



Touchdown de Amor
(Football Romance)

Volumen 1:
Enamorada del Quarterback

Volumen 2:
Tentada por el Wide Receiver

Volumen 3:

Deseada por el Running Back

Volumen 4:
Besada por el Tackle

Volumen 5:
Odiada por el Center

Para no perderte ninguna novedad, **sígueme en Amazon** haciendo clic en "Seguir" junto a mi foto de autor. Sólo te llevará 5 segundos. También puedes **suscribirte a mi boletín** y recibir un relato gratis.

Puede encontrar todas mis novelas AQUÍ. También puedes escanear este código QR.

LIBRO Y CAPÍTULO GRATIS

LIBRO Y CAPÍTULO GRATIS

Como agradecimiento por tu fidelidad, te regalo una novela corta exclusiva y algunos capítulos extra de mis novelas. Simplemente haz clic en el enlace para descargarlos, o alternativamente, escanea el código QR.

Suscríbete aquí y empieza a leer ahora:

HAGA CLIC AQUÍ

o escanea este código QR:

También puedes encontrarme en las redes sociales:

Ava en Instagram: avaavery.autorin

Ava en Facebook: www.facebook.com/avaavery.autorin

Ava en TikTok: @avaavery.books

ANTES DE PARTIR

¿Te ha gustado esta historia?

Me encantaría que dejaras una reseña en Amazon. No importa la extensión. Agradeceré cualquier reconocimiento hacia mis novelas.

Muchas gracias por tu tiempo.

Hasta pronto.

Ava

Derechos de portada

Cover & Design by *Ivanna Design*.

All drawn by hand. No photos used.

Pie de imprenta:

Ava Avery

c/o WirFinden.Es

Naß und Hellie GbR

Kirchgasse 19

65817 Eppstein

Contacto:

avaavery.romane@gmail.com